

# NO HA PASADO NADA Y OTROS CUENTOS

Ernesto Gianoli Molla

Colección **Narrativa**



# NO HA PASADO NADA Y OTROS CUENTOS

Ernesto Gianoli Molla



EDITORIAL  
UNIVERSIDAD  
DE LA SERENA

No ha pasado nada y otros cuentos  
*Ernesto Gianoli Molla*

Colección **Narrativa**

ISBN 978-956-7052-33-2  
Noviembre 2017

©Editorial Universidad de La Serena  
Los Carrera 207 - Fono (51) 2204368 - La Serena  
editorial@userena.cl  
Catálogo completo en: [www.editorial.userena.cl](http://www.editorial.userena.cl)

Esta publicación, incluido el diseño de la portada, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida por algún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo de la Editorial ULS.

## ÍNDICE

No ha pasado nada (1991)	11
El sorteo (1991)	16
Todos contra la pared (2000)	22
Opio y monedas (2012)	40
No me verás partir (2001)	47
La mujer más fea del mundo (1999)	54
Derrota de la obsesión (2000)	65
Andante con brío (2001)	77
Vida mía (2006)	87
El arte de amar (2012)	95
Segunda oportunidad (2017)	101
Explicaciones a una mujer que se está poniendo la ropa (2001)	111
El inventario (2001)	116
Sinatra, el interior y la ninfa (1999)	125
El aplauso de los mancos (2001)	136

*A Tabaré García Milian y Argira Imaña Glama.*

Ya que no podemos extraer belleza de la vida,  
busquemos al menos extraer belleza  
de no poder extraer belleza de la vida.

Fernando Pessoa  
*Libro del Desasosiego*



## LIMINAR

Se sabe que la lectura de un cuento es una actividad arriesgada. Uno suspende sus circunstancias para creer que otra vida es posible hasta que ésta se instala inadvertida. Deviene una extrañeza al apartar el libro, hasta que la memoria comprende –o no– que uno ha confiado demasiado en lo que ha sido. De manera similar, ante una realidad que aparenta ser invariable, las historias de Ernesto Gianoli Molla van develando con indiferencia el propio destino de sus personajes, el cual consiste en verse a sí mismos: el escritor resignado, el estudiante sin pretensiones, el profesor anodino, etc. Se trata de un pequeño gesto de acuerdo con su condición limitada, inalterable, como indica el título del libro, pero que viene a exorcizar para el lector el peligro de la complacencia ante la vida.

En su escritura, el autor evita el énfasis dramático, pero los hechos se encadenan con naturalidad. Su verdadero brillo radica en su capacidad descriptiva, en el poder de síntesis de las ideas y en otorgar consciencia a sus personajes. Quizás se pueda hablar de una trayectoria, ya que estos cuentos corresponden a distintas etapas creativas. De la juventud sin esperanza que caracteriza los años noventa en el Perú, vemos un impulso lírico, en el que los personajes se mimetizan con el ambiente de la ciudad; también, la exploración del absurdo y la indiferencia general ante los hechos. Más tarde, acaso durante los años en Chile, se aligera el tiempo de la historia. El narrador desarrolla la habilidad de asumir diversas voces y de desaparecer en la trama. Se muestran también nuevos giros en la contemplación del azar y la presencia del deseo, frente a los cuales otorga el humor una saludable distancia.

Todo esto se suma en el libro a manera de un diagnóstico de la condición humana. La belleza se oculta, sin embargo, en la visión del arte y sus ideas, en la honestidad del narrador desde

su escepticismo, en la memoria de la sobrevivencia de sus personajes, y en el gesto banal de la invención desde el que llegamos a vernos reflejados.

*Tulio Campos Guerrero*  
Ph.D. in Hispanic Language and Literatures,  
Boston University.

## No ha pasado nada

No llueve todavía. Un hombre pasa por delante de la fachada de un edificio viejo, color ciudad. No hay inquilinos en el edificio; los departamentos están habilitados como consultorios: radiografías, ecografías, dientes, piel. Todo en el mismo letrero. Barato. Sólo tiene que tener paciencia hasta que llegue su turno. La gente entra y sale del edificio y no puede saberse si los que salen lo hacen con dientes más blancos o pieles más sanas. El invierno cubre las pieles y las sonrisas.

El hombre ha cruzado la pista (aún no sucede nada), su pantalón azul hace juego con su chompa no-azul. Ahora son de color parecido. En esta ciudad los colores se parecen cada día más, como los días. Ha cruzado, digo, y está esperando que pase un microbús. No se sienta en la banca del paradero porque sospecha que puede haber llovido y no quiere mojar su único pantalón, el azul. Pero no llueve todavía.

La gente en el paradero no repara en él, la gente se limita a sujetar sus bolsos y carteras, esperar que pase el microbús y desear la felicidad. La felicidad, a esa hora, consiste en un microbús con algún asiento vacío. Generalmente la felicidad no pasa por ese paradero, pero la gente –incluido el hombre de pantalón azul– igual la espera.

Un niño que vende pastillas de menta importadas de Brasil para refrescar el aliento y aliviar el dolor de garganta mira al hombre con cara de curiosidad. Se podría creer que el niño se pregunta si aquel hombre es feliz, o si piensa en

su mujer cuando besa a su mujer, o si extraña su infancia, cuando el cielo sí era azul y sus mejillas sí eran rojas. Pero lo cierto es que el niño sucio y desabrigado se pregunta si el hombre querrá comprar pastillas de menta. No, ni siquiera lo ha mirado, como el resto de la gente; tendrá que subirse a vender sus pastillas al próximo microbús que pase, tenga o no asientos vacíos. El niño no puede esperar a la felicidad.

En realidad el hombre sí miró al niño, pero sólo por un instante, el lapso aconsejable para evitar cualquier pensamiento que lleve a tomar alguna decisión importante. Puede ser peligroso. Muchos de los que tomaron decisiones después de mirar a niños sucios y desabrigados en esta ciudad ya no están. Y nadie sabe dónde están.

La mañana está muy oscura, pareciera que pronto va a anochecer, pero no es así. En realidad amaneció hace apenas unas horas, y la oscuridad perpetua todavía tardará en llegar. Tal vez para aclarar confusiones, el locutor de la radio dice la hora a cada momento. Por eso el hombre de pantalón azul sabe que ha subido al microbús a las 7:42. El cobrador, con medio cuerpo afuera, no dice nada, solamente da dos golpes seguidos a la lata del microbús. El chofer embraga, mete primera y hace rugir la máquina. Apenas iniciado el movimiento tuerce su cuerpo para cambiar de estación en la radio, porque en esa emisora no hacen más que decir la hora y él quiere escuchar boleros. Es una decisión simple: todos los boleros le gustan.

El hombre encuentra un pedazo de tubo libre del cual sujetarse, mete la mano libre en el bolsillo donde guarda la billetera y, ya instalado, se dedica a mirar por la ventana. No pasa nada, todavía. Afuera, en una mañana

oscura (esto ya se dijo), la vida se arrastra con dificultad. Incluso los gritos, bocinazos, insultos y empujones están impregnados de esa monotonía gris que todo lo cubre, que llega con la niebla pero se queda cuando ésta se disipa. Las señoras cargando pesadas bolsas, los policías aturdiendo con sus silbatazos, y los mendigos resucitando en cada luz roja del semáforo, son de alguna manera la misma persona, todos protagonistas de escenas repetidas que nadie observa. Un periodista mediocre, ahogado en un mar de lugares comunes, los describiría como simples engranajes de una gran máquina. Error: no hay máquina ni voluntad superior, es solamente desorden.

El hombre renuncia a mirar por la ventana. Ahora observa el interior del microbús. Recién se da cuenta de que alguien detalla a viva voz las bondades de un corta-uñas japonés de acero inoxidable. Un anciano enfundado en una bufanda de lana intenta inútilmente cerrarse el saco raído sin botones y, ajeno a la oferta especial, apoya su cabeza en el vidrio y musita un huayno. El hombre de pantalón azul siente que algo se le calienta adentro del pecho al escuchar ese huayno, pero ese calor dura muy poco. Se transforma bruscamente en una corriente helada cuando el anciano llega a la parte en la que el huayno es indistinguible de un llanto desolado. El hombre no puede evitar recordar. Atrás del anciano está sentada una mujer que parece estar dormida pero no lo está. Viste de negro y, sin aparentar muchos años, lleva en el rostro la vejez, esa vejez que aparece con la repetición de la desesperanza y el dolor. El hombre continúa mirando a la mujer y nota que entre las arrugas de su mano asoma algo así como un ramo de flores marchitas y una fotografía ajada, en blanco y negro,

con el rostro de una persona joven. El hombre reconoce la fotografía y cree estar viviendo un mal sueño, un perverso juego de coincidencias, pero un brusco frenazo del microbús le confirma que todo es real, que la mujer y el anciano no son espectros venidos a acosarlo. El hombre desvía la mirada, pero no lo hace como un intento de evasión sino como un gesto de resignación ante lo inevitable.

El hombre baja del microbús. Está en otro paradero, rodeado de otra gente. Parece que no ha pasado nada. Por lo general la gente no se mira, pero esta vez repara en el extraño sujeto de chompa no-azul. Y es que al parecer el hombre está sonriendo, algo poco común en un paradero de esta ciudad. Nadie sabe por qué sonrío. El hombre sonrío, con la mirada fija en el suelo, por dos motivos: primero, porque está lloviendo y nadie lo ha notado, él es el único que se está mojando; segundo, porque ahora sabe que nunca más estará esperando en un paradero. Nunca volverá a esperar nada, ni un microbús, ni la felicidad. Hay cosas más importantes que la felicidad. La paz, la justicia, la libertad, por ejemplo. Pero esos conceptos son quizás demasiado abstractos. Tal vez la liberación sea algo más concreto, un lugar accesible. Y aunque el hombre ahora no está pensando precisamente en esto, en lugares accesibles, puede que, antes de que termine de oscurecer, lo haga.

La gente llegará a su casa y probablemente habrá olvidado ya aquella sonrisa extraña. Por ello es que la respuesta será “nada” si acaso durante la cena, mientras algún familiar unta el pan con mantequilla o mira la telenovela, alguien pregunta si pasó algo ese día. Fue, apenas, otro día sin lluvia en una ciudad donde no llueve nunca. Sin embargo, a esa misma hora o quizás algo más tarde, el hombre

de pantalón azul, encerrado en el baño de un cuartel, ya se habrá colocado la pistola dentro de la boca.

La noche está muy oscura. Alguien ha tomado una decisión. No ha pasado nada.

## El Sorteo

“Te vas a arrepentir de tanta solidaridad y tanta cojudez”. Recordó esa frase, la última que le dirigieron al salir de su casa, en un momento crítico. El sol, inusualmente fuerte para las ocho de la mañana de un día de octubre, estaba venciendo su resistencia física y, lo que era peor, amenazaba con poder lograr lo que dos amorosos, decididos, y finalmente tercios padres no habían logrado: estaba por convencerse de que realmente había sido una cojudez haber porfiado para ir a hacer la cola del sorteo del servicio militar, como cualquier hijo de vecino, cuando el tío Oscar le podía arreglar el asunto por un módico precio: un lonchecito de domingo, con vales, butifarras, cervecitas heladas y mentiras sobre escaramuzas con los ecuatorianos. Pero él no quería venderse así de fácil. A sus diecisiete años tenía una ética y, sobre todo, una incipiente conciencia social de identificación con los más humildes que le había dado las fuerzas para enfrentar a sus padres, rechazar los privilegios y decidir acudir al llamamiento oficial aparecido en el periódico. Pero ahora el asunto no se veía tan fácil. Estaba parado allí desde las seis y veinte, hora en que, sobriamente, se colocó detrás de los ocho madrugadores que lo habían antecedido y se dedicó –qué remedio– a observar el paisaje. El cuartel estaba en un malecón, así que se podía observar la playa. No había bañistas, esa playa estaba convertida en un basural. En otro lugar o tiempo los coloridos promontorios de desechos habrían sido dunas grises y los

escuálidos gallinazos plumizos, vistosas gaviotas blancas, pensó. La única figura humana que se podía ver era la de un hombre con sombrero de paja que arrastraba un costal y rebuscaba en la basura. Imaginó la emoción de aquel hombre al descubrir algo valioso en medio de tanta podredumbre, y se dijo que hurgar la basura también podía ser emocionante. Mientras veía planear a los alcatraces hambrientos y constataba que sus limpias zapatillas blancas –su regalo de cumpleaños un par de meses atrás– rompían la uniformidad de polvorientos zapatos negros de taco grueso, transcurrió la primera media hora y la cola superó la veintena de potenciales víctimas del servicio militar.

En la cola, que nacía en las narices de un soldadito retaco sin expresión y moría mucho más allá de la esquina visible, figuraban conspicuos representantes de una Lima cada vez más híbrida. Desde el hijo-ayudante de vendedor ambulante con algún Terokal en su niñez, hasta los arribistas de clase media venida a mucho menos, respirando superioridad y distancia desde su ropa moderna. No era casual la ausencia de niños-bien; la inmunidad nacida del dinero incluía estos menesteres. La espera se le hacía menos tediosa cuando entraba en escena ese recurrente comportamiento de masas tan cómico como absurdo: cada vez que alguien giraba la cabeza súbitamente, los vecinos de cola primero y luego, en efecto dominó, todos los demás, volteaban también la cabeza buscando la causa de la repentina curiosidad del otro, terminando por desilusionarse por la inexistencia del supuesto evento, sólo para más tarde repetir el inútil ritual ante el mismo estímulo. Se acordó de su profesor de biología, quien acostumbraba decir que no habíamos dejado de ser primates.

Eran ya las nueve y diez cuando abrieron por fin el portón y, al son de los gritos destemplados del alférez a cargo, reprodujeron en el patio interior la fila formada afuera, pero esta vez parados, firmes y en silencio. Le pareció inapropiado que los trataran como conscriptos cuando el trámite a realizar, el sorteo, era precisamente para definir si serían reclutas o no. Pero desechó pronto la idea de usar el sentido común para analizar la situación, recordaba muy bien la autosuficiencia y el desdén con el que el tío Oscar se refería a “los civiles”. No habían pasado diez minutos de tensa calma cuando la voz del alférez tronó.

- O sea que tú eres bacán, ¡Ah! ¿Vivo eres, no?

- ...

- ¡Ya carajo! ¡Cincuenta ranas o te quedas guardado tres días!

Algún imprudente había desobedecido la orden de mantenerse en pie e inauguraba así la serie de gritos y castigos que habría de marcar la rutina de la siguiente hora, en la que la angustia sustituiría poco a poco al tedio de la espera incierta. Los ánimos de aquellos jóvenes aún anónimos (pronto comenzarían a gritar sus apellidos por un megáfono) estaban ya mermados. La curiosidad y las sonrisas disimuladas que inicialmente habían acompañado la contemplación de los castigos físicos ahora daban paso al temor a ser los siguientes, sin razón aparente. Los demás comenzaban también a desterrar el sentido común de sus reflexiones. Él se preguntó si algún otro estaría pensando también en Kafka, y no pudo evitar un leve sentimiento de culpa después de prejuzgar que muy pocos conocerían al escritor. De pronto le llamó la atención un muchacho pelirrojo, flaco y pecoso; parecía asustado. “Ese colorado

fijo que sale sorteado. Tiene cara de perdedor, y encima pelirrojo, pecoso y cabezón el pobre. Cargar con esa cara y esa cabeza ya es abuso. Además te mira como pidiendo disculpas por existir, eso va a provocar más a los aprendices de sádico que nos están vigilando. Pobre, ése es número fijo, ya está jodido”.

Escuchar sus nombres y apellidos fue una sorpresa. Quedó aturdido, sin terminar de creer que efectivamente era él a quien llamaban a gritos para recoger su boleta con la fecha de presentación para el reclutamiento. Realmente no esperaba que el sorteo lo perjudicara. Basaba su confianza en una ley de compensación que él suponía se aplicaba para cada buena acción en la vida. Si él había insistido en rechazar los privilegios ofrecidos por su tío militar, entonces lo que correspondía era que no saliera sorteado para hacer el servicio. Era lo justo, lo adecuado para que él pudiera estudiar en la universidad. Definitivamente esa candidez todavía no cumplía diecisiete años.

Emprendió lentamente la caminata de regreso, con la imagen del tío Oscar sonriéndole, cachaciento, victorioso; así volvió a ser asaltado por esa especie de odio que alguna vez había sentido escuchándolo hablar de la conveniencia de aplicar una política de “tierra arrasada” para combatir la subversión. “Mira Mechita, si tirándome cincuenta campesinos me voy a bajar a cuatro terroristas, bien tirados están. No hay alternativa. ¿O acaso quieres que les pidamos por escrito que se rindan sin condiciones? No pues, la cosa no funciona así. Estamos en guerra, y la guerra la saben hacer los militares, no los políticos blandengues que son puro bla-bla.” La frustración y el odio dieron espacio al temor, porque en ese momento recordó que po-

drían enviar a los reclutas a zonas de emergencia, lo había leído en el periódico.

La vereda agrietada, las paredes sucias exhibiendo todavía algunos panfletos de propaganda política, un grupo de perros persiguiendo a una perra en celo, una niña cargando una galonera vacía y cantando el último comercial de shampoo. No reparó en los componentes del paisaje que hacían un contrapunto con la luminosidad del día. Tampoco se dio cuenta de la súbita agitación que siguió al estruendo de dos detonaciones casi simultáneas. Estaba demasiado concentrado en el drama que se le avecinaba, y trataba de recordar si era Lalo o Arturo el que tenía un primo que podía conseguir una libreta militar falsificada. Un hombre y una mujer de aproximadamente su misma edad pasaron a su lado corriendo mientras una señora en alguna ventana gritaba desesperada.

Un golpe en la cabeza, inapropiadamente fuerte para alguien que está de espaldas y no está huyendo, lo derribó. Todavía consciente, sintió cómo llevaban sus brazos hacia atrás mientras algo pesado le apretaba la espalda y algo pequeño y frío entraba en contacto con su nuca.

- Te jodiste conchetumadre, te vas a arrepentir, terruco de mierda. Vamos a ver si eres tan valiente ahora.

Y luego otro golpe, más fuerte, multiplicado por tener la cabeza apoyada en el suelo, le hizo perder el sentido.

Las sacudidas y el ulular constante de una sirena terminaron de despertarlo. Aparentemente estaba en un automóvil, a juzgar por el ruido del motor y las sacudidas, pero estaba muy oscuro. Dedujo que quizás estaba en la maletera. Tenía las manos atadas sobre la espalda y le dolía mucho la cabeza. Estaba confundido, el dolor no le

permitía pensar con claridad, descifrar la secuencia de hechos que lo había llevado a esa situación. Antes de buscar una salida, quería entender por qué estaba allí. Soportando el dolor y la escasez de aire, pudo poco a poco rehacer el camino de la mañana, la espera en la cola afuera del cuartel, la ansiedad una vez adentro, la caminata de regreso. Repetía la secuencia en su mente y seguía sin entender. De repente recordó al pelirrojo aquél, al nacido para perder, celebrando su suerte. Reconoció su error: el pelirrojo no había salido sorteado, y él sí.

Casi una semana después, el hombre con sombrero de paja intenta apurar el paso mientras revisa con un palo la basura en la playa. Sabe que los sábados los soldaditos allá enfrente en el cuartel se divierten disparándole para asustarlo, y no quiere estar en su mira por mucho tiempo. Arrastra con dificultad el saco y aguanta el dolor por un corte en el pie con un vidrio de botella. Aunque no ha sido un buen día, el saco ya está pesado: hoy no ha sido exigente con la mercadería. De pronto sus ojos descubren entre restos de verduras podridas y cartones chamuscados lo que parece ser un tesoro. El hombre se detiene, remueve un poco más la basura, y se arrodilla jubiloso. Olvida por un momento los disparos que ya comenzaron a silbarle cerca y abre su saco para guardar su valioso hallazgo. Es mi día de suerte, piensa, segundos antes de darse cuenta de que esas zapatillas blancas con muy poco uso están unidas a un cuerpo.

## Todos contra la pared

Nadie dice nada. Nadie llora o finge llorar. Definitivamente morir se no es como en las películas yanquis. No estamos en medio de un vasto prado verde, fondo preciso para el contrapunto de flores rojas o amarillas y cabizbajos personajes envueltos en negro. Tampoco descende el ataúd a las entrañas de la tierra ni llora una seductora viuda detrás de un velo. No. Aquí el polvo flota visible, el sudor nubla la vista y el tiempo se arrastra despacio, impasible. Quizás algún día se sepa por qué en los cementerios siempre hace más calor. Aunque ahora, bajo este cielo sin cielo de Lima, eso importa poco o, mejor dicho, no tiene por qué ser contestado. Ahora habría que contestarle al chiquillo desnutrido y mugriento que, allá arriba, equilibrándose sobre una escalera destartada, pregunta por el nombre del difunto. Está listo, brocha en mano, para perpetuar aquel nombre sobre la tapa de cemento del nicho, aplicando ese estilo quizás gótico que era típico de los micros (“Protégeme Señor de Muruhuay”) antes de que éstos desaparecieran a manos de las “combis asesinas”, mueca violenta del nuevo rostro chicha de Lima. Nadie le contesta. Sólo se oye el zumbido grotesco de un moscardón de ojos verdes que parece también estar sufriendo este febrero. Seguramente los familiares de Francisco callan inundados por la tragedia que, una vez más, se les restriega en la cara. Nosotros (la cofradía en pleno sin contarlo a él, que no está, pongan o no su

nombre) hacemos este silencio a coro como una suerte de protesta tibia, seguros de que él nunca hubiera aprobado nuestra complicidad en este rito vacío y sin sentido. De algún modo nuestra presencia ya es una claudicación, pero Mariana nos convenció de asistir con el argumento de la solidaridad con la familia, a pesar de lo absurdo, a pesar de que casi no los conocíamos. El chiquillo se impacienta y con razón: la pichanga está por comenzar allá en el cuartel San Ignacio, y hoy es la revancha. Mientras ese silencio se hace eterno, recuerdo aquella vez en que él nos aseguró que alguna vez había logrado hacerse invisible. Que en la universidad nadie lo saludó durante una semana. Fue en enero del 93, era la tercera o cuarta reunión de la cofradía; todavía no le poníamos nombre.

- Qué fijación la tuya por ponerle nombre al grupo –se quejó Eduardo.

- Cofradía por favor, co-fra-dí-a.

- Grupo, cofradía, hermandad, logia, club de leones... es la misma huevada.

-Ya. Reapareció el rupturista amateur. Deberíamos denunciar al que te prestó ese libro de Bakunin y no te explicó nada –replicó Alejandro.

- ¿Quién va a querer tallarines? –terció Mariana, apareciendo en la escena con la fuente en las manos.

- Eduardo no va a querer –adelantó Alejandro– dice que no le gusta que los tallarines anden siempre en grupo, hasta enredados, hasta... mazacotudos... por lo que veo.

- Si quieres come y si no, ayuna –dijo Mariana depositando la fuente en la mesa.

- Madre sólo ayuna, dicen. No entiendo por qué la mía engorda –murmuró Pablo.

- Mi tío decía que en Italia era pecado cortar los tallarines –aportó Miguel.

- Típico del sudaca arribista con apellido italiano de undécima generación. Ridículos –sentenció Francisco mientras cortaba sus tallarines.

- Lo bueno de los tíos arribistas era que siempre dejaban buenas propinas –dijo Pablo. Yo recuerdo que de niño mi ranking de afectos a los tíos se basaba en cuánta propina me daban. Es más, llegué a asociarlos con los personajes decorativos de los billetes: mi tío Alfredo era un hispanizado Garcilaso de la Vega, dos veces más valioso que mi tío Juan, que era un fiero inca Pachacutec.

- Bueno, cambiando de tema, yo creo que tendríamos que decidir si le ponemos nombre al grupo, digo, a la cofradía –intentó una vez más Alejandro.

- ¿No sería mejor que nos pusiéramos de acuerdo sobre el porqué, o para qué, ser un grupo? –dijo Mariana. El nombre puede ser una anécdota, un juego, pero –hasta donde yo sé– fuera de conversar hasta el amanecer, fumar como chino en quiebra, reírnos como idiotas y tomar vino barato, no hemos hecho nada como grupo.

Nadie replicó. Quizás revisaban lo dicho por Mariana; quizás no querían que se enfriaran los tallarines. Francisco rompió el silencio con su voz grave, mirando un punto fijo, hablando como si estuviera leyendo un texto, como lo hacía cada vez que el asunto le parecía algo serio.

- Perdón. Yo creo que más allá del vacilón de la amanecida conversando, las risas por el eterno retorno de los esperpentos televisivos y la indignación por los congresistas semianalfabetos vendiéndose sin pudor; más allá del sano hueveo, aquí se han dicho cosas que no se las lleva

el viento así nomás. Alguien habló hace un par de horas acerca de las razones –o sinrazones– que te llevan a seguir en este barco y no tirarte al agua para trabar las hélices con tu cuerpo. Ese es un buen punto de partida. Por supuesto que no dejan de ser palabras y nada más que palabras, pero de algo hay que aferrarse mientras no llegue la hora. Regalarnos espejos menos turbios, sacarnos la basura de los oídos, reaprender a mentir; todo eso es oxígeno para un cianótico entre ocho millones de cianóticos. Sí. Si no nos hemos terminado de ir a la mierda como tantos otros debe ser por algo, y si reunirnos cada fin de mes ha tenido que ver con eso, con no tirar la toalla todavía, entonces, como dije, es un punto de partida. ¡Y que resucite Vallejo, carajo! Salud, compañeros.

Nunca tuvimos muy claro qué fue lo que nos reunió inicialmente alrededor de esa mesa coja de cocina. Comenzó casi por casualidad, superando las diferencias que podrían haber conspirado contra la formación y mantenimiento del grupo. Nihilista a tiempo parcial, soñador sin argumentos, materialista dialéctico, católica a pesar del Vaticano, frívolo sin culpa, filósofo de esquina suscrito al neoliberalismo; teníamos casi de todo, incluso hinchas del Alianza Lima y de Universitario reunidos sin trifulca. O casi. Ni siquiera hubo resistencia por la llegada de Mariana, la única mujer en un grupo que parecía estar condenado a ser otro “Club de Tobi”. En suma, nada muy particular en el origen. Después sobrevendrían los hachazos de absurdo que cercenaron al grupo, llevándose a Francisco primero a una celda y luego a lo indefinido.

Ha terminado la ceremonia. Creo que a fin de cuentas Mariana tuvo razón: la familia pareció sentirse acom-

pañada a pesar de nuestra distancia. Incluso han hecho el ademán de acercarse para despedirse, pero algo los ha detenido. La incomunicación del dolor en lugar del falso “lo acompaño en su dolor”. Hay que seguir. Una vez más nos logramos acomodar (incomodar) en el destartalado Volkswagen amarillo de Eduardo y, mientras ruidosamente se renueva el milagro de la ignición, continuamos con ese silencio a cinco voces que no se condice con tanta declaración altisonante y casi siempre irreductible de aquellos días de la cofradía. A pesar de que se robaron la radio del carro hace meses juraría estar escuchando el adagio de Albinoni. Casi me sonrío al comprobar –ahora sí– la semejanza con una película yanqui y me digo que es un premio consuelo, y que es patético. Allá afuera, la miseria de la ciudad parece estar más despierta hoy, más viva, los colores del subempleo y el caos hieren la vista a pesar de no tener brillo. Es como si la miseria sonriera con cinismo al contemplarnos más próximos, sabiéndonos transidos y sin recursos para enfrentar una situación que a ella le es cotidiana. Con la cabeza apoyada en la ventana, golpeándola a cada bache, recuerdo que alguna vez –no me acuerdo por qué– habíamos discutido sobre quién sería el primero en morir de todos nosotros. Curiosamente, no puedo recordar los detalles de esa conversación. Quizá se trate de un mecanismo de defensa para evitar el remordimiento, tan inútil como esa luz roja que acabamos de ignorar, imitando al taxista que va adelante. ¿Será un taxista samaritano, como aquéllos que alguna vez fueron tema de una tertulia nocturna?

- Vaya inyección de optimismo. No sé para qué vemos el noticiero si siempre es el mismo rosario de desgracias sin solución.

- Al menos nos queda el consuelo de que siempre se puede estar peor.

- Bueno, desde ese punto de vista, todavía no estamos en Sao Paulo, con escuadrones de la muerte asesinando 5 pirañitas por noche para limpiarles la calle a los grandes comerciantes.

- Más creativo y mucho menos macabro me parece el negocio de la subasta de borrachos en la plaza San Martín.

- ¿Y eso?

- Pasada la medianoche, en el centro de Lima, si un borracho aborda un taxi, el taxista lleva al infeliz a la plaza San Martín y allí lo ofrece al mejor postor. Le quitan todo lo que le puedan quitar y lo dejan durmiendo en la plaza. Casi sin violencia.

- Lindo taxista samaritano.

- Ya lo decía Marx... –comenzó diciendo Pablo.

- ...Groucho, por supuesto –añadió cuando Eduardo ya volteaba a mirarlo sorprendido. “*Surgiendo de la nada hemos alcanzado las más altas cimas de la miseria*”

- Salud por eso –dijo Miguel mientras vaciaba su vaso de vino.

- A mí me gusta más: “*Iremos de fracaso en fracaso, sin detenernos, hasta alcanzar la derrota final*” –dijo Francisco. Pero no es de Groucho, la leí en una pared en Surquillo.

- Puta que nos pusimos optimistas. ¿Alguien tiene por allí una cimitarra para rebanarme el colon ahora mismo? –dijo Pablo.

- Podrías ser más ritual y hacerte un ikebana - sugirió Mariana.

- ¿Eso no es un arreglo floral? ¿No habrás querido decir harakiri?

- Qué falta de cultura –Mafalda, por Dios, por eso estamos como estamos.

- Sí. Qué falta de ignorancia –añadió Eduardo.

- A ver, a ver, ilustre chofer de la caravana del fracaso, espérate un poco –dijo Alejandro dirigiéndose a Francisco. Creo que estamos todos de acuerdo en que si te animas a mirar por la ventana la lucidez te conduce –atajos más, atajos menos– a la frustración, la impotencia, la rabia. Claro, siempre estará la opción de decir “no llueve porque yo no me mojó”, pero creo que ninguno de nosotros es de esa calaña. Lo que no me parece buena idea es que nos quedemos en el barro revolcándonos, casi disfrutando, jactándonos de nuestra pericia para reconocer, identificar y clasificar la basura. ¿Y? Lindo ejercicio de taxonomía existencialista... pero habría que ser algo más creativo. Tratar de sacarle la vuelta a la realidad sin aplicar la táctica del avestruz. Hacer sonreír a la depresión penetrándola por sorpresa.

- Escupir al cielo para que llueva café en el campo –completó Miguel.

- Cosechar las peras del olmo –añadió Eduardo.

- Y exportarlas –siguió Pablo.

- Ya la cagaste.

- Mira Alejandro, no pongas las cosas como si yo fuera el abanderado del pesimismo en este grupo. Quizá solamente se trate de mi poco escrúpulo para decirle gris al blanco y negro al gris, pero –al menos por ahora– no se me ocurriría sustentar una posición nihilista ni nada que se le parezca. No. Yo sólo creo que hay que reconocer el fracaso, asumirlo cabalmente, tragarlo sin agua, antes de pretender

recuperar terreno. Porque pienso que una mala digestión de una derrota puede destruir los embriones de un nuevo orden. No reniego de la alegría, simplemente no la encuentro pertinente para estos tiempos. No descalifico la opción que propones, ocurre que no termino de entenderla, nada más. Tú estás hablando de un escepticismo idealista. Algo así como esa mazamorra del agnosticismo místico de Wittgenstein –pudo contestar Francisco a través de la pantalla de joda que habían armado los otros tres.

- ¿Y eso qué es? –preguntó Pablo– ¿No era Wittgenstein al que se le quemaba el arroz?

- Su condición sexual no tiene nada que ver con el punto –contestó impaciente Alejandro. Mira, dejemos a Wittgenstein para otro día. Estábamos hablando de la inercia que se origina en la lucidez, o algo así.

- O la falta de huevos, para ser más prosaico –dijo Pablo.

- Butler decía que una gallina era el medio que utilizaba un huevo para hacer otro huevo –añadió Miguel.

- ¿Y quién era ese Butler? –preguntó Mariana.

- Yo qué sé, pero seguro tenía mucho tiempo libre –dijo Eduardo.

- Ya veo que una vez más las ideas se van a diluir en chacota –dijo Alejandro. De todos modos sigo pensando que habría que intentar hacer algo, aunque sea pequeño, aunque sea como entrenamiento. Quizás sea demasiado pedirles una definición, como bien apunta Mariana. Intentemos entonces comenzar por algo tan simple como bautizar al grupo.

- ¡Y dale con lo mismo!

- Este muchacho necesita ayuda psiquiátrica –dijo

Eduardo. Yo creo que cuando era niño sus padres le decían “oye tú, niño”, “niño, alcánzame el periódico” y nunca lo llamaban por su nombre; por eso le quedó el trauma de ponerle nombre a las cosas. Se me ocurre que podríamos intentar una terapia de cura aquí mismo. Simplemente tenemos que incluir la palabra “Alejandro” en todas las frases. Le ahorraríamos la plata de la terapia.

- Buena idea –continuó Pablo. Por ejemplo: “Yo creo que, aunque Alejandro no lo diga, hace calor en Guayaquil”.

- O “yo tengo un primo con hepatitis que se llama Manuel, o sea que no se llama Alejandro”.

Apenas cesaron las carcajadas, Mariana acudió en rescate de Alejandro.

- Ya. Vamos a ver. Qué nombre sugieres tú Eduardo.

- Seguro que Alejandro jode y jode con el nombre porque íntimamente quiere que nos parezcamos al “Club de la Serpiente” de Rayuela. Así que podríamos llamarnos “la fraternidad de la Anaconda”, para añadirle un tinte vernacular-amazónico al asunto.

- ¿Nadie tiene algo sensato que proponer?

- “La cofradía de Partula turgida” –decretó Francisco.

- Eso me suena a sexo en grupo. Interesante.

- ¿Quién es ése? ¿El sucesor del Maharishi?

- Tengo en mi casa guardado el recorte del periódico. Partula turgida es, bueno, era, un caracol arbóreo de la Polinesia que se extinguió oficialmente hace unos meses y que se distinguía por su velocidad: avanzaba sólo 7 centímetros en un año.

- Carajo...

- Como la justicia.

- ¡Qué esperanza ! La justicia no avanza...retrocede.  
- Pobre bicho, seguro que para cuando llegaba a algún lado ya era hora de regresar.

- Está claro que se tomaba las cosas con calma. Lento pero seguro. Así clasificaremos al mundial.

- Ya caigo, seremos la cofradía de Partula turgida para seguir su ejemplo de inquebrantable constancia...

- ... en el largo camino que conduce a la utopía. Bravo compañeros.

- Venceremos.

- No pasarán.

- Hasta la victoria, siempre.

- Patria o muerte.

- Al fondo hay sitio.

- Salud por eso, y por la fundación de la hermandad de Párvula frígida.

- Par-tu-la tur-gi-da.

- Bueno, tampoco pretendas que nos aprendamos el nombrecito a la primera, mi estimado Nabucodonosor

Hace más de veinte minutos que salimos del cementerio y por fin alguien se anima a romper el silencio, que ya se estaba pareciendo demasiado al luto. Mariana propone que vayamos a su casa en la noche, dice que es el momento de extender el certificado de defunción de la cofradía. Una última reunión que quizás sirva para encontrarle sentido a lo que ha pasado. O para encontrarle sentido a olvidarlo todo y seguir viviendo. Tras una tibia resistencia se aprueba la moción, pero sólo después de parar en “El Orificio” a comprar vino.

Mi idea los ha convencido a todos. A manera de tardío homenaje a Francisco (como son tardíos casi todos los

homenajes), y también como primera y última actividad concreta, la cofradía pondrá en práctica algo que él propuso muchas veces y nunca fue aceptado: salir a pintar graffiti en la madrugada. Mientras Mariana y Eduardo discuten el itinerario, todos los demás –con excepción de Pablo, que reclama inútilmente otra ronda de vino– nos dedicamos a copiar en cuadernos los textos de los graffiti.

El recorrido comienza por Barranco y Miraflores. Dos barrios residenciales con escaso patrullaje policial (los guardias privados contratados son más eficientes y menos sobornables), ideales para entrar en calor y terminar de desterrar el miedo natural que todos, advenedizos al fin, ocultamos a medias. Las dos primeras pintas ocurren sin incidentes. La primera, demasiado larga a juicio de Miguel, demasiado sofisticada (por la diéresis) para Eduardo, fue en la pared de un lote baldío en Barranco, donde debajo de un SE VENDE - RAZÓN: 467 10 15, ahora se puede leer *Nuestras derrotas sólo demuestran que todavía somos pocos luchando contra la infamia; y de nuestros espectadores esperamos al menos que se avergüencen*. En Miraflores nos interrumpe un borracho que ha elegido la misma pared de una playa de estacionamiento (*Queremos vivir, no sobrevivir*) para descargar su vejiga al tiempo que maldice y pide la renuncia del presidente anterior. Ahora la avenida Arequipa nos lleva hacia Santa Beatriz, donde esperamos encontrar una pared cerca del canal cuatro, que ha sobresalido entre la prensa sojuzgada y adocenada por su desvergonzado servilismo hacia la dictadura. El nivel de riesgo ya no es menor y se puede palpar la tensión en un detalle: nadie ha celebrado la ocurrencia de Pablo en el semáforo anterior, cuando le preguntó al melifluo travesti que se acercó

a ofrecer sus servicios si podía pagarle con tarjeta de crédito. Allí está la pared elegida, a sólo una cuadra y media del canal que tiene resguardo militar las veinticuatro horas del día. Hay que actuar rápido. Eduardo mantiene el carro encendido y enganchado en primera; Miguel observa por el vidrio trasero para dar la voz de alerta; Mariana y Pablo caminan abrazados lentamente, tapando la visión de la pared desde el canal; yo llevo el texto escrito en un papel en la mano izquierda y el aerosol de pintura en la derecha. *Ay Canal 4, ¿Quién jalará la cadena?* Todo ha salido bien. Mariana suspira y da gracias a Dios. Yo replico y cito a Juan Gelman diciendo “que no sea lo que Dios quiera”. Pablo dice que los soldados deben estar dormidos o viendo revistas pornográficas. Miguel ríe y Eduardo mantiene la seriedad: es el chofer y sabe que el siguiente destino sí es peligroso. La avenida Argentina, el corazón del barrio industrial, otrora escenario de contiendas de volanteo al alba entre grupos de izquierda y lugar de mil batallas callejeras entre los sindicalistas y la policía antimotines, cuando todavía existían los sindicatos. Allí las paredes sobran, pero el patrullaje es continuo.

Se repite la operación. Ahora la frase es algo más larga, lo que aumenta el nerviosismo de la espera. Ya está. *El policía te golpea en nombre de la ley, tú golpéalo en nombre de la libertad.* De pronto todo pasa muy rápido: se escucha una sirena al tiempo que una luz potente me encandila cuando estoy entrando al carro. Apenas logro entrar el sacudón me tira contra el parabrisas: Eduardo ha decidido huir en retroceso. Alcanzo a cerrar la puerta justo cuando el carro da una vuelta en U para darle la espalda al patrullero que ha tardado en iniciar la persecución. Pregunto por Ma-

riana y Pablo mientras Eduardo acelera a fondo para ganar la esquina. Miguel, que aparentemente ha logrado ver todo, me dice que ellos han huido corriendo, que el patrullero amagó perseguirlos pero que al final se decidió por nosotros. Al menos dos estarán a salvo. Eduardo está parado sobre el acelerador intentando llegar a la siguiente esquina, pero finalmente ocurre lo inevitable: nos han alcanzado y podemos ver las ametralladoras sobresaliendo de las ventanas. Miguel le grita a Eduardo que se detenga, pero no es necesario, él decidió parar apenas escuchó la primera ráfaga. O fue al aire o tienen mala puntería. Da igual, el caso es que estamos todos ilesos, al menos por ahora.

La lúgubre comisaría a la que nos han traído, luego de la consabida andanada de patadas en las canillas y varazos en la espalda al subir y bajar del carro porta-tropa, no luce tan insana como las miradas de los dos guardias que nos vigilan. Tenemos que rendir manifestación, nos ha dicho el que parece ser el jefe de la unidad que nos detuvo. Ese matiz burocrático en el habla del comisario hace juego con el ambiente de oficina de trámites inútiles que tiene la comisaría. Una luz mortecina proviene de un foco colgado de una pared y no del techo (imagino que el presupuesto miserable prohíbe pasar de los cuarenta Watts). Un almnaque con la foto de Fujimori es lo único que adorna las paredes, aparte del escudo peruano en el dintel de la puerta. El jefe abre el libro de partes con un gesto ceremonioso. Acto seguido busca, primero sobre el escritorio, con calma todavía, y luego en los cajones, ya con vehemencia, un simple lapicero para poder registrar las declaraciones. Nada. Los guardias niegan haberlo visto, y tampoco tienen uno. Finalmente, Miguel ofrece su lapicero. El jefe, ofuscado

a estas alturas, lo acepta de mala gana y le dice que se lo devolverá apenas termine con nosotros. Miguel, con esa candidez que más que divertirnos siempre nos ha intrigado (¿es o se hace?), le pregunta qué es lo que va a hacer si los próximos detenidos no tienen lapicero para prestarle. Eduardo y yo apenas podemos contener la risa, lo que irrita aún más al jefe, quien manda callar y opta por iniciar la toma de declaraciones precisamente con Miguel. Mala idea. El nombre completo no ha traído problemas. Pero...

- ¿Sexo?

- Poco frecuente

- Mira, no te hagas el chistoso, porque aquí nadie está de humor para escuchar payasadas. ¿Estado civil?

- No.

- ¿Cómo que no?

- Es que este es un estado militarizado, no es civil.

El policía amaga reaccionar, gritar algo, pero se ha contenido después de asentir. Pareciera haber decidido algo.

- ¿Dirección de residencia?

- Avenida Brasil 2580, Pueblo Libre.

El policía sigue ignorando a Miguel, que dijo el nombre del distrito casi como una arenga. Nosotros estamos cada vez más preocupados.

- ¿Nombre del partido político al que pertenece?

- No es un partido político, es una cofradía.

- ¿Una qué?

- Una cofradía. Una reunión de cofrades. Es algo así como una logia, pero sin advocación alguna; no profesamos un credo en particular. Se trata más que nada de una agrupación de tertulia con fines lúdicos.

- Mira cojudo, hasta ahora te he tenido paciencia, pero sigue jodiendo y vas a terminar mal, muy mal.

- Yo no me estoy burlando de usted, general.

- No me llames general, imbécil. Soy sargento, el sargento Gutiérrez para ti, pero me bastaría con ser cabo para ahorita mismo sacarte la mierda por desacato a la autoridad.

- Yo sólo estaba respondiendo a su pregunta, sargento Gutiérrez.

- Te repito la pregunta, y espero que esta vez respondas en serio. Dame el nombre de la agrupación política a la que pertenece su célula.

- Ya le dije que no es una agrupación política. En cuanto al nombre, se llama Partula turgida. Es en homenaje a un extinto caracol arbóreo de la Polinesia, que en todo caso era multicelular...

- ¡Cállate carajo! Ya basta, consignaré que el detenido se niega a responder las preguntas. ¡Aguayo, llévate a este payaso a la celda!

Unos minutos después Eduardo y yo seguimos el mismo camino que Miguel al negarnos a admitir que militamos en un partido político, y mucho menos aceptar que esas pintas representen apología del terrorismo. Esta es la única excusa formal que tiene el régimen para encarcelar a quienes no forman parte de agrupaciones de izquierda. Estamos únicamente los tres en la celda, aunque no por mucho tiempo según el sargento Gutiérrez. Dice que pronto nos trasladarán a Seguridad del Estado, en la avenida España, y que allí sí que vamos a hablar. El miedo nos hace estar en silencio. Todos sabemos que en ese local se tortura

habitualmente y que hay gente a la que se le ha perdido la huella desde que entró allí. No estamos preparados psicológicamente para la tortura. Me pregunto si alguien puede estarlo. Recuerdo a ese exiliado chileno, ex-militante del MIR, que en una entrevista contaba que después del golpe del 73, cuando era inminente que los capturaran, ellos se acondicionaron físicamente para resistir la tortura y no delatar. Pero todo eso fue inútil a la hora de la verdad, nadie podía siquiera imaginar el nivel de sadismo y degradación al que podían llegar los órganos de inteligencia. No, nadie puede estar preparado para la tortura. Ese local de la avenida España lo conocemos bastante bien. Fuimos tres veces allí a preguntar por Francisco después de que en cada comisaría visitada nos sugirieran lo mismo. Y tres veces negaron que hubiera estado detenido en esa dependencia a pesar de que dos periodistas que hacían guardia en la puerta aseguraron que un joven flaco, de aproximadamente un metro ochenta y cinco de estatura, trigueño, pelo negro largo, de anteojos con molduras redondas, había entrado esposado en la madrugada del jueves santo. Nadie supo nunca dónde estuvo Francisco los seis días que pasaron entre ese martes que se despidiera en su casa para ir a un concierto en la universidad y ese lunes en que su cuerpo fuera encontrado en los basurales de la ribera del río Chillón, camino al aeropuerto.

Ya está amaneciendo. Casi no hemos hablado. Miguel pregunta por el derecho que tenemos a hacer una llamada telefónica. Yo lo miro como quien mira a un niño que pide limonada en medio de una película en el cine; Eduardo le contesta que eso sólo ocurre en la televisión. La luz permite ahora ver que la celda está llena de inscripcio-

nes, y que los detenidos no perdían el humor. En la pared hay letreros de Baño, Bar, Piscina y Restaurant, todos señalando a la misma esquina ennegrecida y pestilente. A un costado se puede leer ese texto mil veces copiado en las paredes de los baños de Latinoamérica, cambiando el último sustantivo: *Prohibido cagar más de dos kilos porque de la mierda nacen los fujimoristas*. Pero también hay inscripciones más serias y dramáticas. Algunas me hacen recordar el texto que dejara Miguel Hernández en las paredes de la cárcel de Alicante, poco antes de morir: *Adiós hermanos, camaradas y amigos, despedidme del sol y de los trigos*. Ahora Miguel y Eduardo están sentados en la misma posición: la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre las rodillas. No me atrevo a interrumpir sus meditaciones, rezos o lamentos para compartir con ellos las inscripciones que me parecen notables. Me pongo de pie para poder leer un texto bastante largo, escrito muy arriba, que no se puede leer desde el suelo.

*Queridos compañeros y compañeras de infortunio,  
Los torpes esbirros de la dictadura, los tontos útiles  
con sueldo y criterio mínimos, los hijos de la intolerancia  
que siempre nacen con malformaciones, me han traído aquí  
por convertir las paredes de las fábricas en pizarra del más  
elemental catecismo: aprender a decir No. Si ahora apresan  
a los que escriben, mañana apresarán a los que leen, y en-  
tonces todos estaremos en prisión, sea detrás o delante de los  
barrotes. Este triste retorno al oscurantismo medieval debe  
combatirse con dignidad y valentía, lo que en estos tiempos  
equivale apenas a no callar. Ya que no existe la prensa libre  
y la televisión está secuestrada, solamente nos queda nuestro*

*grito. Aquellos que renuncien a ser mudos y salgan con vida de este trance han de difundir la consigna: tomar las paredes para luchar todos contra la gran pared del terror y la opresión del régimen fujimorista.*

No había terminado de leer la tercera línea cuando sentí una opresión en el pecho al reconocer la letra de molde y el estilo épico y panfletario del amigo perdido. Pero ahora que he terminado de leer esta suerte de testamento de Francisco me siento por un lado aliviado y por otro con mucha fuerza. El alivio es por saber algo más de su itinerario antes de desaparecer. Quizás se trate de un resabio de racionalismo, la impronta de la modernidad, el consuelo de tener datos objetivos de la desgracia. La súbita fortaleza que me invade no la puedo explicar, es como si algo hubiera entrado dentro de mí y tomara el mando. Tal vez sea simplemente orgullo solidario por haber recorrido el mismo camino que él para llegar primero a esta celda, luego a Seguridad del Estado, y después quién sabe. Sea lo que sea, y sin tener razón alguna, ahora me siento con fuerzas para enfrentar lo que viene, para encontrarle sentido incluso a la barbarie. Por eso es que me apuro en recoger ese pedacito de carbón cuando escucho el ruido de pasos que indica que ya vienen por nosotros, y escribo ese verso de la canción que tanto le gusta a Mariana. *Quién dijo que todo está perdido, yo vengo a ofrecer mi corazón.*

## Opio y monedas

La anciana parece dormir. Al agachar la cabeza no se le puede ver el rostro pues lleva un oscuro sombrero de fieltro. Está sentada en el suelo y sus polleras extendidas son a la vez mantel y abrigo. Sobre el supuesto mantel hay solamente un vaso de plástico. Cada vez que siente pasos o voces agita el vaso para que suenen las monedas. No levanta la cara. No es posible saber si agradece en voz baja cuando alguien deposita una moneda en su vaso. Menos se sabe sobre lo que siente después de cada exitoso o fracasado tintinear de monedas.

Han pasado dos horas, y quizás más de cien personas. La anciana ha recibido apenas seis monedas. Es probable que esté angustiada o simplemente triste por la escasa cosecha. No le va a alcanzar; no sabemos bien para qué, pero seguro que no le va a alcanzar. Entonces un niño sucio y andrajoso, a quien bastaría ver para saber que mendiga igual que su ¿madre? ¿abuela?, se acerca y le da otras cuatro monedas. Es su aporte, su propia cosecha de las últimas horas. Cada uno desde su esquina y desde sus años. La anciana en silencio, casi convertida en estatua (una estatua en homenaje a la miseria, diría alguien que no tiene idea de lo que es la miseria), y el niño bullicioso, zangoloteando con los otros niños, colegas de esquina. La alegría todavía es gratis.

El grupo de estudiantes sale a comprar algo para beber durante el entretiempo del partido de fútbol.

- Tengo hambre. ¿Y si además compramos una pizza? ¿Cómo andan las arcas del proletariado?

- Mi billetera ya tiene telarañas.

- Propongo una sesión de meditación Zen para espantar al demonio de la gula.

- El demonio no existe. Es una estrategia de marketing de la Iglesia para no perder a sus abonados. Un vendedor de paraguas que anuncia a gritos la lluvia.

- En medio del desierto.

- No sabes lo que dices. El demonio sí existe. Yo mismo lo he visto; lo vi detrás de los ojos de una mujer adúltera, después del amor breve y violento, una madrugada de verano. Casi no la cuento. No es broma, me iba a devorar, iba a tomar mi alma.

- Veo que has estado fumando guano otra vez.

Mientras siguen discutiendo si la Inquisición asesinó a más personas que las dictaduras latinoamericanas, cien metros antes de llegar a la botillería, se encuentran con una anciana mendicante sentada en el suelo, agitando un vaso de plástico sin levantar la cabeza. Uno de ellos se detiene y, casi sin mirarla, rápidamente extrae dos monedas de su bolsillo y las deposita en el vaso. No puede percatarse del imperceptible movimiento de cabeza de la mujer, que quizás significa un gracias.

- Pagaste tu alivia-conciencias, siempre sale barato.

- ¿Tú prefieres negarle unas monedas? ¿Qué ganas, o qué dejas de perder?

- El punto es qué gana o pierde ella, no tú. Su vida no cambia absolutamente nada por recibir ese par de monedas. Sigue siendo tan miserable como antes porque el sistema así lo requiere. El cambio no va a ocurrir porque

repartamos las sobras. Es más, se corre el riesgo, y a eso me refería cuando hablaba de alivia-conciencias, de perder la perspectiva de necesidad del cambio al encontrar un espejismo de gratitud y autosatisfacción que se alimenta a sí mismo. Okey, puede servir como terapia contra el insomnio para almas sensibles, o como pasatiempo para damas-bien aburridas de gastar el dinero de sus maridos. Pero no debe distraer, quiero decir que no debe dejar la idea de que algo ha ocurrido, porque no ha ocurrido nada.

- Con distintos argumentos, tu posición coincide con la de mi padre –que es flor de reaccionario– quejándose de la cantidad de gente que pide plata en los semáforos, diciendo que no le alcanzaría la plata si diera cada vez que le piden. Ambos, partiendo de orillas opuestas, terminan por apoyar lo mismo: la frustración cotidiana de esas manos vacías.

- Qué bonito suena, podrías escribir poemas para universitarios y repartirlos a la salida de los conciertos. Luego los agrupas, le pones al conjunto un título de libro de auto-ayuda y te forras.

- Mira, yo no hablaría de frustración. Se frustra el vendedor ambulante que no vende su mercancía, el afilador de cuchillos que recorre las calles sin resultado, el vendedor de enciclopedias puerta por puerta. Ellos todavía ponen en juego una dosis de esperanza cada día, y casi siempre la pierden. En cambio los que viven –o mueren– de la limosna de otros yo creo que ya tiraron sus esperanzas desde arriba del puente.

- Perdón, yo creo que hay que ordenar esta discusión porque están mezclando peras con manzanas. No se puede meter en un mismo saco la perspectiva social o socioeco-

nómica y el análisis particular de sentimientos –o la ausencia de ellos– generados en la interacción con los indigentes de este país. En resumen, si quieren hablar del alma está bien; pero no hablen del alma para refutar argumentos que hablan del orden social, del tú no comes carne para que otro pueda viajar a Miami.

- Ya córtala, ustedes se han pasado la vida identificando los elementos distractores a su bienamada revolución y han encontrado así un surtido repertorio de excusas para no hacer nada concreto. Ahora resulta que es mejor no dar limosna que darla porque puede distraer o ameniguar el ardor combativo de tus cuadros. Por favor. Creo que tendrían que destinar esa notable capacidad para inventar enemigos a causas más útiles.

La discusión termina porque ya han entrado a la tienda, todos. Por eso no pueden ver lo que pasa en la esquina opuesta. Probablemente tampoco lo verían de haberse quedado afuera de la tienda.

El niño ha llegado con otras tres monedas, la última media hora fue productiva. Entonces la anciana cuenta, dos veces, el total acumulado y le entrega una moneda al niño. Éste sale corriendo, contento se diría, y detiene su carrera en el quiosco de la esquina. Allí pide y recibe el sobre con figuritas del álbum de fútbol con las estrellas del mundial. Segundos después se le ve saltando de alegría. Ha tenido buena suerte. Y es que no tenía ni a Romario ni a Batistuta. Ahora le faltan pocas figuritas para llenar el álbum. Luego de ir a contárselo a la anciana, que no se ha movido, corre a compartir su buena noticia con los otros niños de la esquina de enfrente. La celebración tiene que ser corta porque el semáforo otra vez está en luz roja. Una

camioneta pick-up negra, enorme, está primera en la fila. A pesar de tener las ventanas a medio abrir se escucha con mucha claridad la transmisión del partido por la radio (el segundo tiempo ya ha comenzado). El niño no ha terminado de estirar la mano -en realidad debe levantarla para poder ser visto por el chofer- cuando desde adentro le dicen “No, ahora no tengo”. De todas maneras se queda unos instantes más, para escuchar si ese ataque narrado con tanta grandilocuencia termina en gol. No, el tiro ha salido desviado. Se dirige entonces al carro de atrás. Tampoco recibe nada. Cambia la luz del semáforo y retoma el juego de pelota con sus compañeros. Hace un gol y lo celebra a gritos, pero el gol es discutido por los otros, que reclaman que fue palo. Es que pasó por encima de la piedra que utilizan como marca. En la vereda de enfrente, la anciana ya ha guardado en un bolsillo perdido entre sus polleras todas las monedas menos dos, que se quedan en el vaso. Ahora agita su vaso otra vez: parece que alguien se acerca.

El niño no lo sabe, no lo puede saber, pero doce años después, cuando la anciana ya sea apenas un triste y lejano recuerdo en su vida, diluido por recuerdos más cercanos y terribles, se volverá a encontrar con el chofer de la camioneta negra y con uno de los estudiantes. No se reconocerán, pues nunca se conocieron; en cualquier caso, nada afectará el rumbo de los hechos.

Una noche, a la salida del estadio tras un partido de eliminatorias que ha ganado la selección nacional a su clásico rival, el que fuera estudiante, hoy cajero de un banco, y el chofer de la camioneta -hoy ejecutivo de otro banco- se agolparán eufóricos junto a una pequeña multitud que aclama a los jugadores y pide un autógrafo al héroe de la

noche, el pequeño delantero que anotó un gol de cabeza en tiempo de descuentos. El jugador, de origen humilde y con un casi seguro futuro en el fútbol europeo, está tan contento como los hinchas y se detiene para firmar autógrafos con paciencia, mientras escucha una y otra vez las mismas palabras de elogio. Es una noche para ser feliz y olvidar todos los problemas.

Después del ritual de celebración, el grupo de hinchas se dispersa por los alrededores del estadio, y el cajero y el ejecutivo casualmente caminan uno detrás del otro, buscando un taxi que los lleve de regreso a sus casas. De rato en rato el silencio de la noche se rompe con el grito de algún fanático que no quiere terminar de celebrar. De pronto, desde un pasaje lateral aparece un taxi, que frena inmediatamente ante el gesto simultáneo de los dos trabajadores bancarios. El resto de hinchas no parece interesarse en el taxi, probablemente la plata no les alcanza. Una vez que el taxi se ha detenido por completo, ambos hacen el ademán de ganar la posición, pero inmediatamente corrigen el gesto para ceder el turno. El insólito gesto hacia un extraño se explica desde la solidaridad del hincha exultante por el triunfo. No hay que ceder, finalmente, porque han descubierto que sus destinos son cercanos, así que deciden compartir el taxi. El taxista comenta con ellos el resultado del partido y, distraído, no nota que en el semáforo que está más adelante, ahora en luz roja, hay un par de sujetos de aspecto sospechoso. Cuando se detiene, uno de los sujetos abre violentamente la puerta del copiloto y amenaza con un arma al taxista, exigiéndole dinero con gritos e insultos. Los dos pasajeros, sentados atrás, reaccionan intentando reducir al asaltante, mientras el taxista paralizado de

miedo, no atina a hacer nada. Entonces todo ocurre muy rápido. Antes de salir corriendo con un par de billetes de escaso valor, el asaltante habrá disparado cuatro veces. Horas después, morirán en la posta médica los dos pasajeros. Ya en su barrio, sintiéndose seguro, el asaltante, un hombre joven que de niño pedía monedas en los semáforos junto a una anciana que tal vez era su abuela, podrá comprar la dosis de pasta base de cocaína que esa noche necesitaba tanto. Hace tiempo que la alegría ya no es gratis.

## No me verás partir

Cuando el avión dio la última curva y enfiló por fin hacia la pista de aterrizaje del aeropuerto de Cusco, ambos se tomaron las manos emocionados. El paisaje que se observaba desde la ventanilla era sencillamente hermoso, un generoso adelanto de lo que les esperaba: majestuosos cerros verdes dominando la histórica ciudad tapizada de tejados rojos, iglesias coloniales y ruinas incaicas. Todo comenzaba a parecerse a la postal que les vendieron a plazos en la agencia de viajes. Se felicitaron por finalmente haber escogido Cusco y no Cancún para la luna de miel.

La sospechosa amabilidad del taxista resultó siendo absolutamente inocua. Amabilidad a secas, sin recargo para los turistas. El que visita Cusco siempre regresa, señor. Hay quienes vinieron por una semana y se quedaron toda la vida, señor. Excelente sugerencia: dar una vuelta por la Plaza de Armas después de recalar en el hotel. ¿Te duele la cabeza, mi amor? Debe ser la altura; según el South American Handbook estamos a 3,366 metros sobre el nivel del mar. Mejor quédate recostada, yo voy a salir a recorrer un poco y vuelvo en veinte minutos. No, deja, yo voy a desempacar a la vuelta, tú sólo descansa, quédate tranquila.

En las angostas y empinadas calles de piedra milenaria y bajo los portales se encontró con el único componente del paisaje que no había merecido comentarios superlativos por parte de la siempre sonriente agente de viajes: la gente (antes se decía el pueblo, pero ahora queda

mal). Sin embargo, sus ojos solamente veían potenciales protagonistas de fotografías o postales, elementos pintorescos para la anécdota en la oficina una vez que regresara a Chile. Buscaba estrenar su enorme cámara digital con chullos o ponchos coloridos, con quenas o zamponas, con trenzas largas o narices aguileñas. No reparaba en los rostros inescrutables surcados por arrugas que tenían más de años en vano que de satisfacción por la tarea cumplida, los pómulos cobrizos quemados por el viento lacerante de las tierras altas, los pies ennegrecidos desbordando las ojotas mínimas. Allí estaban los herederos del imperio más grande de América. Los ancianos cargadores desapareciendo bajo bultos gigantes camino del mercado, en un circuito de ida y vuelta que sólo termina en la sepultura. Las machas ofreciendo chompas de lana de alpaca y artesanías, dispuestas a rebajarlas a la mitad de la mitad con tal de tener algo para comer ese día. Cómprame, señor, no seas malito. ¿Cuánto me ofreces? Los niños mocosos y descalzos interrumpiendo sus ruidosas grescas y persecuciones para pedir una monedita, míster. Toda la miseria rodeada de hermosos colores encendidos, todo sugiriendo falsamente que lo doloroso y lo sublime acaso puedan coexistir. ¿Era aquélla una sonrisa o un rictus de angustia? Sin que se percatara, la ciudad empezaba a deshacer lentamente la máscara de banalidad que él llevaba puesta. La búsqueda de lo pintoresco comenzaba a disolverse en preocupaciones todavía sin forma pero que amenazaban con rondar lo esencial, con hacer preguntas nuevas.

Se dio cuenta de que ese sol, el Inti, el dios sol de los incas, no calentaba mucho, y el viento que aparecía en ráfagas era más bien helado. El frío le hizo decidir acortar su

caminata. No era mala idea recostarse un rato junto a ella antes de salir a buscar un lugar donde almorzar, les habían recomendado varios. En el camino de regreso se topó con una minúscula manifestación. Unas doce o quince personas, la mayoría mujeres, coreaban consignas tímidamente y blandían un par de pancartas con lemas alusivos a la impunidad y a una Comisión de la Verdad. Caminaban muy despacio, había algo de resignación en la escena. Se animó a preguntarle por la razón de la manifestación a un aparente estudiante universitario que aplaudía el paso de los marchantes. “Es por los desaparecidos de Langui. En el 93 el ejército se llevó a 22 comuneros acusándolos de colaborar con los terroristas. No se volvió a saber de ellos. Había ancianos y niños en el grupo.” Se quedó un momento mirando a la manifestación, pero se sintió invadiendo algo ajeno. Decidió continuar su camino.

Todavía pensando en las mujeres de la manifestación que había dejado atrás, compadeciéndose del imposible de las esperanzas de encontrar a sus familiares con vida, llegó al hotel y subió rápidamente al segundo piso: habitación 204. No tuvo que utilizar la llave porque la puerta estaba entreabierta, lo que le molestó. Va a tener que escucharme, es imprudente que no cierre bien la puerta, sobre todo si va a dormir. Entró resueltamente y la prolija ausencia de cualquier ser humano en la habitación lo golpeó en la cara. Se estremeció. No puede ser, este es el cuarto, si acá mismo tengo la llave, no puede ser, ¿dónde está? Tardó sólo unos segundos en verificar que en el baño no había nadie. La angustia no cesaba de crecer adentro de su pecho. No había rastro de ella ni de las mochilas. Fue a la recepción pero no encontró a nadie, volvió a la habitación 204 con la esperan-

za de que su mundo se hubiera recompuesto en ese minuto, pero no: el cuarto seguía vacío. Se sentó en la cama tratando de calmarse, intentando pensar en una explicación lógica. ¿Dónde pudo haber ido? Descartó cualquier emergencia médica porque no tenía sentido que desapareciera con todo el equipaje. Y era igualmente desatinado suponer que se había ido a dar un paseo con todos los bultos a cuestas ¿Un secuestro? Tampoco, no había ninguna señal de violencia y la cama donde la dejó acostada estaba impecablemente tendida. Maldición, qué hago, qué hago. ¿Hacer la denuncia de desaparición a la policía? Inútil, seguramente aquí también deben pasar 48 horas para que una persona se pueda dar por desaparecida; además ni siquiera tengo documentos, todos se quedaron en la mochila. Sin tener muy claro el sentido de hacerlo, decidió salir a la calle.

Afuera rápidamente percibió que cada una de las personas con las que se cruzaba tenía una preocupación, algo en qué pensar, algo que para cada cual era seguramente importante y quizás hasta impostergable. Y no pudo evitar sentirse desamparado con su pequeña desgracia personal, con su esposa desaparecida que únicamente podía importarle a él. Pensó que el mundo era muy poco solidario. Además se dio cuenta de que había muchas más mujeres turistas con mochilas al hombro de las que había registrado en su primera salida. Uno no siempre ve todo lo que se puede ver. Eran las mismas calles, sentía el mismo frío, pero le parecía que hacía un siglo se había topado con la manifestación por los desaparecidos de Langui. Caminó haciendo circuitos cortos, siempre regresando a la Plaza de Armas, hasta que se agotó de buscar en los rostros de aquellas nórdicas o alemanas el rostro de ella.

Sin saber qué hacer, se sentó en las escaleras de la catedral. No tuvo más remedio que considerar la posibilidad de que ella lo hubiera abandonado. ¿Por qué? Y sobre todo, ¿Por qué así, por qué aquí? Le sobraban preguntas y no tenía ninguna respuesta. Hizo un repaso del largo noviazgo, de los preparativos de la boda, de la boda misma. No pudo encontrar una sola fisura en la confianza, un solo hecho extraño, una sola mirada extraviada de ella, una sola llamada telefónica inquietante. Nada. Seis años de su vida, de su vida con y para ella desfilaban por su mente, y no encontraba motivos. Se sintió muy solo al no poder encontrar una explicación que empuñara para enfrentar los desgarrados reproches que seguramente le esperaban a su regreso. Sin embargo, sin salir del todo de su desolación, al mismo tiempo le parecía reconocer que esos seis años tampoco consignaban particulares cimas en su relación. Le costaba recordar, más allá del natural entusiasmo del origen allá por sus 19 años, momentos en que hubiera sentido que el corazón le iba a estallar, que podría morir de felicidad en ese instante, que se le había permitido un minuto de visita en el paraíso. No. Ella se había dejado querer sin resistencia desde el comienzo y él la había elegido como destinataria de su cariño casi convencional pero no por ello menos eterno. Había sido fácil imaginar un futuro con ella. En realidad no había siquiera que imaginarlo, bastaba con mirar e imitar a su primo Hugo o a su amiga Eugenia en sus apacibles rutinas, dignos ejemplos del matrimonio sin sal pero seguro candidato a las bodas de oro; la antesala de la resignación como eficaz conjuro contra la disolución. Lo peor de todo es que tengo que reconocer que yo he hecho méritos suficientes para recibir ese premio consuelo de la

vida. Si nunca aspiré a más en mi relación de pareja debe ser porque mi techo estaba muy cerca; pero –y con esto me grandío de mediocre– ni siquiera intenté confirmarlo. Nunca me cuestioné tanto sospechoso halago por parte de aquellos ilustres perdedores. Si hasta me sentía orgulloso de nuestra invulnerable estabilidad. Y ahora estoy aquí, solo en medio de la ciudad elegida para la luna de miel, abandonado por ella, que quizás se me adelantó un par de horas en esta revelación de nuestra poquedad. Sin embargo, el mero hecho de poder escupirme en la cara este frío diagnóstico tal vez pueda ser el punto de partida para desterrar el menosprecio a mí mismo. Si puedo ser consciente de lo que he sido (o de lo que no he sido) entonces quizás no todo esté perdido.

De regreso al hotel se topó de nuevo con la manifestación por los desaparecidos de Langui, que a esa altura se había engrosado hasta aglutinar a cerca de un centenar de personas. Sintió entonces que eran dos siglos los que habían pasado, pero al mismo tiempo, inexplicablemente, se sintió más cerca de ellos. Esta vez se fijó en las fotografías que llevaban las mujeres en el pecho, y vio que esos rostros en blanco y negro cobraban vida en las miradas y los gritos de esas mujeres, como si fuese una sola persona la buscada y la que busca, como si la muerte se pudiera vencer con sólo poner mucha vida en la voz y la mirada. Entonces pudo superar el pudor inicial y se unió por un par de cuerdas a la manifestación, y coreó sus consignas, y aplaudió con rabia, y finalmente se apartó. Se despidió en silencio de ese grupo al que creyó pertenecer por un momento.

Una vez en el hotel se detuvo en la recepción, donde esta vez sí había alguien, aunque no era el mismo muchacho que había registrado su ingreso.

- Disculpe, señor, ¿es usted el señor Gonzalo Fuentes?

- Sí, yo soy.

- Señor Fuentes, su esposa ha estado preguntando por usted muy preocupada. Por favor vaya a verla a la habitación. Es la 406, señor.

- ¿Cómo? Pero si nosotros estábamos en la 204...

- Sí señor, lo que ocurre es que Froilán, el conserje del turno anterior, le cambió de habitación a la señora porque ella se quejó de la bulla de la calle que no la dejaba dormir. Por eso la trasladamos al cuarto piso y sin ventana a la calle principal; esa habitación es muy tranquila, señor. Usted podrá comprobarlo.

Lo comprendió todo. Se había tratado de una sencilla pero absurda confusión. Claro, ahora podía entender lo que hacía un par de horas no tenía explicación. Agradeció al conserje, le dejó las llaves de la habitación 204, y decidió subir por las escaleras, con mucha calma. Cada paso que daba le ayudaba a poner en orden sus ideas, a formular frases convincentes y hasta definitivas. Supo entonces que podría reaccionar con tranquilidad cuando se enfrentara con el llanto de aquella mujer tan lejana, tan perdida en su pasado, que ahora lo esperaba en la habitación 406. Y supo también que se quedaría en el Cusco mucho más tiempo del que había planeado.

## La mujer más fea del mundo

No crearás que estoy diciendo esto para impresionarte o dárme las de raro, no Raúl, creo que tú me conoces lo suficiente como para saber que nada de lo que te cuento lo he inventado. Sí, ya sé que suena a fábula; pero es que tendría que contártelo todo, paso a paso, desde el comienzo, para que pudieras primero creer y después quizás entender. Está bien, ya que insistes lo voy a hacer. Tómallo como un gesto de agradecimiento por el favor que me estás haciendo. Te lo cuento, además, para que te entretengas y no te quedes dormido al volante; porque todavía faltan cuatrocientos kilómetros para llegar a Arica, el paisaje no es precisamente una inyección de anfetaminas, y no quiero morir hoy. Quizás acepte morir mañana, después de que haya hablado con Mónica, pero esa es otra historia.

Puede ser que tengas razón, que sea una exageración, y hasta un agravio, decir una cosa como esa, que era la mujer más fea del mundo, pero te juro que nunca había visto una mujer tan fea. Y vaya que he visto mujeres. No Raúl, no lo digo por joder, lo de Marcela y yo fue una tontería de una noche de fogata y guitarra en la playa, no pasó de eso. Y ya te lo he dicho mil veces: fue antes de que ustedes se comprometieran. Además ahora están felizmente casados, si no me equivoco ya son tres años, ¿no? Bueno, tampoco te pongas así, yo no sabía lo de ella con Alberto, ese hijo de puta, nunca me gustó. ¿Y cómo iba a saberlo si tú nunca me cuentas nada? A veces creo que olvidas quién

soy. Soy Ricardo, tu mejor amigo desde hace 18 años, el que te presentó a Marcela en esa fiesta. En realidad no mereces que te cuente esto, pero en fin, todo sea por llegar a Arica con los huesos sanos. Bueno, volviendo al relato, te decía que era, lejos, la mujer más fea que alguna vez vi; y cerca, también. Claro, tú dirás que las octogenarias desdentadas o verrugosas pueden ser más feas, pero no se trata de lo mismo. Uno ya no mira a las ancianas como mujeres-mujeres sino como abuelitas querendonas, amigas del dulce y del tejido, hay hasta algo de ternura en su fealdad. Además esos rostros arrugados ya no representan a esas mujeres, son apenas máscaras que la maldad ciega del tiempo les ha colocado encima. No, yo me refiero a la fealdad que choca, que obstruye y hasta inutiliza el deseo.

Mónica se despierta por segunda vez en la mañana. Se da una vuelta en la cama, se vuelve a cubrir con las sábanas y, al igual que hace una hora, desiste de levantarse. No le gusta dormir sin sueño, sabe que eso la aturde, pero hoy prefiere el aturdimiento al tedio que desgasta. El día se anuncia difícil, y no tiene sentido malgastar energías conjugando el verbo esperar.

Te decía que era la mujer más fea que conocí. Bueno, tampoco se puede decir que la conocía, ella era cajera del supermercado donde todos los lunes yo compraba jugo de naranja, leche y cereal chocolatado para mis desayunos. A veces me acompañaba Alberto, ese hijo de puta, mejor ni acordarse de él, mira que meterse con Marcela... No Raúl, no quiero hurgar en tu herida, si te cuento que iba con Alberto es porque fue a él al que primero le comenté sobre esa cajera: gorda con la obesidad esperándola en la siguiente cuadra, pálida como monja de clausura, un acné juvenil

que ya llegaba a la adultez, una cola de caballo sin gracia, cero maquillaje; en fin, compadre, no la salvaba ni opinión de madre. Alberto decía que estaba como para Fellini, pero yo de cine no entiendo mucho. Eso sí, sospecho que esa fealdad no podía pasar desapercibida ante los ojos de un artista. Con esto no quiero decir que esa fuera mi mirada. De hecho, según Mónica yo comencé a elegir esa caja, cada lunes por la noche, por una mezcla de curiosidad morbosa y caridad malentendida. Yo no sé, el caso es que no podía evitar pensar en esa cajera cada vez que entraba al supermercado.

Las primeras veces no me miraba, así que no podía percatarse de que yo sí lo hacía. Yo pensaba que no miraba a los clientes para no incomodar, pero luego me di cuenta de que era para poder concentrarse en su trabajo y al mismo tiempo estar lejos de allí. Sí Raúl, cuando me decía: “Buenas noches” o “Son mil doscientos treinta” su mirada nunca se detenía en mí. O se dirigía a la imaginaria cola detrás de mí o simplemente me atravesaba para ir a estrellarse digamos en la jamonada de pavo y luego rebotar hacia sabe Dios dónde. Yo aprovechaba mi invisibilidad para observarla con detenimiento, para fijar cada detalle de su rostro y contrastarlo con el todo. En realidad trataba de descubrir el punto fuerte y el punto débil de su fealdad. Creo que el punto fuerte era el acné. Era difícil abstraerse de ese desolado paisaje lunar. Sin embargo, una vez pude concentrarme en su rostro obviando las odiosas manchitas rojas y créeme que sus facciones eran casi armoniosas, hasta lamenté ese ensañamiento de las hormonas. El punto débil de su fealdad eran, sin ninguna duda, sus ojos. No sé si por obra y gracia de los lentes de contacto o

por misericordia de la naturaleza, ella no usaba anteojos. Entonces esos ojitos café aparecían como fuera de lugar, como invitados por error a una fiesta de disfraces. Eran ojos pequeños pero muy profundos. No sé por qué pero daban la sensación de esconder algo muy grande, algo difícil de entender. Sus ojos eran definitivamente el punto de partida para cualquier demolición hipotética de su fealdad. Por supuesto que sí, Raúl, es evidente que hubo todo un proceso, que no capté todo eso la primera vez. Y no es menos cierto que, por ese mismo proceso, después de seis o siete visitas a su caja, yo ya no pensaba que era la mujer más fea del mundo.

Mónica decide por fin levantarse de la cama. La habitación del hotel está demasiado iluminada para seguir durmiendo. Se levanta tambaleante y no puede evitar pisar el libro que la acompañó hasta más de las tres de la mañana. Quería despertarse tarde para no tener que esperar mucho hasta que dieran las dos, la hora límite. Llega hasta la ventana, descorre las cortinas demasiado blancas y descubre que la eterna primavera de Arica se parece mucho a una odiosa resolana, ese cielo brillante que no es alegre ni triste y que sólo puede engendrar torpezas.

Una de las primeras cosas que me pregunté fue si tendría pareja, incluso si sería virgen. Me acongojaba imaginarla los viernes a la hora de cierre, rodeada de las otras cajeras que, retocándose el maquillaje, ostentarían en voz alta de sus salidas a bailar o de sus encuentros clandestinos con hombres casados, todos exageradamente guapos, por supuesto. La imaginaba sufriendo en silencio y regresando a su casa para aburrirse viendo televisión al lado de su madre y luego lavar los platos con agua fría. Sí Raúl, ya sé

que es una exageración, una caricatura cebollenta como tú dices, pero eso es lo que pasaba por mi cabeza, y hemos quedado en que yo te cuente las cosas tal y como fueron. Bueno, sigo. Un viernes no aguanté más y llegué a comprar al filo de la hora de cierre, esperé afuera, y la seguí. No fue incómodo viajar en micro después de tantos años, lo incómodo fue que el chofer me puteara a viva voz por pagarle con diez lucas. Es que había gastado todo mi sencillo en darle mil doscientos treinta pesos a la cajera que ahora se sentaba al lado de la ventana, delante de mí, y sacaba un libro de su cartera. Aunque no tenía muchas esperanzas de poder reconocer el texto, no pude siquiera intentarlo porque una vieja a mi costado, un híbrido entre institutriz prusiana y Doña Tremebunda, tosía cada vez que me inclinaba hacia adelante para tratar de leer por encima del hombro de la cajera. Y como no quería seguir llamando la atención del respetable público después del show de las diez lucas, me resigné. Me dediqué a mirar el paisaje urbano por la ventana y a rezar que encontrara mi auto a la vuelta. Veinte minutos después me bajaba detrás de ella y tras caminar dos cuadras descubría que entraba al cine a ver “No amarás”, el director era ruso o polaco, no recuerdo bien ahora. El caso es que el título le venía muy bien a mis sospechas. De cualquier modo esa información fue suficiente para mi espíritu aventurero esa noche. Al menos ya sabía que no la encerraban en mazmorras oscuras o planchaba la ropa de un regimiento. Esa cajera a lo mejor no era tan desgraciada.

Pronto me di cuenta de que ese asunto me estaba afectando. Pasaba horas pensando en la misteriosa cajera fea. Incluso aumenté mis compras a tres veces por sema-

na, sólo para verla más seguido. Pero la cosa no quedó allí. Empecé a mirar a todas las parejas por la calle, en especial a las que caminaban tomadas de la mano o se besaban. Inmediatamente me fijaba si ellas eran gordas, con acné, sin maquillaje, o todas las anteriores. A continuación buscaba señales de felicidad, de gozo, de amor o algo así en los rostros de ambos. No te imaginas, Raúl, la cantidad de bocinazos, recuerdos para mi madre y acusaciones de degenerado que recibí, sobre todo de los taxistas, por detenerme a mirar parejas en la calle. Poco me importaban los insultos. Lo que realmente me impactaba era descubrir que esas señales de felicidad eran más frecuentes en las parejas con mujeres... ya sabes... gordas, etcétera. No, Raúl, no me vengas a joder con significancias estadísticas o tamaños de muestra, eran más frecuentes y ya. Adivinarás que pronto los eventos de compra se hicieron casi diarios. Le sonreía, le decía “Buenas noches, señorita” con el tono más Luis Miguel posible, pero nada: no acusaba recibo de mi creciente pero todavía sutil interés. Hasta que una mañana, teniendo como testigo a una de las nueve cajas de cereal chocolatado que poblaban mi despensa, me decidí. Tenía que matar esa obsesión antes que siguiera creciendo, invadiendo mi rutinaria y por eso agradable existencia. Al menos así pensaba entonces. Tenía que averiguar qué había detrás de esa mujer, de la ex- más fea del mundo. Fue un viernes a la hora de cierre, igual que cuando la seguí al cine.

Mónica contempla los restos del desayuno sobre la mesita redonda mal puesta en una esquina y recuerda aquella discusión con Ricardo acerca del significado del hambre. Probablemente fue injusta, piensa, pero se repite que hay ingenuidades más peligrosas que la maldad. Sus-

pira, hace una mueca, se dice que es mejor guardar las reflexiones para el vuelo, y comienza a empacar. Lo hace con calma, muy lejos de la angustia que rodeaba las primeras veces en que esperó a Ricardo sabiendo que no llegaría.

A esas alturas, cuando prácticamente era ya inquilino del supermercado y al guardia de la entrada le faltaba poco para invitarme al bautizo de su hijo, yo había logrado que ella contestara mis “Hola”, así que no tuve que forzar demasiado la situación para añadir una pregunta con aire casual. El problema fue que no se me ocurrió nada mejor que preguntarle si le gustaba su trabajo. Mal comienzo. Me miró como si me hubiese presentado como subcampeón sudamericano del escupitajo a distancia y, tras breve silencio, que me imagino fue un combate entre la irritación y la compasión, eligió ser cortés pero aguda. Me dijo, con una sonrisa falsa, que su trabajo le gustaba muchísimo, que desde niña había soñado con ser cajera del Supermarket, y que lo mejor de su trabajo era la oportunidad siempre cercana de conocer gente muy interesante. Acto seguido me dio el vuelto. Comprenderás que estuve a punto de salir corriendo gritando ¡fuego!, pero la intriga pudo más que el orgullo y seguí adelante. La poca lucidez que me quedaba me hizo ver que a esa mujer no había que dorarle la píldora, que no valían las fórmulas de abordaje de la televisión; tuve la revelación, tan fulminante como definitiva, de que esa mujer era más inteligente que yo. Entonces, sin más preámbulo barato, le propuse tomarnos un café a la salida. Me imagino que esta vez la pausa la tomó para descartar que yo fuera un degenerado (menos mal que no estaban cerca los taxistas para dar su opinión), y que mi cara de boy scout cuarentón la terminó de convencer de que era

inocuo. El caso es que me regaló un tercio de sonrisa tirada hacia la izquierda para decir “sí” sin entusiasmo, y dijo “a las diez y media en el café Orpheu”. Te aseguro que si me hubiera dicho a las cinco de la mañana en el lago Titicaca igual habría llegado a la cita, tal vez no a la hora exacta (tú sabes, la puntualidad no es mi fuerte), pero habría llegado. Yo estaba realmente muy excitado.

Oye, hace buen rato que no dices nada. ¿No te estarás quedando dormido, no? Mira que ya falta poco y no negarás que el relato ha sido hasta ahora interesante. ¿Cómo? No pues Raúl, no te pongas tan vulgar, si estoy haciendo el esfuerzo de contarte con detalles todos los antecedentes y situaciones preliminares no es para que me vengas con una chabacanada de ese nivel. En lo último que pensaba al llegar ese viernes a las diez y cuarenta al café Orpheu era en sexo, y mucho menos en semejantes posturas. No entendiste lo que quise decir con excitado. A ver, cómo te explico. Yo me sentía a punto de descubrir un océano, un continente donde refundar un imperio, era una aventura del siglo dieciséis, la víspera de un cambio de paradigma. Pero es evidente que el lirismo no es tu fuerte. En realidad no me sorprende, no se puede esperar mucha sensibilidad de alguien que a los treinta y ocho años es fanático de Van Damme y Stallone. Marcela siempre se quejaba de eso en la sobremesa, pero tú nunca le diste pelota. Y claro, si hay algo que sabe hacer el hijo de puta de Alberto es escuchar. No, Raúl, no voy a empezar con eso otra vez. Discúlpame, en realidad no viene al caso. Mejor sigo con mi historia. Estábamos en que me aceptó la invitación al café.

Comenzó preguntando ella, tú sabes, lo de siempre, a qué te dedicas, de dónde eres. Yo, ingenuo de padre y ma-

dre, creí que eso demostraba un verdadero interés por mí, por su único observador; pensaba que podía tratarse de una imagen especular de la obsesión que me había estado atormentando por semanas. Error. Estaba solamente evaluándome, tasándome, dándome una segunda oportunidad, a ver si el aparente opa del supermercado podía ser en el fondo un tipo al menos entretenido. Pero esa tensión inicial duró menos que la primera botella de vino. Y al final, sin demasiado esfuerzo, la pasamos muy bien esa noche, cada uno desde sus posibilidades. Mientras ella soltaba frases y remates que yo ni con libro, yo lograba sacar lo que consideraba mi lado más honesto y la invitaba a compartir mis manías, delirios y actos fallidos recurrentes, sin muchas pretensiones de parecer original, pero con la creciente convicción de que ella podía estar también descubriendo digamos una isleta, un arroyo, un prado donde hacer un buen picnic. Pero no se le podía pedir más a una primera noche. Más aún si se tiene la intuición de que efectivamente habrá una segunda. Sobra decir que esa noche, después de la segunda botella de vino, en ese rostro donde antes encontré tanta geografía yo sólo veía los ojos café más seductores del mundo.

Mónica sale de la ducha, mira la hora, y decide llamar a Claudia para que pase por ella. Buena amiga esta Claudia, no hace preguntas. A Mónica no le sorprende sentir alivio al saber que nunca más tendrá que esperar a Ricardo. Es mejor así, ella cree cada vez menos en el perdón. Lo que sí le sorprende es que ese alivio conviva con algo así como una tristeza incompleta.

Claro, Raúl, por supuesto que la vida no puede ser un cuento de hadas, y si alguna vez lo fuera seguro que yo

sería, en el mejor de los casos, enanito, y de esos que aparecen al fondo y no tienen parlamento. Te digo esto porque no es casualidad que precisamente cuando yo... ¿Qué? No, no jodas Raúl, no puede ser. ¿Cómo que se recalentó el motor? ¿Acaso no lo revisaste antes de salir? ¿No tenías claro que eran más de mil kilómetros de ruta? No, no jodas, si nos detenemos ahora no voy a llegar a tiempo, y Mónica no me lo va a perdonar. Por Dios, Raúl, ¡No me puedes hacer esto! Me importa un carajo que se pueda fundir, no podemos detenernos ¿Qué? No, ni hablar. Ni me calmo ni te termino de contar nada. Imagínate si voy a tener ganas de entretenerme con historias mientras arreglas la cagada que te mandaste. No, compadre, lo único que me importa es que Mónica me está esperando, y si no eres capaz de dejarme en Arica antes de las dos, olvídale, yo me bajo.

Hay una inusitada cola de autos en el paso de frontera de Chacalluta, algo interesante debe estar ocurriendo en Tacna. Claudia se preocupa porque eso podría tardar más de una hora, pero Mónica la tranquiliza: el vuelo a Lima recién sale a las seis. Afortunadamente ella siempre se pone plazos más cortos que lo necesario. Afuera la resolana comienza a ceder de a pocos y Mónica se permite creer en primaveras que duren semanas. Después de un silencio cómodo pero innecesario, Mónica decide responder a la pregunta que Claudia todavía no le ha hecho:

Si comienzo por el final tendría que decir que, creyendo o no en complejos freudianos, es un hecho irrefutable que no se puede ser madre y amante a la vez. Pero eso no dice mucho, es poco original, y hasta suena mezquino. Así que prefiero comenzar por el principio, total, tenemos tiempo suficiente. Entonces debo empezar diciendo que,

aunque suene muy exagerado, él era el hombre más tonto del mundo, y siempre hacía la cola en mi caja.

## Derrota de la obsesión

Pablo, despierto hace veinte minutos, lee por tercera vez la leyenda del póster de Machado que lo ha acompañado en cada pared de cada cuarto alquilado desde que llegó a estudiar a Santiago, y que aún no ha despegado por no herir a la distancia al buen tío que se lo regaló hace seis cumpleaños y siete siglos. Hoy no hay camino por andar: es sábado, y el instituto de computación e informática que ya está en el siglo veintiuno y que tiene la clave para tu éxito no abre sus puertas los fines de semana. Tendrá que esperar hasta el lunes para ver a Verónica otra vez. Aprovecha para mirar sin herirse el foco apagado que cuelga del techo y que cada noche fracasa en iluminar su oscuridad.

Toma su block, que se hacina en la pequeña mesa de noche junto con su despertador, un desodorante, El Libro del Desasosiego, y El Túnel, y, como si no lo supiera ya de memoria, vuelve a revisar sus apuntes. Lunes. A ver. Sí. Es la cafetería a diez para las nueve. Casi nunca estás sola. Odio a la enana rubia de la casaca de cuero, seguro que toma el café contigo para recoger miradas de rebote. Infeliz. Me gusta cuando ella te habla y tú no la miras, seguro te aburre comentando la telenovela, y la mirada se te pierde por la ventana, y te imagino imaginando, y ya no puedo evitar soñar despierto, ahora estás sentada sobre mí, iniciando una cadencia lenta, acompasada, mirándome a través de tu pelo que cae hacia adelante y luego otra vez hacia atrás, hasta que mis manos se alzan y aprietan, pri-

mero despacio, con cariño, hasta que la pasión se desborda y entonces aprietan con más fuerza, y tú llevas la cabeza para atrás al tiempo que gimes por primera vez... hasta que dan las nueve. El lunes está vacío después de las nueve. Lo que sigue es el miércoles a las cinco y media, a la salida del pabellón de aulas. Y de allí no la veo hasta el viernes a las tres, en el mismo lugar. Maldita semana que tiene apenas tres días.

El hambre le indica que el mediodía está cerca, así que no vale la pena desayunar. Afuera, entonces. La calle es la sala de estar de los que alquilan cuarto a viejas mezquinas. Aunque en este caso la mezquindad de Doña Norma es casi una reciprocidad con la vida, que le dio apenas un marido gris que amenazó veinte años con dejarla y que solamente lo cumplió cuando la dejó viuda, sin herencia y sin sonrisa. Camina despacio hacia el parque y decide desviarse para pasar por la acera del instituto, sabe que no la encontrará pero quiere al menos compartir espacios a destiempo. Recuerda ese texto de la poeta polaca que habla de la perilla de una puerta como terco puente atemporal entre dos manos que se entrelazarán amantes algún día. Se entretiene haciendo crujir las hojas secas en la vereda, y se pregunta si las que no crujen fueron ya pisadas por otros (¿quiénes?). Inevitablemente, se dedica a analizar una vez más sus posibilidades.

Puede que se asuste. Bueno, tampoco es tan terrible. Supongo que tendría una segunda oportunidad. Pero ya estaría sesgada por la primera impresión. Sí, hay que pensarla muy bien. Sólo pido que me dé tiempo para preguntarle de qué color es el cielo desde sus ojos, que ya son el cielo. Porque ese es el cielo en el que todavía puedo creer.

A lo mejor es una pregunta muy violenta para una primera vez, pero no quisiera caer en la vulgaridad de preguntarle la hora o comentar qué frío hace. Mierda, ya se acerca la época de exámenes y ahí sí que la cosa se complica: dos semanas sin saberle el rumbo. Todo sería más fácil si me animara a hablarle de una vez. No, no es un miedo común o timidez infantil y punto. Es que siento que arriesgaría esta especie de relación que ya tenemos. Porque soñarla, esperarla, adivinarla, seguirla y despedirla en secreto es para mí ya una relación; me da y me quita vida, me promete el mundo cada mañana y me arroja a un pozo cada noche. La otra opción sería acercarme por cartas anónimas, mostrarle algo de lo que le he escrito, jugar a ser Cyrano. Tampoco me convence mucho.

*Sin entender. Amanecer sin entender y preguntar por el eterno regreso de las aves migratorias (alegoría de los deseos inconclusos). Tener por toda respuesta la inútil promesa del azar determinista y recordar –como si siempre se pudiera volver a empezar– un pecho abierto inalcanzable como contraseña de una noche perdida en la memoria de un dios insomne. Descubrir por enésima vez la causa y justificación de todas las religiones, todos los poemas, todos los orgasmos y todas las muertes. Plagiar otros dolores al atormentarme con esa imagen de patricia romana concebida como ofrenda a los sentidos. Y llorar un glaciar desconocido que mañana sepultará a un pueblo en tu nombre.*

Pablo llega, como cada sábado, a leer a la misma banca del mismo parque. El otoño es el carnaval carioca de los árboles, piensa. El color verdadero nace y muere en

otoño, el resto no es más que un estancamiento verde que dura meses, como la rutina de un oficinista, que se hace soportable únicamente porque existen las vacaciones. Del mismo modo, el paréntesis del invierno, el exceso del verano, y la superficial belleza de la primavera se pueden tolerar porque tarde o temprano darán paso al otoño. ¿Cómo explicarle a un ciego los cien tonos del anaranjado? No sé, quizás hablándole de la melancolía del lugar de la niñez, allá lejos, del evocar sentimientos a la vez tristes y dulces, trilces diría el poeta. A veces lo complejo se soluciona con lo simple. El problema es que lo simple a menudo se disfraza de lo tonto. Saca su libro de la mochila y, para no quebrantar el ritual, mira a su alrededor asegurándose de que no haya nadie muy cerca. Pablo es muy sensible a la congestión de almas. Entonces reconoce a lo lejos la ataxia del andar del flaco Varela. Qué mala suerte, parece que justo viene para acá. El flaco es buena gente, pero de lo único que habla es de fútbol y de sus seguramente inventadas aventuras sexuales con las amigas de su madre.

Esta vez no ha sido ni el fútbol ni sus amantes veteranas. El flaco está muy atribulado porque en su casa le han sugerido, en un tono muy parecido a la amenaza, que se busque un trabajo.

- Entonces tienes que buscarte un trabajo, Flaco, no queda otra. Hay que apechugar.

- Claro, qué fácil: "busca trabajo". ¿Tú crees que te pediría consejo si la cosa fuera tan fácil como contestar eso? Parece que no entendieras Pablo, se trata de un conflicto íntimo con mi proyecto personal, con mis valores de vida, se va a truncar mi proceso. ¿No te das cuenta de la gravedad del asunto?

Antes de dejarse llevar por la impaciencia que habitualmente rodea sus encuentros con el flaco Varela, y en un extremo intento de raciocinio solidario, Pablo se abstrae de la perorata y reflexiona. Se da cuenta de que su propio dilema, la terrible obsesión que lo acosa día y noche, también podría sonar como un asunto muy simple a oídos de cualquier persona. Del flaco Varela, por ejemplo.

- Flaco, perdona que te cambie el tema pero... ¿Qué harías tú si estuvieras muerto por una chica que no te conoce pero que...

- Haría que me conociera, para empezar. ¿No te parece? ¿O tú crees en esas huevadas de la telepatía? Si no juegas el partido no puedes ganarlo, Pablito. Claro, tampoco puedes perderlo. Pero no jodas, esa es la mentalidad típica del mediocre. Por ejemplo, el charlatán inepto que entrena a la selección...

El flaco seguía hablando de las eliminatorias para el mundial pero Pablo ya no lo escuchaba. Quizás no había que darle tantas vueltas, al fin y al cabo de alguna manera había que empezar, y él ya había evaluado cien veces todas las posibilidades sin convencerse. A lo mejor bastaba con aferrarse a cualquiera de ellas, a la más elemental, y de allí para adelante confiar en su capacidad para tocar de oído. “Dale algún espacio a la inspiración, Pablito, no todo puede planificarse”. Le parecía estar oyendo a su madre hace años, en una ocasión muy distinta. Sonrió mientras comprobaba que extrañaba mucho a su madre –no en vano era otoño– y supo que el lunes se acercaría por fin a Verónica. A veces lo complejo se soluciona con lo simple, se repitió.

Pablo se sorprende de no estar nervioso. Allí está ella, sentada, diosa, hermosa, y aquí, a sólo unos metros,

está él, parado e impidiendo la entrada de la gente a la cafetería. Un empujón cortés por detrás lo termina de decidir (no te olvides; busca lo simple, no te enredes; juega en primera; después habrá tiempo para laberintos y gongorismos).

- Hola, ¿Me puedo sentar?

- Ya te sentaste. Hola. ¿Te conozco?

- (hmm; agresiva; o a la defensiva; de todas maneras no debo mostrarme débil; además sus ojos dicen otra cosa; adelante) No me conozco ni siquiera yo, así que es mucho aspirar a que me conozcan los demás. Soy Pablo. Y tú eres Verónica.

- Sí, soy Verónica. Me imagino que tú también me vas a decir que merecí ganar el Miss 17 del año pasado...

- (epa, información no registrada; igual: no mentir; la mentira tiene patas cortas, dice mi madre; de todos modos, algo pretenciosa, ¿o no?). No, no veo, bueno, no tengo tele. No sabía que habías participado. Pero supongo que merecías ganar...(torpe, definitivamente pobre; la espontaneidad de un presentador del Oscar; vamos hombre, suéltate).

- Eso ya pasó. Y ahora me tengo que ir. Lo siento, estoy aburrida de que me aborden así.

- (al borde del *knock out* en el primer asalto; hay que arriesgar). Te invito al cine. Hoy. A ver «Caballos Salvajes». (uff, no se fue; sigo). Y no puedes decir que no hasta después de ver la película. Ya te explicaré por qué (no tengo la más puta idea de qué le voy a explicar; pero la intriga debería funcionar; una vez allá, algo se me ocurrirá).

- La verdad es que pensaba ir a verla de todas maneras. (¿coincidencia? ¿excusa para no darme un sí abierta-

mente?). Y creo que mañana la sacan. Así que bueno. Nos juntamos en la puerta del Normandie a las nueve. Y ahora sí me voy.

- Chau, Verónica. (toda una profesional; todo simple; fría sin ser distante; dejándose admirar, apenas).

Pablo ha llegado cinco minutos antes y se entretiene leyendo la crítica de la película aparecida en los diarios. Vaya, otro pelmazo ilustrado exhibiendo su esnobismo; sacando los galicismos innecesarios y los términos técnicos lo que queda es humo. El nerviosismo de la espera le impide seguir leyendo. Ya está cinco minutos tarde. Y ahora diez. Comienza a irritarse con cada persona que llega y que no es Verónica. A todos les encuentra cara de tontos. Dos décimas de segundo de odio por cada uno; un poco más si abren la boca. Y el reloj dice que son las nueve y cuarto. Esto se pone difícil. A lo mejor no va a venir. O quizás le ocurrió algo. De todos modos, no puede esperar eternamente. Si a las nueve y veinte no llega, me voy. Veinte minutos es un tiempo razonable. ¿Razonable para quién?, buena pregunta. Finalmente: las nueve y veinte. Bueno, cinco minutos más, sólo por si algún accidente cortó el tránsito, o algo así. No quiere darse cuenta de que es capaz de empeñar todo su orgullo y su interminable escala de principios por no romper el lábil eslabón que ahora lo une a Verónica, su primera obsesión. Deja de mirar el reloj para no enfrentar lo evidente. Hasta que por fin.

- ¡Pensé que ya no venías! (estás preciosa; te hubiera esperado otros cien años)

- ¿Compraste las entradas?

- ... (un momento, ¿ni siquiera «disculpa»?)...

- ¿Las compraste?

- (vamos mujer: no puedes ser así)...

Pablo saca de su bolsillo las dos entradas y se las muestra junto con los restos de algo que hace veinte minutos hubiera sido una sonrisa.

- Vamos entonces, ya debe haber comenzado.

- (sí, y no será porque adelantaron la función; ¿te cuesta tanto ser un poquito más dulce?).

Han salido del cine y Pablo camina mudo al lado de ella, esperando el comentario que no llega. Recuerda que en el instituto prometió explicarle por qué ella no podía rechazar la invitación al cine. Pero no se preocupa por no haber preparado una explicación verosímil. Intuye que Verónica no le preguntará nada. Finalmente, después de un rato, decide ser él quien inicie el diálogo.

- La frase del viejo me pareció genial.

- ¿Cuál frase?

- Esa. La de que la única manera de asegurarse el no sufrir es no amar nada ni a nadie. Genial.

- A mí me parece trivial, no le encuentro nada muy especial. Además no me gustó ese personaje: demasiado complicado para decir las cosas más simples. Típico fanfarrón argentino.

- Bueno, para hacer arte hay que de alguna manera complicar lo simple, ¿o no? Es más, yo creo que...

- ¿Me acompañas a mi casa o nos despedimos acá?

- (no sé si odiarte por interrumpirme o suponer que quieres que esta noche no termine todavía; en todo caso, si estás interesada en mí lo disimulas muy bien). Te acompaño (dejé decidir al piloto automático, ojalá no me arrepienta).

Pablo no se arredra al escuchar que Verónica vive

un poco más allá del fin del mundo, en ese barrio alto que él sólo conoce de nombre. No importa, aquí estoy y voy a seguir hasta el final. Cuántas noches soñé con vivir una situación como ésta... sí, pero hay algo que falta, o algo que sobra, no sé bien qué, pero me incomoda. En fin, ya habrá tiempo mañana para arrepentirse. Suben al microbús. Afortunadamente hay dos asientos vacíos juntos. Voltea a mirarla y la halla sonriendo desde el Olimpo. Y sigue sonriendo, abusando de su belleza, cuando se sienta a su lado. Maldita ambigüedad que se instala entre los instantes. El jardín de senderos que se bifurcan: Borges y las infinitas posibilidades finitas, eso es. Pablo siente que se aproxima al umbral de una decisión: el camino de la izquierda no se encontrará jamás con el de la derecha. Tal vez eso es lo que le incomoda. Al poco rato sube un vendedor ambulante y, antes de ofrecer sus parches-curita a cambio de una moneda, narra de modo sumario las más recientes desgracias de su vida, apelando a la buena voluntad del respetable pasajero que seguramente sabrá comprender. Pablo inmediatamente hurga en su bolsillo. No lo hace para impresionarla. Hace tiempo decidió que todo análisis o justificación sobre el dar o no dar sale sobrando frente a la inasible dimensión del sufrimiento ajeno: él simplemente da, sin sentirse por ello un poco más lejos del purgatorio, si es que existe.

- No le creas, son puras mentiras. Seguro se va a gastar la plata en alcohol más tarde. Me parece realmente despreciable que estos tipos abusen de la candidez de la gente. Gente como tú, por ejemplo. No deberían dejarlos subir.

- (oye, eso sonó muy parecido al prototipo de lo que odio).

Casi inmediatamente, aparece una señora con bol-

sas del supermercado y sin asiento a la vista. Pablo se levanta y le cede el asiento, necesita pensar. Pero no ha logrado poner nada en orden todavía cuando la señora se levanta y agradeciéndole al joven se instala en otro asiento. Quizás lo hizo para no estorbar a la pareja que cree ver, quizás simplemente quería estar más cerca de la puerta del microbús. Poco le importa a Pablo resolver esa cuestión, necesita poner orden en su cabeza.

- Oye, ¿Tú ejerces de buen samaritano siempre o estás tratando de impresionarme? Porque te aviso que no vas por buen rumbo. A mí me encanta el Jota (y quién carajo es el Jota) porque no se deja embaucar por las viejas devora-asientos. Cuando ellas comentan “parece que no hay caballeros en este micro” él les dice “No señora, caballeros sí hay, lo que no hay son asientos”.

Pablo atisba que pronto va a escuchar ese ruido de vidrios quebrándose, y se aferra a una última opción.

- Esa señora podría ser tu madre, ¿Te gustaría que no le dieran el asiento y encima se burlaran de ella?

- Aparte de melodramático eres ingenuo. Mi mamá ni muerta se subiría a un micro.

Y ahora sí. Pablo escucha ese sonido de vidrios quebrándose que escuchó por primera vez cuando Luisa, sin mediar preámbulo, le dijo “no quiero seguir”. La sensación de incomodidad se convierte en angustia y después en ahogo. No quiere luchar más contra sí mismo. Un posterior intento por buscar una señal, un indicio sutil de que algo quizás valioso se esconda detrás de esa belleza tan apabullante como fría, se estrella contra la palabra “nada”. Entonces, todavía azotado por la marejada que va y vuelve de la frente al pecho, decide terminar con todo de una

vez. Dedicar todavía unos instantes a meditar las palabras de despedida, oscilando entre la ironía cáustica y la excusa cínica. No, no vale la pena, no se merece siquiera eso, yo me bajo ahora mismo. Pablo no alcanza a escuchar el “qué te pasa” que sin mucha emoción le lanza Verónica mientras se dirige a la puerta omitiendo la despedida.

Apenas baja experimenta una sensación de alivio infinito, un torrente de aire fresco le llena los pulmones. Mira a los costados, identifica las avenidas, ubica un paradero cercano; pero finalmente decide volver caminando. Nunca hay apuro para quien no es esperado por nadie. Y esa vieja sólo espera la llegada del fin de mes, para poder cobrar. Se siente hasta arrullado por los ruidos y los juegos de luces y sombras de la avenida que le confieren el anonimato que en esos momentos necesita. Pablo se sorprende con un nudo en su garganta al recordar la emoción con la que se preparó para la cita. Tanta pasión para nada. Recuerda ese cuento en la antología de cuentos sobre fútbol que publicó Valdano. No se lo merece, ¡No seas huevón! Cuando por fin encuentra un basurero, se detiene, abre su mochila y, a manera de exorcismo, arruga y tira el papel que apenas cuatro horas antes había llenado con la mejor de sus caligrafías. Un papel donde una mano enamorada transcribió frases acerca del eterno regreso de las aves migratorias. Piensa ahora que el siguiente texto dirá algo así como “derrota de la obsesión a manos de la nada”, pero decide no trabajar en eso antes de llegar a la casa: quiere tener la cabeza despejada. Sigue caminando y recuerda aquello de que las cosas más complejas pueden resolverse de la manera más simple. Y no sabe si sentirse por ello más niño o más adulto. Al llegar a la esquina se detiene a leer los pe-

riódicos en un quiosco. Experimenta un súbito afecto por las otras personas que leen a su lado, como si descubriera de pronto que es parte de una hermandad, algo así como la cofradía de los que buscan sin saber bien qué. Todos los titulares giran alrededor del próximo partido de la selección de fútbol. Dos minutos después reinicia su caminata, sin prisa. Sí, el flaco Varela tiene razón: con ese incapaz como entrenador no vamos a llegar a ninguna parte.

## Andante con brío

- Mario. ¿Leíste esto? –grita Isabel desde la mesa donde el desayuno dominical por fin agoniza.

- Qué –responde él sin gritar, como proponiendo calma. No quiere cortarse.

- Hay otro concurso de cuentos. Lo organiza el suplemento de literatura del diario. Esta vez el tema tiene que estar relacionado con la música.

- Hmm. Puede ser. ¿Hasta cuándo hay plazo? –replíca mecánicamente. Sólo le falta la barbilla.

- Siempre preguntas por el plazo y por hacerlo a última hora nunca alcanzas a presentar nada.

- Siempre, nunca, nada. Tres absolutos en una sola frase. Digna representante de tu género.

- ¿Vas a empezar otra vez?

- No, no mi amor. A ver, pásame el diario.

Mario se titulará de periodista pronto, ya practica. Y como muchos de sus pares, alberga a un escritor cobarde, pragmático, o francamente malo, no importa. El hecho es que –como otros tantos– no se atrevió a seguir los cantos de sirena. Esos cantos que escuchó tantas veces mientras caminaba de regreso del taller de narrativa donde ese afaible profesor –cuándo no– le auguraba un futuro insospechado. Lo sospechoso era que el augur acostumbraba dedicarle sus apologías particularmente los días de pago. Con todo, Mario se sabe no-malo, pero tiene un hándicap, como diría un locutor deportivo. Edita bien, desarrolla

con fluidez a partir de un núcleo ajeno, le pone alas a ideas centrales, pero difícilmente es capaz de crear. La página en blanco se queda en blanco. Por ello fracasó sin competir en todos los concursos anteriores y ahora reincide en la pequeña angustia de encontrar un tema mientras recorre absorto esa avenida larga que alguna vez tuvo árboles.

Música. Relacionado con la música. Inspirado en la música. Vamos a ver...

*Juan Diego, exitoso vocalista líder del movimiento marginal Latinjunk, acaba con su vida arrojándose bajo el metro de New York al no soportar la fama que tarde o temprano desvirtuaría las raíces de su movimiento, el que le dio una nueva estética a la protesta de los...*

Sí claro, cualquier coincidencia con Kurt Cobain y Nirvana corren por cuenta de la desbocada imaginación del lector. No sirve.

*Al borde de cumplir sesenta años, y con el diagnóstico de un cáncer terminal, Alfredo Larrazabal aprende a tocar el violín y renace a la vida. En su primer concierto aficionado conoce a Ximena, una joven mujer de la que se enamora perdidamente. Ignorando la verdad, ella...*

Tampoco. Es pariente cercano de un melodrama venezolano. Tiene que ser una idea original. A lo mejor es más fácil por el lado de la música clásica. ¿Cómo se llama esa obra larguísima que repite y repite la misma melodía añadiendo instrumentos? No me puedo acordar.

En ese momento Mario ve saliendo de un banco a Mercedes Bonilla. Se sorprende de recordar, en medio de esa crisis de amnesia, el nombre y apellido de aquella ex-compañera de colegio. Más aún si Mercedes nunca fue de las populares del curso. Claro, era difícil serlo cuando su

pasión era el oboe y no los actores de cine. Está casi igual. De pronto una idea cruza por su cabeza.

- ¿Mercedes?

- Sí... –contesta sin reconocerlo

- Hola Mercedes. Soy Mario Salas, del liceo 1091, ¿Te acuerdas? Yo fui el editor de la revista del colegio el último año. Incluso recuerdo que te entrevisté por un concierto que...

- Sí, ahora me acuerdo. Estás un poco cambiado.

- Ya sé, la panza y la pelada. Parece mentira que en diez años la vida nos haga esto. Tú en cambio estás igualita.

- No sé si tomar eso como un cumplido, considerando que en la época del colegio los muchachos sólo se me acercaban el día anterior a los exámenes de música.

Es cierto. Mercedes estaba catalogada dentro de las semi-feas. Pero, mirándola bien, no era justo. Esos ojitos negros que se esconden detrás de los anteojos son más que interesantes. Y el pelo largo le queda mejor. Claro, estos ojos de hombre pueden rescatar lo que la mirada de adolescente, mitad humano mitad mandril, jamás podría. Una rara belleza que se esconde pero que deja una huella sutil para quien quiera seguirla. Además ese par de kilos que ha ganado le vienen muy bien.

- No me vas a creer, y hasta me da vergüenza confesarlo, pero ahora mismo tengo una consulta musical que hacerte.

- Parece que hay cosas que no han cambiado en los últimos diez años.

- No, no. Esta vez no será igual. Déjame invitarte a tomar un café y verás que no sólo se trata de aprovechar tu cultura musical.

La idea inicial de Mario era únicamente preguntarle por aquella obra que no puede recordar, porque cree que a partir de esa estructura se podría armar un cuento: ir añadiendo personajes que representen una y otra vez la misma escena. Sin embargo, ahora no tiene apuro por conseguir esa información; después de veinte minutos se siente muy cómodo conversando con Mercedes en ese café tan íntimo que finalmente ella eligió.

- ¿Por qué el oboe? ¿Por qué no el violín o el piano?  
Mercedes sonríe compasiva.

- Estoy casi segura de que esa fue una de las preguntas que me hiciste hace diez años. Podrías haber guardado tus notas y hoy tendrías la respuesta.

- Pero, ¿En diez años no has cambiado tu percepción del instrumento con el que te enfrentas a diario?

- Hmm. Sí, tienes razón. En realidad ya no lo veo como antes...

Mario cobra valor por el punto concedido y prolonga su argumento. Está ejerciendo de periodista: explotar los flancos débiles del entrevistado, colarse por entre las grietas, como decía el viejo Martínez. No importa ser redundante, no importa ser impertinente. No importa que el viejo Martínez esté desempleado hace dos años.

- Claro, porque una pareja de hermanos, o amigos, o enamorados, cambia con el tiempo la manera de mirarse. En tu caso me imagino que el oboe es para ti como un amigo cercano, o mejor dicho como...

- Estuve casi un año sin tocar –interrumpe Mercedes, comenzando a impacientarse. Hace tres semanas que lo retomé y sí, ha habido un cambio. Es extraño –dice ahora más tranquila–, es como si ese periodo de alejamiento

me hubiera vuelto más fría pero a la vez más entusiasta. Ya no creo en el instinto, el talento innato, el hálito inspirador de los dioses. Ahora creo en el trabajo duro, en el esfuerzo cotidiano a conciencia.

- O sea que ahora crees más en la transpiración que en la inspiración, como dice Vargas Llosa, creo.

Mario duda de si es efectivamente Vargas Llosa el autor de esa frase. Se siente un poco azorado. No sabe dónde colocar sus manos.

- Más que eso. Creo que Wilde tiene razón cuando dice que toda obra que aspire a ser arte debe tener plena conciencia de sí misma. Sospecho mucho del automatismo creativo que preconizaba con tanta alharaca Bréton, no creo en el arrebato que engendra la quintaesencia del arte. Hay que ser alfareros. Eso, alfareros.

La aparente erudición de Mercedes apabulla a Mario. Por algún motivo que no tiene claro creía que la conversación la manejaría él, pero ahora hasta se siente algo tonto. Hace tiempo que no se sentía así. La temida página en blanco ahora se instala en su cabeza. Sin mayores recursos, decide insistir en su inquisición inicial.

- Pero por qué dejaste de tocar el oboe un año. No me lo has dicho todavía.

- El amor.

- ...

- Pero no vamos a hablar de eso ahora. Tú me preguntaste hace diez minutos, y hace diez años, por qué el oboe. Bien. Todo es culpa de Albinoni y de las telenovelas brasileñas. ¿Conoces a Albinoni?

- Me suena. ¿Es italiano, no?

Mercedes no puede evitar reírse, pero se da cuenta

de que Mario no la está pasando muy bien. Decide entonces ser más generosa en sus respuestas.

- Sí, es italiano. Sí, es italiano. Bueno, en realidad nació y murió en Venecia cuando era una república independiente, así que deberíamos llamarlo veneciano. Como sea, es una de las cumbres del barroco. Sus conciertos para oboe son una maravilla, una aventura por las fronteras de la sensación humana. A diferencia de Vivaldi, otro veneciano, que ejecutaba el oboe como reemplazando al violín, el oboe de Albinoni parecía querer emular la voz humana. Y a menudo lo logra. Dicen que su mujer era cantante de ópera, y que eso influyó en su manera de acercarse al oboe. No sé, el caso es que me cautivó desde la primera vez, cuando ni siquiera sabía que lo que escuchaba era un oboe y menos que era un concierto de Albinoni.

- Pero tú mencionaste también a las telenovelas brasileñas.

- Sí. Es que la historia comienza con mi madre planchando mientras veía la telenovela brasileña, y yo a su lado haciendo las tareas del colegio. Tenía nueve o diez años. No recuerdo cómo se llamaba la telenovela, pero sí me acuerdo que era muy triste, y que en los momentos más dramáticos se escuchaba de fondo una melodía tristísima, conmovedora. Comprenderás que a esa edad uno no se dedica precisamente a investigar sobre bandas sonoras de televisión, así que, una vez terminada la telenovela, pasaron los años y yo olvidé la melodía. Hasta que un día, recorriendo el dial de la radio –yo tenía quince años y escuchaba de todo, incluida la música clásica– me topé con el final de aquella melodía, que yo creía olvidada. Fue un ramalazo de sensaciones, quedé completamente arrobada. Además de llevar-

me de regreso a esa época de mi niñez, me impresionó la claridad del tema que trasuntaba esa melodía tan triste: se trataba sin duda de una persona que volvía después de mucho tiempo a reencontrarse con alguien o algo que amaba, y ya no encontraba lo que tanto añoró y que orientó su retorno, ahora inútil. A pesar de tanta emoción, alcancé a copiar la información que dio el locutor al final. Y lo dijo así, nunca lo voy a olvidar: “Ese era el concierto a cinco Opus nueve número dos en D menor, para oboe, cuerdas y continuo, de Tomaso Albinoni”. Fue una revelación. Tuve claro en ese momento que estudiaría música y que el oboe sería mi instrumento.

- Wow, qué interesante. No sabes las ganas que tengo de escuchar ahora mismo ese concierto. Quisiera saber si yo puedo captar el mismo mensaje de la melodía. Recuerdo que una vez escuché en la televisión a un viejito que comentaba el mensaje que el concierto de Aranjuez supuestamente transmitía y yo francamente creía que el tipo deliraba.

- Mira, yo vivo a seis cuadras de aquí. Si quieres vamos un momento a mi casa para que lo escuches. Pero no nos podemos quedar mucho tiempo porque tengo un compromiso dentro de una hora. El concierto dura unos trece minutos, así que podemos escucharlo con calma.

- Me parece una excelente idea. Yo tengo la tarde libre.

- Vamos, entonces. Ah, ¿Y qué pasó con la consulta musical que me ibas a hacer?

- Ya lo había olvidado –dice Mario levantándose de la mesa. Estaba muy entretenido escuchándote. Seguro tú debes saber cómo se llama esa composición que se repite una y otra vez variando los instrumentos. Creo que en al-

gún momento suena un platillo. Era el fondo musical del comercial del Banco de la Nación, ¿Te acuerdas?

De El Bolero de Ravel pasan rápidamente a Cantinflas, y luego al Chavo del Ocho y a Shakespeare. La conversación fluye por cauces muy diversos, y Mario –que ya se siente mejor– comienza a lamentar por adelantado que ese encuentro vaya a terminar tan pronto. Está tan encantado con Mercedes que ya no piensa en su cuento para el concurso, ni en la cita con su asesor de tesis, a la que ya no llegará, ni en Isabel.

La casa de Mercedes es lo que él imaginó minutos antes: un rinconcito acogedor lleno de cultura. Chagall en las paredes, libros desbordando los estantes, una colección de velas y candelabros, una mesa de centro muy baja poblada de artesanías mexicanas y peruanas, unos grandes cojines invitando a recostarse sobre la alfombra... y un atril con partitura dominándolo todo desde una esquina. El escenario ideal para una velada de largo aliento, con música barroca de fondo, un buen vino, y con promesa de nuevas revelaciones, no necesariamente doctas, no necesariamente correctas.

Pero para cuando expira el tercer movimiento del concierto ya casi es hora de irse. Al despedirse, con el tiempo justo, Mario duda entre exteriorizar su admiración por el oboe de Albinoni –a esa altura es casi una obligación– o insinuar la posibilidad de una próxima cita. Siente muchos deseos de volver a verla, pero teme que sea demasiado apresurado, más aún si ha recibido señales ambiguas por parte de ella. Sí, porque un par de veces lo había mirado con cierto brillo en los ojos, sonriéndole con la mirada, pero también –piensa Mario– había sido poco curiosa

cuando él habló de sus gustos personales. Al final opta por un paso intermedio: pedirle el número de teléfono.

Mercedes lo sorprendió diciéndole que prefería ser ella la que lo llamara, que le dejara su número. Y no pudo discutirlo. Ahora, mientras regresa a pie, Mario no cesa de recriminarse el no haber sido más directo. Le disgusta que todo quede en manos de Mercedes. También le preocupa la posibilidad de que ella llame cuando él esté en la ducha, o durmiendo la siesta si es fin de semana, porque Isabel acostumbra contestar el teléfono por él. Y es que Mario no mencionó a Isabel en toda la conversación. Bueno, ella tampoco me habló de ese amor que le hizo abandonar por un tiempo el oboe, estamos a mano. Además, para qué tanta paranoia: si llama le digo a Isabel que es para una entrevista. Total, en el fondo no es falso que se trate de una especie de entrevista.

Es domingo, después de almuerzo. Isabel hojea el diario recostada en la cama mientras Mario transcribe con desgano sus notas de la entrevista al diputado acusado de entregar facturas falsas. Tiene ganas de echarse a dormir.

- Este sujeto es un plumazo, un collar de melones, un narciso de manual; qué manera de ser auto-referente. Me hace recordar al vanidoso que encontró el Principito en su recorrido por los planetas. Pobre su mujer...

- Señor adjetivador, escucha esto: ya dieron el fallo del concurso de cuentos en el que, para variar, no alcanzas-te a participar. Otros dos mil dólares que se te escaparon.

- Bah.

- ¿Te leo el comentario sobre el cuento ganador?

- Bueno.

- “Este magnífico relato, firmado por Oboe (aún

no se devela el seudónimo), se construye a partir de una anécdota sencilla: el reencuentro, a la salida de un banco, entre dos ex-compañeros de colegio, un periodista y una concertista clásica. Una consulta de índole musical (identificar el Bolero de Ravel) es la excusa argumental, el punto de apoyo para el inicio de una trepidante pasión amorosa. Así, antes de que caiga la noche, y sobre una alfombra, los protagonistas se enfrasan en una desenfrenada contienda de lascivia. La maestría con que el autor o autora erige un contrapunto entre los tiempos de un concierto barroco (Allegro, Adagio non troppo, Vivace assai) y las etapas del encuentro sexual aludido, inscribe este cuento dentro de la mejor tradición de literatura erótica de Hispanoamérica. Por otro lado, desde una perspectiva estrictamente musical...”

Mario deja de escuchar la lectura que Isabel continúa. Una profunda sensación de rabia impregnada con algo de derrota se apodera de él. Otra vez se siente tonto, como hace tiempo no se sentía. Puede perdonarle a Mercedes que haya armado la historia de su cuento ganador a partir del breve encuentro de hace un mes; al fin y al cabo la ficción es una cuestión de talento, y él se sabe no-malo pero no mucho más que eso. Está bien. Pero lo que no le perdona es que lo haya tenido esperando tanto tiempo y que finalmente no llamara nunca.

## Vida mía

A Gregorio Torres no le gustaba su vida. Tampoco le gustaba su nombre. Mejor dicho, le disgustaba escuchar el proverbial apelativo de Goyo o, peor aún, el diminutivo Goyito, con su inevitable alusión a un infantilismo poco viril. Sin embargo, había aprendido a capear el desagrado de escuchar esos apelativos simplemente ignorándolos, concentrándose en la observación minuciosa del objeto más cercano cada vez que un compañero de trabajo lo llamaba así. Se había acostumbrado a lidiar con los infaltables creativos que, en cada uno de los cinco colegios en los que había trabajado como profesor de computación, celebraban el descubrimiento de que podían llamarlo Goyito para jolgorio de los demás. Pero el verdadero problema de Gregorio Torres no era su nombre, sino su vida. Un cronista se vería en apuros para escribir un resumen de los hitos más destacados de los treinta años que Gregorio llevaba en este mundo. Para evitar entregar una página en blanco, probablemente el cronista se resignaría a mencionar los sacramentos católicos a los que Gregorio fue sometido por obligación o costumbre, la fecha en que se graduó del colegio (Gregorio no aparecía en la foto de su promoción porque ese día la alergia al polen lo mandó a la cama), y el día de su matrimonio con Angélica (Gregorio sí aparecía en las fotos, pero sonreía menos que los mozos), cuando ninguno de los dos pasaba de los noventa kilos. A lo mejor añadiría el cronista que un vecino de Gregorio llamado

Wilfredo se sacó la lotería y nunca más volvió a saberse de él, o que Bobby, el perro pekinés de Angélica que pasó a ser parte de su familia, sobrevivió al atropello de una moto con apenas una leve cojera y cierto descontrol de los esfínteres.

A pesar de la evidencia en contra, Gregorio era un tipo inteligente. De no haberlo sido no habría podido darse cuenta de que no le gustaba su vida. Pero él no lo demostraba (ni que era inteligente ni que no le gustaba su vida). Siempre prefería callar antes que hablar, tanto en la sala de profesores del colegio, donde todos se disputaban la oportunidad de opinar sobre los asuntos más insignificantes, como en la mesa de su casa, donde Angélica lo ponía al día sobre los últimos acontecimientos de la vida de sus tres hermanas o de cualquiera de los vecinos. Cuando Gregorio descubrió que a nadie le molestaba su silencio, y que incluso era tomado con simpatía, se adiestró en el arte de fingir atención mientras su mente lo llevaba a otros lugares. En la sala de profesores acostumbraba buscar números primos de tres cifras o imaginar que Monica Bellucci era su esclava sexual (tenía un envidiable archivo de fotos bajadas de Internet). En su casa, mientras miraba a Angélica y asentía periódicamente, a Gregorio le gustaba urdir sonetos alejandrinos sobre temas diversos, desde un hipotético romance entre Bobby y la hija quinceañera de la vecina hasta el monto de las cuentas de la luz y el teléfono. Pero en los últimos años estas simulaciones y juegos mentales habían empezado a cansarlo y se preguntaba si no sería posible vivir otra vida. Tenía claro que su vida no era ningún suplicio, que poseía –en modestas cantidades, eso sí– las tres cosas que existen en la vida según los boleros y según los que no tienen idea de lo que hablan: salud, dinero y amor. La insa-

tisfacción que rondaba a Gregorio parecía ser la expresión final de algún intrincado mecanismo hormonal regulado por el clima, porque estos cuestionamientos esenciales eran mucho más frecuentes durante el invierno: las tardes oscuras o lluviosas lo ponían especialmente melancólico de esa vida que nunca había tenido, y por alguna razón consideraba afortunados a todos los seres humanos que no eran él mismo. Entonces, al volver del trabajo cada tarde, apoyaba la cabeza en la ventana del microbús y, superando su miopía y la suciedad de los vidrios, se dedicaba a mirar hacia las casas más cercanas en cada una de las detenciones que ocurrían en los cuarenta minutos del recorrido. Como quien hace *zapping*, Gregorio miraba fugazmente hacia las casas o departamentos que tenían encendidas las luces y abiertas las cortinas. En los quince o veinte segundos de observación de los que disponía se imaginaba viviendo esa vida, sentado a la mesa tomando un café con leche (el menú en su casa era, invariablemente, té y tostadas con mantequilla o mermelada de piña; Angélica, que engullía al menos seis tostadas cada vez, había eliminado el café por caro y la leche por hipercalórica). Por un instante Gregorio se imaginaba que aquella niña delgada de vincha blanca y pelo lacio muy negro era su hija, o que esa mujer con elegante uniforme de secretaria ejecutiva era su esposa. Por supuesto que eran menos estimulantes las ocasiones en que el inquilino avistado era un anciano enjuto viendo televisión o un adolescente desgarbado extinguiendo sus neuronas con una *Play Station*, pero en general a Gregorio le quedaba al final del viaje la sensación de haber desperdiciado una oportunidad de salvarse. En cada tarde invernal, en el momento en que con un gesto de resignación Grego-

rio metía la llave en la cerradura de su puerta, se prometía que al día siguiente todo podría cambiar.

Todo empezó a cambiar un jueves por la tarde, a fines de junio. Había llovido toda la mañana y el cielo todavía estaba cubierto, pero apenas caía una llovizna. El pavimento resbaladizo o la imprudencia temeraria habían causado un choque múltiple un par de cuadras adelante del microbús, el que esperaba detenido a que la vía se despejara junto a muchos automóviles. Cuando ya llevaban quince minutos sin moverse un centímetro y los pasajeros comenzaban a quejarse en voz alta, como si el chofer tuviera poderes sobrehumanos para solucionar el problema, Gregorio, que estaba sentado del lado de la ventana, se percató de que se encendía la luz de una casa que habitualmente estaba a oscuras cuando él pasaba por allí. Vio entonces a una mujer entrar a un ambiente de sala-comedor y, aparentemente, encender un equipo de música. Luego de quitarse el abrigo y dejarlo apoyado sobre una silla del comedor, la mujer se sentó en un sillón. La buena iluminación de la casa y la poca distancia le permitieron a Gregorio distinguir las facciones de la mujer, que ahora reclinaba la cabeza con los ojos cerrados. Su rostro era atractivo, y el pelo negro largo y una figura delgada la hacían parecer menor de treinta años. El interés que la mujer ya había despertado en Gregorio aumentó cuando la vio cubrirse el rostro con las manos. Tal vez estaba llorando. En ese instante Gregorio fue consciente de la posibilidad de que hubiera otros como él observando a la mujer desde el microbús, buscando espantar el tedio de la espera y no una nueva vida. Por eso la decepción que sintió un momento después, cuando el microbús reinició su marcha, tuvo también algo de alivio:

no quería compartir su hallazgo con fisgones ocasionales. Sentado en el microbús, Gregorio sonreía; estaba muy entusiasmado con lo que el destino, Dios, o el anticiclón del Pacífico Sur le había regalado esa tarde. Quince minutos de retraso habían sido suficientes para asomarse a una nueva ventana y a otra realidad, y las posibilidades futuras, como siempre, parecían ser infinitas. Al llegar a su casa, Gregorio tuvo que controlar su buen humor para no despertar sospechas en Angélica, que ya lo estaba interpelando por su tardanza.

Si quería ver otra vez a esa mujer Gregorio debía retrasar en quince minutos su salida del trabajo y su llegada a la casa. Por eso le dijo a Angélica que a partir del día siguiente el colegio organizaría un ciclo de mini-charlas sobre superación personal y reingeniería del liderazgo participativo en la empresa. Ella no se sorprendió en lo absoluto. El viernes Gregorio se ubicó afanosamente en el mejor lugar de observación del microbús, pero al paso de la ventana deseada no pudo ver más que cortinas cerradas delante de una habitación con las luces apagadas. Su frustración se repitió el lunes y martes, y cuando el miércoles tampoco trajo resultados comenzó a considerar el abandono de su plan. Pero el jueves todo cambió. En los cinco segundos de los que dispuso pudo notar que otra vez la mujer estaba allí, sentada en el mismo sillón, con la cabeza reclinada. No pudo notar si su expresión era de calma o sufrimiento. Emocionado, Gregorio se dijo que había resuelto el enigma: los jueves la mujer volvía a su casa más temprano. Pero una observación fugaz por semana no bastaba para aplacar su ansiedad, lo que situaba el problema en averiguar a qué hora regresaba ella los otros días de la semana. El sábado

en la mañana Gregorio tuvo que acompañar a Angélica al bautizo de un sobrino, y mientras el cura preguntaba a los padrinos si prometían ser lámpara inextinguible de luz, o algo así, él calculaba horarios de salida e imaginaba excusas para el lunes, martes y miércoles. Sin embargo, apenas unas horas después, mientras soportaba con estoicismo el martirio de una tarde presidida por Sábado Gigante en la televisión, Gregorio decidió que –por primera vez en su vida– se arriesgaría: él no esperaría la suerte por cuantogotas, el lunes mismo, o a más tardar el martes, esperaría a la mujer en la puerta y se presentaría ante ella. Se daba cuenta de que su decisión no tenía más razones que unos segundos de observación de un posible estado de tristeza, pero Gregorio tenía la corazonada de que esa mujer era el inicio de un camino hacia otra vida. Una vida llena de misterio, emociones, felicidad y futuro. Poco le importaba el hecho de que su anterior corazonada había terminado con la cuarta parte de su sueldo perdida en la ruleta del casino, cuando no salió el diecinueve rojo.

El lunes llovía con furia cuando Gregorio salió del trabajo, y el cielo parecía caerse cuando se bajó del microbús y se dirigió a la casa de la mujer. Mojado hasta los huesos, lejos de un alero protector, Gregorio tocó la puerta varias veces y esperó inútilmente durante veinte minutos. El agua ya había anegado su ropa interior, su orgullo y su razón cuando se rindió y regresó al paradero. Al llegar a su casa no le preocupó no haber preparado una excusa para Angélica, no fue necesaria porque en esos momentos ella sólo tuvo cabeza, ojos y manos para ayudarlo a desvestirse y prepararle un baño caliente de tina. Cuando finalmente le preguntó qué es lo que le había sucedido no insistió al es-

cuchar como única respuesta “tuve mala suerte”. El viernes por fin Gregorio se levantó de la cama después de tres días de fiebre alta y tos de perro. Era un día despejado, con nulos riesgos de inundación vespertina, así que decidió que lo intentaría otra vez.

El sobrepeso y las vetas de canas en el pelo y la barba le otorgaban a Gregorio el apacible aspecto de un oso panda, y su voz cálida, medida, trasuntaba cierta inocencia. Consciente de eso, él esperaba que la mujer no cerrara la puerta antes de escucharlo decir “Hola, me llamo Gregorio, tú no me conoces, pero hace unos días pude verte en tu casa desde el microbús y me pareció que llorabas. Si no te molesta, me gustaría poder escucharte, saber de tu vida, y también contarte algo sobre la mía. Solamente me quedaré un rato”. Después de confirmar que había memorizado su parlamento inicial, respiró profundamente y tocó la puerta.

En sus cálculos más optimistas, en realidad delirantes, Gregorio se permitió imaginar que esa tarde terminaría en los brazos de esa mujer, después de intercambiar sentidas confesiones y antes de cubrirse de promesas, besos y proyectos para el futuro. El escenario más temido y recurrente, reforzado por el sentido común, era que ella sencillamente se espantara al oír su declaración y aniquilara sus ilusiones con un portazo. Pero nunca esperó que sucediera lo que finalmente ocurrió. Gregorio alcanzó a decir casi todo su parlamento antes de que la mujer lo interrumpiera evidentemente fastidiada y le respondiera: “Nunca más. No vuelvo a caer. Ya tuve suficiente. Primero con Manuel, por el que dejé a mi novio, y después con Alfredo, que me abandonó hace menos de un mes para regresar con su mujer, que se suponía era una bruja insoportable...”. Contuvo

el llanto para continuar, en un tono más cortante. “No soy tan imbécil como para creer una vez más en esa historia de la nueva vida y la ventana del micro. ¿Es que no puedo tener esas cortinas abiertas? No me jodan, vayan a buscar su nueva vida a un cine, a un parque nocturno, conozcan a alguien en el chat, o re-enamórense de sus mujeres. Pero a mí déjenme tranquila con mis discos, mis libros, y mi gato. No tengo claro qué quiero de la vida para el futuro, pero sí tengo claro qué es lo que no quiero. Ya lloré más de lo que merezco. Así que buenas tardes, intenta en otra puerta”.

## El arte de amar

Jiménez la vio y su primera reacción fue esconderse detrás de un gordo en la fila. Pero el gordo justo se agachó para amarrarse las zapatillas, una tarea ciclópea para el dueño de tan portentoso vientre, tardando lo suficiente para exponerlo a los ojos de Alicia. Cuando ella le dijo “Aníbal” él por un momento pensó que se refería a otro. Hacía tiempo que nadie lo llamaba por su nombre. En la agencia de viajes en la que trabajaba como estafeta, era Jiménez para todos, en su casa su mujer lo llamaba Cupuchi, y su hijita alcanzaba a decirle Chuchi. No pudo evitar responder el saludo de Alicia ni aceptar que ella le invitara un café al terminar el trámite en el banco. Llevaba casi cuatro años sin ver a Alicia, y estaba más guapa que la última tarde que se sentó junto a ella en la sala de su casa, cuando todavía eran novios. Poco después de esa tarde, cuando una vez más Jiménez le dijo que sí pensaba en el matrimonio, y que por eso no tenía problema en esperar un poco más para acostarse con ella, la vida de Jiménez cambiaría para siempre.

Todo comenzó cuando el hermano menor de Alicia apareció, sin saludarlo, como siempre, y le preguntó si ella tenía “El arte de amar”, porque se lo habían encargado a leer en el colegio. Cuando ella le dijo que no, el pequeño y mimado Juliancito (a quien Jiménez se refería como enano maligno o tumor del suelo cuando conversaba con sus amigos) comenzó su enésimo berrinche. Entonces Jiménez, para hacer méritos ante los ojos del padre de Alicia,

un acaudalado empresario que no terminaba de aceptar la idea de que su hija se casara con alguien sin apellido, se ofreció a conseguir el libro al día siguiente. Tolerar los desplantes de su odioso hermano era poca cosa al lado del esfuerzo por contener sus naturales ímpetus sexuales con Alicia, quien por su educación arcaica y religiosa insistía en llegar virgen al matrimonio. Pero Jiménez aguantaba estoico, sabiendo que el premio mayor lo esperaba al final de ese vía crucis. Porque el casarse con Alicia no significaba solamente consumir por fin sus deseos sobre ese cuerpo tan apetecible, implicaba también tener un trabajo seguro y bien pagado en las empresas de la familia. Sus amigos lo alentaban, convenciéndolo de que bien valía la pena el sacrificio presente a cuenta del futuro venturoso, y ya tenían apuestas sobre cuál sería el paraíso tropical en el que pasarían la luna de miel pagada por el suegro.

Poco después de llegar al tradicional barrio de librerías, Jiménez quedó descolocado cuando, tras preguntar por “El arte amar”, un librero le explicó que había dos libros que respondían a ese título. Uno era un *bestseller*, una suerte de libro de auto-ayuda, y el otro era un clásico de Ovidio, un poeta romano contemporáneo de Herodes. Jiménez no lo dudó. En ese colegio tan conservador y aristocrático solamente podían estar buscando la obra del poeta romano. A Jiménez le agradó escuchar el nombre de Herodes asociado al enano maligno. El problema era que ese librero, y la otra docena de libreros que consultó después, únicamente tenían el libro de Erich Fromm. Más de una vez le pasó por la cabeza comprar el libro disponible, sobre todo cuando recordaba a Juliancito emitiendo flatulencias mientras él esperaba a Alicia en la sala, pero

después pensaba que no podría hacerse el tonto cuando ella le increpara el error. Estaba ya cansado de recorrer la zona y preguntar en vano, cuando un viejito con aspecto de sabio o de ropavejero le dijo “Pregunte en la librería Parménides” y le dio las señas para llegar al lugar, que quedaba en una zona antigua y deteriorada de la ciudad. Hasta allí llegó Jiménez tras un largo viaje en microbús. La librería Parménides era un local pequeño y oscuro donde se hacinaban miles de libros en aparente desorden, los que casi ocultaban el escritorio donde un hombre mayor de aspecto atribulado parecía hacer cuentas.

Cuando el hombre le dijo, con la mirada perdida, que sí tenía el libro que buscaba, Jiménez se sintió un triunfador. Todo era cuestión de esperar unos minutos y el libro estaría en sus manos. Y al día siguiente habría de ganar varios puntos en la estima de Alicia y, por qué no, de su suegro. Pero esa sensación de victoria no duraría mucho. Cuando apenas había comenzado a recorrer con la mirada los lomos de unos libros antiguos, sintió un golpe seco. Al volver la vista tuvo claro que el hombre había impactado su cabeza contra el escritorio tras perder el sentido. Su primera reacción fue mirar hacia los costados y pedir ayuda, pero estaban solos. Por un momento se quedó petrificado, sin saber qué hacer. Salió a la calle corriendo pero no había nadie a la vista. Volvió a entrar y, tras notar que no había un teléfono en la librería (tal vez se ocultaba debajo de algún diccionario enciclopédico), decidió que no podía huir. Le tomó el pulso y descubrió con alivio que el hombre no estaba muerto. Tras varias ideas descartadas e intentos frustrados, Jiménez encontró el teléfono celular del librero en el primer cajón del escritorio. Apretó el botón de llama-

das recientes y solamente aparecía un nombre “Carla”. Resultó ser la hija del librero. Todo sucedió muy rápidamente. Carla llegó corriendo, le aplicó a su padre una inyección (el librero era diabético), y le pidió a Jiménez que la ayudara a llevarlo apoyado hasta su casa. Carla y su padre vivían en una casa minúscula a un par de cuadras de la librería. Ambas propiedades las habían comprado con el dinero de la venta de la casa familiar, una decisión que su padre tomó poco después de enviudar. Todo esto se lo contó Carla a Jiménez durante el trayecto a la casa. Además le dijo que esos desmayos no eran muy raros, se debía a que pasaba muchas horas sin comer nada, y si estaba muy estresado simplemente se olvidaba de comer. Una vez que el viejo (Don Leopoldo) estuvo bien instalado en su cama, y Carla quedó tranquila, le agradeció por quinta vez su ayuda y le ofreció que se quedara a tomar el té. De todas las alternativas posibles que pudo imaginar Jiménez cuando dijo “Bueno, te aceptó el té”, principalmente porque estaba cansado y hambriento después de una larga tarde recorriendo la ciudad buscando el dichoso libro, ninguna se podía acercar a lo que finalmente ocurrió.

Poco más de una hora después de haber entrado por esa puerta cargando al desfalleciente librero, Jiménez, con los ojos cerrados, recibía con un placer indescriptible una obra maestra del sexo oral. Y apenas unos minutos después, de pie y en la cocina de la casita, Jiménez y Carla se prodigaban en un acto sexual desenfrenado, como si el mundo fuera a terminarse al día siguiente. No es fácil explicar cómo llegó a ocurrir. Tuvo que ver la abstinencia forzada a la que Alicia lo tenía condenado, la innegable sensualidad de Carla, el agradecimiento de ella por su soli-

daridad, y una franca y distendida conversación previa que –si bien no tuvo nada de especial– les permitió descubrir que tenían más cosas en común de lo que suponían. Cuando se despidieron, ambos tenían claro que era probable que no se volvieran a ver. Pero estaban equivocados. Una niña que hoy le llamaba Chuchi, concebida aquella tarde en la misma cocina en la que cada mañana Jiménez se prepara el café, había sido la causa para que él se casara con Carla y no con Alicia. La muerte de Don Leopoldo, ocurrida poco después de esa tarde de sucesos impensados, había terminado por convencer a Jiménez de que no podía desentenderse de su responsabilidad. Con el tiempo, tras vender la librería para saldar deudas y refaccionar la casita, Jiménez y Carla habían aprendido a querer la vida que llevaban pero no habían elegido.

Casi todo este relato resultó nuevo a oídos de Alicia en el café. Cuatro años antes, Jiménez solamente le había dicho por teléfono que se había dado cuenta de que lo de ellos no podía ser, que el cariño -o el amor- no podía ser más fuerte que la realidad, y casi nada más. Ella no le guardaba rencor, le dijo, antes de contarle lo feliz que era con sus dos hijos y su marido, que acompañaba a su padre a jugar golf y a cazar. Alicia no fue muy efusiva al describir su felicidad, no se sabe si por pudor, por no querer poner en evidencia el contraste frente a lo que acababa de escuchar, o simplemente porque su felicidad no daba para más que ese frío resumen. Ninguno de los dos quiso decir nada polémico o hiriente, no era la idea de esa breve reunión que seguramente no tendría segunda parte. Sin embargo, él notó cierta inquietud en Alicia durante su relato de los hechos, y todavía la notaba un poco turbada, como si hubiera

algo que no se animaba a decirle. Finalmente, después del tercer silencio que se hizo en la conversación, él se animó a preguntarle. Y entonces, tras una larga pausa que no pudo evitar que se le quebrara la voz al empezar a hablar, Alicia le dijo que el libro que su hermano necesitaba era el de Erich Fromm.

## Segunda oportunidad

En esa época yo viajaba a Buenos Aires cada dos semanas, con fondos de la editorial. Un trabajo aburrido pero muy bien pagado. Me había rendido ya, no sería un escritor publicado, pero al menos trabajar en asuntos comerciales de una editorial grande me permitiría estar cerca del mundo que me negaba la entrada. Eso creía yo. Duró poco la ilusión. Pero duró lo suficiente para permitirme tener un encuentro que pudo cambiar mi vida

Todo empezó con un vuelo que se retrasó varias horas. La masa de pasajeros en el aeropuerto se dividió en tres grupos: los que casi corrieron a cambiar su *voucher* por un sándwich y una bebida, como si fueran un grupo de náufragos recién rescatados que no hubieran comido más que raíces durante semanas, los que no se resignaban y alegaban a gritos que la empresa debía traer un avión nuevo, especialmente para ellos, porque –al parecer– sus asuntos pendientes eran los más importantes del sistema solar, y los que nos quedamos sentados en calma. No me perturbó especialmente la noticia del retraso porque tenía todo el día siguiente para descansar antes de mi primera reunión. Estaba muy entretenido leyendo un libro de Paul Auster. Disfrutaba mucho en esa época con los libros de Auster, me sorprendía su capacidad para armar historias en las que el azar podía generar las situaciones más improbables, pero las lograba contar de manera que se hacían creíbles, ocurrían casi con naturalidad. Estaba leyendo un libro en

el que el protagonista busca la manera de retroceder en el tiempo para cambiar una decisión, y recibe ayuda de parte de una especie de ser maligno. Mi lectura fue interrumpida por una conversación en voz demasiado alta. A mi lado un hombre y una mujer que no se conocían competían por contar la historia personal más terrible acerca de esperas de vuelos retrasados. No me interesaba averiguar el resultado de esa vehemente competencia por ser la víctima mayor, solamente quería leer tranquilo, así que me fui a buscar un lugar deshabitado.

Terminé en un rincón alejado, cerca de un baño. Una señora, encargada de la limpieza, acababa de estacionar su carrito con utensilios en la puerta del baño. La miré y por un instante volví a sentir una pena conocida. En mis pasos por las salas de embarque internacional siempre me apenaba ver a esas personas, supervivientes con sueldo mínimo y contrato temporal, compartiendo el lugar con otras personas a las que el destino les había dado una vida infinitamente más cómoda. Se cruzaban con los pasajeros pero en cierto modo eran invisibles para ellos. La observé con detenimiento y noté que en un lejano pasado debió ser una mujer agraciada, pero el maltrato de los años era evidente. Se movía con dificultad, tal vez con algún problema de cadera o rodilla no atendido a tiempo. Como tantas otras veces, sin nada que hacer al respecto, bajé la cabeza y volví a la lectura. Un rato después me sobresalté.

- Ese libro es muy bueno, el final es sorprendente. Uno pensaba que iba a terminar de otra manera.

Levanté la vista y era la señora de la limpieza. Torcí la cabeza al mismo tiempo que sonreía, lo que tal vez transmitió una suerte de perplejidad acogedora, pero no

supe qué decir. No quería interpellarla con la pregunta evidente, pero ella no dejó que la incomodidad se asentara porque inmediatamente añadió la aclaración que suponía tenía que hacer.

- En realidad no lo he leído, pero sé de qué se trata. Mi hija me cuenta al detalle todos los libros que está leyendo, y ese libro lo terminó la semana pasada. Ese autor le gusta mucho. Es uno de sus favoritos.

Sonreí del todo.

- También es mi escritor favorito. Qué bueno que su hija comparta esos libros con Ud., las felicito a las dos. En estos tiempos en que cada vez se lee menos Ud. me ha dado una muy buena noticia.

Esa frase parecía sacada de una columna firmada por un octogenario, pero yo pretendía sonar cálido, no agudo. Inmediatamente añadí:

- ¿Y recuerda el nombre de algún otro autor favorito de su hija? A lo mejor yo no lo conozco y me sirve de consejo.

Se quedó callada un momento y me dijo que había otro, pero que en ese momento no recordaba el nombre. Luego volvió a quedarse en silencio, mirando el piso. Tal vez buscaba en su memoria el nombre del escritor, tal vez recordaba que debía pedir un préstamo un préstamo para ayudar a su hija. La conversación pudo terminar allí, pero yo estaba algo intrigado por esa hija que incluía a su madre en el mundo de la literatura. A riesgo de sonar impertinente, pero animado por saber que el tema favorito de la mayoría de los padres es hablar de sus hijos, le pregunté:

- Y su hija, ¿estudia literatura? ¿trabaja en una biblioteca?

- No señor, ojalá fuera así, pero no podemos. Ella trabaja en una casa, cocinando y limpiando. Es la casa de una señora muy buena, es viuda la pobre. Su esposo, un señor que falleció hace poco, era un escritor, un hombre que amaba los libros, y tiene en su casa una biblioteca enorme. Entonces le presta los libros a mi hija, uno por uno, y ella se queda hasta tarde leyendo. En la mañanita, cuando tomamos desayuno, ella me cuenta lo que ha leído la noche anterior.

En ese momento sonó un anuncio de cambio de puerta para un vuelo. Al ver que yo prestaba atención al anuncio ella se despidió rápidamente. Yo apenas alcancé a decirle “que le vaya bien” cuando ya me había dado la espalda. Dudé si seguirla o no para continuar la conversación, pero finalmente me quedé en mi lugar.

Durante el vuelo, y mucho tiempo después, no pude quitarme de la cabeza la idea de conocer a esa muchacha. No podía explicarme bien por qué, pero sentía que esa coincidencia de autor favorito no era un detalle menor. Sin creer esas bobadas del alma gemela, presentía que ella y yo estábamos destinados a encontrarnos. En los siguientes meses, cada vez que pasaba por el aeropuerto, incluso faltando poco tiempo para el vuelo, recorría los baños buscando a la señora, pero no la encontraba. Al comienzo no me animaba a preguntar por ella a los otros encargados de la limpieza, pero después de varios recorridos sin éxito un día les pregunté a todos los que pude encontrar. No sé si fue por mi torpeza al describirla o por protegerla de una queja que suponían yo haría, el caso es que nunca me dieron una pista: nadie la conocía. Estaba frustrado, no podía encontrar otra vez ese puente que el azar permitió que

se estableciera entre mi realidad y la suya. Maldecía el no haber insistido en continuar la conversación aquella tarde cuando comenzó a alejarse con su carrito. Tal vez su contrato expiraba pocos días después de ese encuentro, y no fue renovado, por su dificultad motriz o por cualquier otro detalle, daba igual. Repasando la brevísima conversación que tuvimos recordé el dato del escritor fallecido “hace poco”. Quizás podría rastrearla por esa vía. Pasé noches enteras buscando por internet al escritor muerto recientemente y no encontré nada, salvo un escritor chino que había muerto en la cárcel y varios periodistas asesinados en México. Ningún escritor había muerto en este país en el último año. El fracaso de mi búsqueda por el ciberespacio me llevó a concluir que el difunto probablemente era un escritor aficionado igual que yo, de inmaculada castidad en lo que a publicación se refiere, un absoluto anónimo para el universo entero salvo para la familia y los amigos más cercanos.

Pasaron los meses. Renuncié a la editorial para evitar morir de una trombosis por aburrimiento extremo. Dejé de viajar a Buenos Aires, y a cualquier otra parte. Después de varias semanas de zozobra conseguí trabajo como profesor de lenguaje en un colegio (una labor análoga a entrenar un equipo de nado sincronizado de gatos). Pero no me olvidé de ella. De hecho, intentando una suerte de venganza contra la realidad, comencé a escribir un cuento en el que narraba el inicio de la historia fielmente (el vuelo retrasado, la conversación con su madre sobre el libro en mis manos, los libros en la biblioteca de la viuda) pero fabulaba un resultado distinto. En mi cuento, todavía incompleto en ese momento, a mi pregunta por su madre los compañeros

me respondían que ella estaba enferma, pero que la hija la reemplazaba en su puesto. Y entonces la conocía, en la puerta de un baño, y ese era el punto de partida para una relación muy especial. Yo iba al aeropuerto todos los días a esperarla a la salida y la acompañaba en bus hasta el centro, donde ella tomaba otro bus hacia su casa, de la que todavía se negaba a darme la dirección. Hablábamos sobre todo de libros, pero también de ilusiones absurdas, del destino, de la injusticia y del chocolate amargo. Su madre no mejoraba de una artrosis y entonces su contrato de reemplazo se renovaba semana tras semana, lo que me dejaba una sensación al mismo tiempo de júbilo y pesar.

Una tarde en el colegio me tocó cuidar el recreo en reemplazo de un profesor enfermo y, mientras trataba de convencer a un niño de las ventajas de no estrangular a su compañero, vi cruzar por el patio a mi ex-colega de Lenguaje, con quien compartía almuerzos y opiniones acerca de la profesora de gimnasia, y lo saludé. Lo habían despedido del colegio hacía poco por una denuncia de acoso que nunca quedó muy clara. Me contó que venía a reclamar un pago que no le querían reconocer, pero no lograba que el director lo recibiera, ya lo había intentado varias veces. Entonces le di un dato útil: todos los días el director salía por la puerta lateral a las 16:30 y se dirigía al café de la esquina. Me lo agradeció mucho y, justo antes de despedirse, me dio una información que sabía me interesaría.

- ¿Sabías que viene Paul Auster?

- ¿En serio? ¿Cuándo?

- Llega el viernes. En realidad va a Buenos Aires para la inauguración de la Feria del Libro, pero aprovecharán su escala para invitarlo a un coloquio en la universidad.

Me entusiasmé inmediatamente, pero cuando averigüé el horario del coloquio me desilusioné: no podría asistir, a esa misma hora tenía una reunión en el colegio a la que no podía faltar. Si no me aparecía por la reunión era muy probable que me endilgaran la jefatura de un curso infernal, un conjunto de niños absolutamente insoportables (pero muy simpáticos y razonables si se les comparaba con sus padres). De todos modos tomé esa noticia como una señal y entonces decidí dos cosas. Primero, terminaría mi cuento antes de que llegara Auster. Segundo, si no podía asistir al coloquio, por lo menos iría al aeropuerto a verlo llegar, con el mismo libro que tenía en mis manos aquella vez en la sala de embarque internacional, pero llevando además el cuento que ya estaría terminado. Sería una suerte de homenaje, cargado de simbolismo; perfectamente inútil, lo tenía claro, pero al menos tendría la belleza de los homenajes inútiles.

Cuando llegué al aeropuerto al amanecer me encontré con una nueva decepción. El vuelo de Paul Auster estaba retrasado. Pero todavía alcanzaba a esperarlo en el nuevo horario de llegada antes de partir hacia el colegio. Decidí tomarme un café para combatir el sueño y el frío. Al lado del café y el libro desplegué las hojas con el cuento que había terminado apenas unas horas antes. En mi cuento, su madre finalmente mejoraba, y entonces ya no nos encontrábamos en el aeropuerto sino en su casa y en el cine. Después de semanas de conversaciones cada vez más íntimas lograba convencerla de que me acompañara a Buenos Aires, confiando en que allí comenzaría nuestro amor. La viuda de la biblioteca infinita le daba permiso y su madre la animaba a hacer algo que ella misma nunca

pudo, a pesar de estar tan cerca de los aviones: conocer otro país. En Buenos Aires pasábamos los días recorriendo librerías y conversando por los parques, disfrutando cada momento. En una de las librerías, mientras yo me entretenía buscando un libro de cuentos de Salinger, ella le preguntaba a un encargado de pasillo por otro de Paul Auster. Entonces el argentino le confesaba que era fanático de Auster y se ponían a conversar, y ya no dejarían de hablar hasta el cierre de la librería, solamente para citarse al día siguiente, porque ella quería leer los cuentos que él –escritor aficionado– quería mostrarle. Yo mismo, espectador privilegiado del proceso, primero impaciente, luego furioso, finalmente resignado y abatido, me daba cuenta de que el tipo tenía una conversación más entretenida que la mía, que escribía mejor, sabía más de literatura, y que era más alto y más guapo que yo. En fin, que yo no tenía cómo ganarle sin recurrir a la magia negra o a los sicarios. Así que mi cuento no terminaba bien, como al comienzo había imaginado. Me parecía algo deshonesto, o quizás infantil, que la literatura me diera lo que la vida me había negado.

El cuento se titulaba “Lo que Auster te da, Auster te quita”. Al releerlo mientras me tomaba el café volví a sentir todo lo que había sentido en esos meses. Cuando pagué y salí a revisar la pantalla de informaciones, sentí un alivio: el vuelo aterrizaría muy pronto. Luego me dirigí al baño, para buscar otro tipo de alivio. Cuando llegué a la puerta del baño vi estacionado uno de los carritos con utensilios que tantas veces antes me habían indicado que allí había una oportunidad de preguntar por la señora. No había nadie a la vista. Pero cuando salí, al lado del carrito y con el uniforme de los encargados de limpieza, había una mujer

joven, muy atractiva, cuyos rasgos eran muy parecidos a los de la señora incógnita. Quedé paralizado por la impresión. ¿Sería ella? ¿Reemplazando a su madre, como en mi cuento? No sé cuánto tiempo pasó. La miré, me miró, y al bajar la vista se fijó en mis manos. Allí estaba el libro de Paul Auster que iniciara la conversación con... ¿su madre? Sonrió al ver el libro y volvió a mirarme. Le sonreí. El tiempo seguía detenido. Por un lado me inclinaba a creer en el milagro, y entonces debía decirle que la había buscado por meses y que por fin la encontraba, o quizás no debía dar el primer paso y era mejor esperar a que me dijera que su madre le había hablado de mí y de ese libro. Por otro lado deseaba ese milagro por improbable y solamente me quedaba esperar un instante a que la burbuja se pinchara, bastaría un gesto o una frase de ella que dejara en claro que no era quien yo creía que podía ser. Finalmente me habló, mirándome a los ojos con curiosidad. Su voz me encantó.

- ¿Es tu autor favorito?

Comprendí entonces que era ella. La emoción me invadió al ver ese portal que se abrió después de haber estado cerrado tanto tiempo. Sin embargo, un instante después me asaltó la sensación de que algo no estaba bien. No podía explicarme por qué, pero sentía que podía ser un error dar el siguiente paso y traspasar ese umbral. En una sucesión de imágenes a alta velocidad, como en las sinopsis de las películas de acción malas, pude ver lo que tenía por delante. Allí estaba todo: comenzar a conocerla, congeniar inmediatamente, visitarla en su casa, disfrutar las caminatas por los parques y las idas al cine, alargar las despedidas y ver cómo se evaporaba el tiempo al conversar, hacer tímidos planes en silencio acerca de futuros compar-

tidos, convencerla de viajar juntos, ilusionarme con lo que creería ver en sus ojos, conocerla mucho más todavía... hasta que un día apareciera un argentino mejor que yo y me sacara del juego casi sin esfuerzo, con una naturalidad que agravaría mi dolor. No. No estaba dispuesto a pasar por eso otra vez. Así que le contesté, con cortesía pero sin darle opción a seguir la conversación, que no, que ese libro era de un amigo, que se lo había olvidado en mi casa. Me despedí deseándole un buen día.

Mientras caminaba hacia la puerta de salida de los pasajeros arribados pensé en qué podía hacer una vez que apareciera Auster por allí. Por un momento pensé en mostrarle su libro como señal de mi devoción, pero rápidamente deseché la idea. Por un lado me parecía un gesto un tanto esnob o exhibicionista, más significativo sería simplemente contemplarlo en silencio con toda la admiración del mundo. Por otro lado, ese libro en realidad no estaba entre mis favoritos. No me gustaba mucho ese final en el que el protagonista desperdicia la segunda oportunidad que le dieron para corregir su error.

## Explicaciones a una mujer que se está poniendo la ropa

Yo tenía 18 y ella 17. Como diría Corín Tellado, estábamos apenas descubriendo el amor, y nos gustaba mucho lo que descubríamos cada día, o mejor dicho cada noche, porque después de las clases en la academia pre-universitaria nos escurríamos presurosos para dar un paseo nocturno por el malecón del difunto Parque Salazar de Miraflores, donde ahora construyeron ese monumento al mal gusto y el esnobismo no-ilustrado que se llama LarcoMar. Allí, al amparo de nuestro razonablemente irracional apetito carnal y de unas beneméritas palmeras enanas, hacíamos lo que no podíamos hacer en ninguna otra parte. Las palmeras prodigaban la oscuridad necesaria y las otras parejas, parapetadas bajo sus respectivas palmeras, respetando los sagrados 10 metros de distancia que constituían nuestra precaria intimidad, le daban al cuadro un grato aire de complicidad anónima y solidaria. El disipado rumor del mar al fondo del acantilado procuraba el sutil fondo musical para ese cándido despertar sexual comunal, un ritual que repetíamos cada martes y jueves. Una noche de aquéllas, me parece que fue un jueves, mis manos ya habían logrado desabrochar su ceñido jean (maldita sea la moda de pantalones ajustados) y mis dedos amantes se apresuraban a recorrer ese camino tibio y húmedo que ya comenzaba a serles familiar. Los ojos estaban, por supuesto, cerrados; no sólo porque el beso no se interrumpía (estarás de acuerdo con-

migo en que el abrir los ojos al besar es una señal de que se ha perdido la ilusión) sino porque no era posible disfrutar y vigilar al mismo tiempo. Yo no vigilaba, y a juzgar por los susurrantes gemidos que sólo yo podía escuchar, ella disfrutaba mucho. De pronto, justo cuando su mano se dirigía cariñosamente a corresponder mi gentileza, escuché una voz que decía: “Jóvenes, sus papeles por favor”. Abrí los ojos sobresaltado y descubrí a mi lado a un policía cara-de-sapo que seguramente había estado ejerciendo de *voyeur* en los minutos previos (él y su también rollizo camarada, que observaba a unos 4 metros de distancia) y que recién ahora se había decidido a intervenir, probablemente porque la oscuridad frustró su procaz intención de ver algo más. Antes de contestarle, y mientras ambos sacábamos precipitadamente las manos de la masa para abrocharnos los pantalones, miré en derredor y me alivió descubrir que las demás parejas, nuestros cómplices de ritual comunal, se habían borrado de la escena. Nosotros éramos las únicas víctimas de la cruzada moralizadora de las fuerzas del orden. “Sus papeles, por favor”, repitió impaciente el hombre-batraco, cuyo grasiento rostro brillaba a la luz de la luna. “Yo estoy tramitando la libreta electoral, ella es menor de edad”. “Ah, entonces, aparte de una falta contra la moral y las buenas costumbres, usted está cometiendo un delito: abuso de menores. Vamos a tener que llevarlo a la comisaría para tomarle una declaración y para avisar a los padres de la señorita”. Inmediatamente la señorita rompió en llanto porque eso significaba la expulsión segura del hogar paterno, regentado por el iracundo Elías Ganoza, un pujante empresario que había perdido su modesta fortuna en la gran estafa de la financiera CLAE, pero que no había

perdido para nada sus autoritarias y a menudo violentas costumbres de hijo de terrateniente. Por mi parte, yo no perdí la calma. Tenía muy presentes las historias que me había contado mi hermano mayor acerca de los “arreglos” con los policías cada vez que él cometía una infracción de tránsito. En tiempos más prósperos los venales agentes solían exigir una suma nada despreciable para permitirle al infractor continuar camino. Pero la crisis terminal en la que estaba sumido el país había permeado todos los niveles, llegando incluso a desvirtuar el carácter intimidatorio de la corrupción policial. Así, los otrora no respetables pero sí temibles custodios de la ley se contentaban ahora con una cajetilla de cigarrillos, algunas monedas para el pasaje, bienes menores varios (un kilo de limones, un encendedor, una revista para hombres), o la compra de un boleto de una rifa para reunir fondos para la construcción del jardín infantil “Angelitos verdes”. Bueno, volviendo a aquella noche, el sapo hinchado con uniforme verde respondió con una mirada fija sobre mi reloj cuando utilicé la consabida fórmula que servía de preámbulo a la coima (“Jefe, debe haber alguna manera de arreglar esto”...). Sin dejar de mirar mi muñeca izquierda, dijo que él no tenía reloj, y que necesitaba uno; que yo podía comprender lo vergonzoso que era andar patrullando las calles sin saber la hora. Consideré responderle si figonear parejas para luego extorsionarlas no era vergonzoso, también pensé en comentar algo acerca del enorme reloj que le bailaba en la muñeca, evidentemente un bien mal habido; pero opté por evitar la vía agresiva y concentrarme en la vía negociadora. Entregar mi reloj nuevo me pareció un precio exagerado, así que me negué arguyendo que era una herencia de mi

bisabuelo, que tenía un valor personal incalculable, y que mi abuela nunca me lo perdonaría. Hay que ser débil mental para creer que mi bisabuelo usaba un Casio digital, pero aparentemente el seboso anfibio con grado de subteniente lo creyó. Ante mi negativa, el custodio del orden público endureció la posición y volvió a amenazar con la comisaría y la llamada al padre de la señorita, llegando a indicarle a su regordete adlátere que fuera a encender el patrullero. Entonces ella y yo nos vimos forzados a hurgar en nuestras mochilas de estudiante en busca de algún bien que pudiera comprar nuestra liberación (era inútil buscar en las billeteras porque apenas teníamos para el pasaje de regreso). Tras 30 segundos muy tensos, los dioses de la noche lasciva al fin se compadecieron de mí: allí estaba la calculadora solar de bolsillo ultra-delgada (*credit card type*) que me había dejado ahora sí en herencia uno de mis tíos de Miami de paso por Lima. Como yo ya tenía una buena calculadora científica, lo que tenía en mis manos era sin duda nuestro pasaporte a la libertad. Claro que no fue nada fácil explayarse sobre las infinitas bondades de esa calculadora pequeña “pero muy moderna y carísima, jefe”. Y es que es una tarea algo complicada el vender una calculadora solar cuando es de noche. El caso es que, fuera porque quedó satisfecho con el botín, porque se aburrió de lidiar con un par de estudiantes sin fondos en una noche fría, o porque su ayudante se quejaba de que tenía hambre, el pícnicu anuro encarnado en oficial de policía nos dejó ir. Una vez que vimos al patrullero doblar hacia la avenida, seguramente rumbo a seguir cumpliendo con su noble misión de esquilmar a los desavisados cultores de aquellas impúdicas tocaciones, recién pudimos respirar aliviados. Ella conti-

nuó con su llanto interrumpido y yo, lo confieso, me di cuenta de que sí había sentido temor. Caminamos un buen rato abrazados sin hablar, a medias asustados y a medias orgullosos de estar viviendo aquellos años de descubrimientos terribles y maravillosos. Luego nos volvimos a prometer amor eterno y también nos prometimos no volver a esas andanzas tan audaces. Con el tiempo, y en distintos momentos, incumplimos ambas promesas, pero esa ya es otra historia. Lo que quería explicarte es que desde entonces, debido a sabe Dios qué oscuro y traicionero mecanismo inconsciente, el sonido de una sirena policial tiene un potente e inmediato efecto inhibitor sobre mi libido y su manifestación anatómica más evidente. Por eso es que el paso de ese patrullero allá abajo hace un rato (maldito hospital con todas las habitaciones con ventana a la calle) trajo como consecuencia lo que, bueno, en fin, lo que ya viste. Espero que ahora comprendas lo que ha sucedido y que por favor no te sigas vistiendo. Esto te lo estoy diciendo con mucho cariño, de hombre a mujer, y no de gerente a secretaria, no vayas a pensar que es una orden. Si yo pudiera dar órdenes ahora, ya sabes a quién llamaría a posición de firmes. Por favor, mira que todavía nos quedan 25 minutos para volver a la oficina, estoy seguro de que la podemos pasar muy bien.

## El Inventario

- Más ridícula que esa vieja, que anda con el hermano del jardinero, imposible. ¡Oye, pero si no tiene vergüenza! Mira, si yo tuviera su edad...

César podía adivinar lo que seguía. Era un libreto que se seguía fielmente. Todos los días después de almorzar y antes de que dieran las dos, en esos quince minutos fugaces en los que uno se desenchufa de la vida y quisiera estar en cualquier parte menos donde está, la señora Martha, la secretaria más antigua de la oficina, la que había llegado cuando Don Bernardo todavía no tenía canas ni rengueaba, comenzaba la sesión de chismes. Desde su escritorio, igual de gris pero con un toque de distinción inaparente, parecía el primer violín de una orquesta, agitando la mandíbula mayor hasta que las otras tres secretarias, con menos años en la fábrica y menos cosas que decir, entraran en concierto. Y la seguían, respetando su jerarquía, sumándose con brío tras el primer compás. Todos menos él y Willy, su vecino de escritorio gris no-distinguido. Willy era el que le había dado la bienvenida dos semanas atrás, cuando César llegó a la fábrica de lámparas REDELSA, recomendado por su amiga Tita, la novia del sobrino de Don Bernardo. Willy tenía una sola idea en la cabeza: viajar a Los Angeles. Cada vez que se oía el rumor de un avión elevándose (el aeropuerto estaba muy cerca) se le escuchaba repetir: “pronto estaré yo ahí, rumbo a Los Angeles”. Parecía un aviso

publicitario, hasta le brillaban los ojos. Suponía, más bien estaba convencido, que su vida cambiaría en el instante en que pisara esa tierra bendita, el país de las oportunidades: los Estados Unidos de Norteamérica. Willy se cuidaba de anteponer siempre el artículo determinado plural. Decía tener un amigo del colegio que lo estaría esperando allá para hacer negocios juntos; para iniciar una vida nueva, en fin. Nunca decía qué clase de negocios, quizás ni él mismo lo sabía, ni le importaba. César llegaba a envidiar la claridad y seguridad de objetivos en la vida que tenía Willy. A él le costaba mucho decidir. No habría llegado a REDELSA si no fuera porque Tita escuchó a su madre preguntándole por enésima vez si estaba buscando trabajo.

César tampoco tenía muy claro cuál era su rol en REDELSA. Tita le había dicho que Fernando (su novio) le había dicho que su tío le había dicho que él sería el administrador de compras o algo así. Sin embargo, a poco andar ya había escuchado en tres empleados la seca respuesta: “yo me encargo de las compras” cuando él preguntaba por sus ocupaciones, tratando de buscar tema de conversación. En dos semanas no había tenido aún la oportunidad de hablar con Don Bernardo, que estaba de viaje en el norte, así que no podía confirmar la verdadera función que tendría y por la que, con un poco de suerte, quizás hasta le pagarían. En suma, hasta ese momento su única labor había sido tomar soberana posesión del polvoriento escritorio que perteneciera a un tal Julio, el ex-administrador de compras o algo así. Tardó tres días en decidirse a botar a la basura los posters de rollizas vedettes locales y calendarios con fotos de Bruce Lee que el tal Julio había dejado en abandono o herencia en el único cajón con llave del escritorio

gris. Pronto descubriría que todos reforzaban la seguridad de su cajón-con-llave con un candadito chino. Circulaba el rumor de que Don Bernardo tenía una llave maestra, y nadie quería arriesgar su privacidad. Quizás por eso el tal Julio había renunciado: su cajón con llave no tenía candadito chino.

- ¿Tú sabías que la segunda ciudad con más mexicanos en el mundo es Los Angeles? –empezó Willy.

- No –dijo César, que para no parecer descortés intentó evadir el monosílabo– pero me parece que tiene problemas de contaminación ambiental. En un reportaje de la...

- Sí, yo también lo vi. Hay una tremenda nube de smog. Como en ciudad de México. ¡Ja! ¡Parece que los mexicanos son los que producen el smog!

- Los mexicanos son unos cochinos –se le oyó decir a la señora Martha, que, según acostumbraba comentar, se había “culturizado mucho” con unas enciclopedias por fascículos que compraba todas las semanas– esos se la pasan todo el día tirados en la calle durmiendo bajo su sombrero de mariachis y tomando tequila.

Después de escuchar semejante cátedra de antropología cultural urbana, no cabía más que el silencio respetuoso. Pero Willy había quedado insatisfecho, porque después de un momento de silencio lo interpeló.

- ¿Tú crees que los gringos van a creer que yo soy mexicano si me ven caminando por las calles de Los Angeles? ¿Tengo pinta de mexicano?

- En realidad, no mucho –sonó poco convencido César, que comenzaba a descubrir en Willy un notable parecido con Jorge Campos, el arquero de la selección mexicana de fútbol.

- Hmm. No había pensado en eso –sonó preocupado Willy.

Pasó casi una semana hasta que Don Bernardo Rother, el fundador de la fábrica, el hoy añoso austriaco que huyera del nazismo con su familia y que construyera de la nada este próspero negocio a punta de titánico esfuerzo y sacrificio, según sus propias palabras, volvió a la fábrica. Pero César tuvo que resignarse a esperar dos días más porque la inefable señora Martha monopolizó el tiempo de Don Bernardo con la excusa de que debía actualizarlo de la situación contable y tributaria. Esta explicación sorprendió a todos, incluido el solemne doctor Efraín Cuentas, quien, haciendo honor a su apellido, era el contador de REDELSA y tampoco tuvo oportunidad de hablar con el jefe. Los obreros, sobre todo los hermanos De la Cruz, un par de negros gigantescos y bonachones que se dedicaban a pulir fierro mientras cantaban salsa a todo pulmón, comentaban con sorna que a Don Bernardo cada vez le costaba más ponerse al día con la señora Martha. Cuando finalmente pudo obtener audiencia con el dueño, César quedó más confundido que al principio. Don Bernardo le explicó brevemente, sin levantar una sola vez la vista de unos documentos que revisaba, que la administración de las compras había sido un caos en los últimos meses y que era necesario un ordenamiento radical. Hasta allí todo bien. Pero el problema para César comenzó cuando le encargó que, para empezar desde cero, hiciera un inventario exhaustivo y pormenorizado de toda la existencia de la fábrica, y con esto Don Bernardo se refería a la totalidad de las máquinas, herramientas e insumos de trabajo, además de los comestibles de la cocina y los enseres personales de los tra-

bajadores, incluyendo la ropa. Se despidió tan pronto que no le dio tiempo para pedirle una aclaración de tan extraña orden, ni menos pudo preguntarle cuál sería su sueldo.

A pesar de estar realmente desorientado, no se le ocurrió pedirle ayuda a la señora Martha porque en el poco tiempo que llevaba en la fábrica ya había aprendido que a toda pregunta ella contestaba con “la respuesta es obvia”. Así es que no tuvo más remedio que confiarle sus dudas a Willy, que leía un volante de una academia de inglés.

- Oye Willy...

- Mira compadre, aquí ofrecen nivel de *Full Conversation* en cuatro semanas por apenas doscientos dólares. No está mal, ¿no? ¿Tú crees que en cuatro semanas yo pueda hablar en inglés sin que se me note mucho el acento?

- Puede ser. Pero no confíes mucho en esas academias al paso. Muchas son una estafa.

- Pero acá dice que si después de cuatro semanas tu promedio no es aprobatorio te devuelven tu dinero. O sea ¡no hay perder!

- Bueno, como tú quieras. Oye Willy, quería hacerte una consulta. Hay algo que me tiene preocupado. Resulta que Don Bernardo me ha encargado que haga...

- Ya sé, no me digas. Un inventario completo de toda la fábrica.

- Sí. ¿Y tú cómo sabes? No me digas que la señora Martha ya lo difundió.

- No, hombre. Lo que pasa es que ese bendito encargo es el que ha hecho que renuncien los últimos dos administradores de compras. Todos se rindieron antes de una semana. Lo que pide el viejo es imposible. Parece que con la edad ya no razona bien, está medio chiflado.

En parte por orgullo y en parte por curiosidad de saber qué diría Don Bernardo si efectivamente cumplía con el pedido, César decidió que no se rendiría. Al día siguiente, con un flamante block de papel cuadriculado en la mano, comenzó su tarea por el lugar quizás más laborioso pero al mismo tiempo el único lugar donde sí tenía sentido el encargo: el almacén. Cuatro días completos tardó en inventariar ese pequeño pero atiborrado almacén. Aparte de un pertinaz dolor de nuca, no arrojó nada sorprendente: kilómetros de cable eléctrico, galones de pintura, barniz y solventes, varillas de hierro y láminas de aluminio, planchas de cuero y de papel pergamino, tornillos y tuercas de todos los tamaños, discos de pulir, esmeriles, brocas, reactivos químicos, etc. No consignó en detalle en su lista ni las revistas pornográficas ni las botellas vacías de cerveza. Optó por agruparlas bajo el anodino rubro “artículos de uso frecuente” junto con el papel higiénico y el jabón.

Durante el fin de semana César reflexionó sobre cuál debía ser el siguiente lugar a revisar. Sin duda la ropa de los obreros debía dejarse para el final, no quería roces con ellos. Suficiente había sido el incidente con el chato Condori, el conserje. Condori era de pequeña estatura y corpulento, con rasgos andinos: piel cobriza, mejillas coloradas, nariz aguileña, pelo hirsuto. Sin embargo sus ojos eran más rasgados que el promedio de su raza. Había escuchado desde su llegada que a Condori los obreros lo apodaban Al Pacino, y la razón le intrigaba mucho. César supuso que Condori tendría aptitudes histriónicas quizás reveladas en alguna celebración del día del trabajador. Un día no pudo aguantar la curiosidad y le preguntó delante de una docena de obreros que hacía cola en la cocina si es que le decían

Al Pacino por sus dotes de actor. La carcajada general le impidió oír el insulto de Condori como respuesta. Al final de ese día los hermanos De la Cruz le explicaron que a Condori le había indignado que se expusiera su apelativo delante de la cocinera, en quien tenía cifradas esperanzas de un futuro en común. Y es que, para el inclemente humor de los obreros, Condori era Al Pacino por ser mezcla de alpaca con chino.

Dedicó el lunes a la cocina y los dos baños, sin encontrar mayor obstáculo a su tarea y sin notar nada extraño, salvo el hallazgo de El Libro Rojo de Mao Tse Tung entre ejemplares añejos de Selecciones del Reader's Digest como material de lectura en un baño. Los talleres de pintura y cromado y el patio de obras le tomaron todo el martes y miércoles, quedando extenuado y casi intoxicado por los solventes que saturaban la atmósfera de los talleres. Ahora entendía por qué Don Agapito, el maestro del taller de cromado, a menudo hablaba con las paredes. El jueves, contando por necesidad con la ayuda del entusiasta Willy (quien le contó que la ruta por tierra hasta Tijuana era más barata que el avión pero un tanto insegura, sobre todo en la parte colombiana) pudo terminar con el área de oficinas, excepción hecha de la de Don Bernardo y de los cajones celosamente resguardados por candaditos chinos. Finalmente llegó el viernes y César estaba por cumplir el desafío. Solamente los vestidores, donde los obreros cambiaban su ropa por los uniformes de trabajo, se interponían entre él y el triunfo. Esa misma mañana, muy temprano, Don Bernardo lo llamó a su oficina. Le preguntó si ya había terminado el inventario, poniendo énfasis precisamente en el lugar que le faltaba: los vestidores. Cuando lo puso al

tanto de sus avances vio cómo la cara del viejo se iluminaba. Entonces le develó el misterio. Todo ese aparatoso despliegue del inventario no era más que una excusa para que nadie sospechara demasiado cuando lo vieran hurgando en los vestidores. El verdadero objetivo era averiguar quién usaba una colonia Old Spice. Esa era la información que él necesitaba, y era muy importante. Comprendía Carlos (ah, perdón, César) que el dueño de la fábrica no podía estar fisgoneando en el área privada de los obreros, y mucho menos, imagínese usted, acercarse lo suficiente como para poder olerlos a la hora de salida. Eso era todo, lo esperaba a las cuatro y media allí mismo para que le diera el resultado de sus pesquisas.

Cuando César salió de la oficina de Don Bernardo, indignado, sintiéndose una marioneta de ese viejo carcamán, ya había tomado una decisión. Antes de despedirse había hecho la ecuación elemental: la señora Martha + olor a Old Spice + celos del veterano = el inventario. El trámite siguiente fue expedito: en menos de media hora había vendido en la fábrica de la esquina los dos galones de pintura que nadie echaría en falta (no constaban en el inventario) y había corrido al bazar para hacer una compra. Ahora sólo le quedaba esperar hasta las cuatro y media. Sintió alivio por no tener nada que hacer hasta esa hora, y se sentó muy tranquilo a escuchar a Willy contarle historias de canibalismo en las pandillas de motociclistas de Los Angeles.

Cuando se fue, fingiendo sorpresa y enfado ante el anuncio de Don Bernardo de que no le pagaría nada porque lo suyo eran prácticas pre-profesionales y no un trabajo en serio, sólo le afligía no haberse podido despedir como hubiera querido de todos los obreros. Pero tenía dos buenas

razones para portar esa sonrisa de satisfacción. Primero, lo que le darían por ese par de lámparas con focos halógenos que llevaba en su maletín era casi equivalente al sueldo que no le pagaron. Segundo, y esto era impagable, sentía que todo el esfuerzo desplegado por el bendito inventario bien había valido la pena cada vez que recordaba la cara del viejo miserable cuando él le dijo (puede usted confirmarlo personalmente ahora mismo si no me cree, Don Bernardo) que había encontrado un frasco de Old Spice en cada uno de los casilleros, excepto en el de Condori.

## Sinatra, el interior y la ninfa

No sabes el gusto que me da verte después de tantos años, Tomás. Salud por el reencuentro, compadre. Vaya coincidencia: dos ex-alumnos del Colegio Miguel de Cervantes se encuentran en un aeropuerto después de, a ver... sí, después de 15 años, y precisamente en España. Claro que las circunstancias son muy diferentes. Sí, hombre, no me dirás que se puede comparar mi cortísimo viaje a Nápoles para sobornar a quién se ponga delante hasta conseguir el certificado de ciudadanía de mi difunta nona, con tu viaje a la tierra de los vikingos para unirte en pagano matrimonio a la usanza escandinava con una doncella sueca, nada menos. Caray, quién lo habría dicho en aquellos tiempos del colegio. Porque para serte franco, y no es porque el jerez se me haya subido a la cabeza, tú eras... cómo decirlo, más bien del grupo de los lornas. Hace años que no usaba esa palabra: lorna. Creo que ahora se dice *nerd*. Cómo nos han globalizado hasta los insultos. Bueno, no importa. Me alegra que no lo hayas tomado a mal. Pero es la verdad, hermano. Nunca me voy a olvidar de ese día en la clase de historia del zambo Loayza, cuando otra vez nos estaba contando el cuento de las frases célebres de los héroes. Sí, un cuento te digo, porque hay que ser bien idiota para tragarse que Alfonso Ugarte antes de lanzarse por el acantilado con la bandera peruana para evitar que fuera mancillada por el enemigo, y en medio del zafarrancho de disparos, cañonazos y gritos, se detuviera un instante para

decir, mirando hacia la posteridad: “No tocaréis ni la cola de mi caballo”. No jodas pues hermano, ni de a vainas, es ridículo. Además, en el muy improbable caso que el histriónico soldado efectivamente hubiera tenido semejante delirio tragicómico, ¿Me puedes decir quién carajo tuvo la fina gentileza de detenerse a escucharlo y anotar su frase para el bronce? Bueno, recuerdo que después de que el zambo Loayza terminara de endilgarnos su patrioterica lección, tú te paraste de pronto y le dijiste: “Qué emocionante es la historia del Perú, profesor”. Te juro que yo no fui el que te tiró el libro de texto por la cabeza. Honestamente, me pareció un exceso; yo siempre he cuidado mucho los libros. Lo que yo te tiré fue un borrador, pero fallé. Siempre he tenido mala puntería. Pero ya ves, pasaron los años y el aspirante a monaguillo abusado por fraile de provincia (no te molestes, esa chapa te la puso el Gato Bernaola, que en paz descanse) se convirtió en un brillante... ¿ingeniero civil me dijiste? Ah, claro, en un brillante representante de ventas de Ericsson. Ojo que Ericsson es una de las transnacionales más grandes de este puto planeta. Y ahora te vas a casar con una sueca, nada menos. Caray, no sabes las ganas que tengo de conocerla. Sí, ya sé, las mujeres una vez que entran al *Duty Free* ya no las sacan ni con grúa. Pero tarde o temprano tiene que aburrirse, y entonces me la presentan. Además, si dices que la acompaña tu hermano no creo que se demore mucho: los hombres no nacimos para ir de compras. Espero no estar muy borracho para la ocasión. Como esa vez de la fiesta del colegio en el Club Naval, ¿te acuerdas? Cómo no te vas a acordar, si al final nos botaron a patadas por culpa de Mandibulín. ¿No te acuerdas de Mandibulín? No te creo. Anda, haz memoria. Acuérdate

que él se acercó a tu enamorada... Ah, era tu prima, bueno, da igual. Te decía (¿en serio no te acuerdas?) que el degenerado de Mandibulín se acercó a tu pareja y le preguntó si podía sacarse la prótesis dental en caso de sexo oral de emergencia. La que se armó, hermano. Porque parece que el Chino Lam escuchó todo y se le tiró encima a Mandibulín (tú sabes que el Chino nunca le perdonó a Mandibulín que desflorara a Sandrita Aguirre justo en la víspera de su regreso del viaje de intercambio) y allí saltó toda la patota de Punta Hermosa y se armó el despelote, o se armó la de San Quintín, como decía mi abuelito. Hasta los músicos contratados se metieron a repartir patadas voladoras y cabezazos en la cara, seguro que en solidaridad contigo porque tu terno de lentejuelas era igualito al del vocalista. Fue entre otras cosas por la pinta que traías esa noche que te hiciste acreedor al otro apodo, que –nunca es tarde– tengo que reconocer que lleva mi firma. ¡No, no me digas que todavía no sabes por qué a partir de esa noche pasaste a ser Sinatra para todo el colegio! No, no es por la voz, yo no tengo la menor idea de si cantas bien, regular, mal, o como Julio Iglesias. No, tampoco es por los ojos azules; de hecho no me acordaba que tenías ojos claros. Mira, tú sabrás perdonar la chiquillada, es una cojudez muy infantil: en realidad Sinatra era por Sin-atractivo-ninguno. Pero no te vas a molestar por eso, que ya está enterrado en el pasado. Así que Suecia, nada menos. Mira tú: otra coincidencia. Yo estuve en Suecia en el 94, fui –igual que ahora– pagado por mi hermano Julio a comprarle unos catálogos industriales que no se vendían por correo. ¿Te acuerdas de Julio? Bueno, no tienes por qué acordarte de él, aunque –no me vas a creer– el año pasado Julio me preguntó “¿Qué será de la

vida de Sinatra?”. Y yo ni idea, pero fijate cómo son las cosas, nos venimos a encontrar aquí, justo aquí. Te decía que estuve en Suecia, menos de una semana, pero fue suficiente para tener una de las experiencias más extrañas que me ha tocado vivir. Te la voy a contar con todo detalle, porque no vale la pena contarla por encima, además ni tu doncella sueca ni tu hermano aparecen todavía. Pero antes déjame pedir otra copita de jerez, compadre.

Como siempre ahorrando gastos, el desgraciado de Julio, en lugar de pagarme un hotel decente, me mandó a la casa de unos amigos de su ex, que vivían en Estocolmo. Una pareja mixta: él era sueco y ella uruguaya. Claro, lo primero que se le pasa a uno por la cabeza con esa información telegráfica es ¿Cómo estará la uruguaya? Mira, hermano, era psicóloga pero con ese físico podía haber hecho carrera como guardaespaldas de Arafat. Noventa kilos al menos, casi uno ochenta de estatura, brazos de estibador. Y el sueco no era precisamente el prototipo del vikingo. Uno sesenta y cinco, con suerte, y una cara de gnomo sátiro que hasta a mí me llegaba a dar miedo cuando se acercaba a mi sofá-cama a decir buenas noches. Eran muy amables, excelentes personas, no lo puedo negar, pero su sentido del humor era algo que yo no podía captar sin un par de psicotrópicos adentro. Todos los santos días Sven, que así se llamaba el gnomo, le pedía a Silvana –la sílfide– que hiciera la imitación de Göran Persson para mí. Y ella comenzaba a balbucear en sueco mientras se metía las manos en los bolsillos y se bamboleaba toscamente como un oso mareado. Todos reíamos. Ellos dos seguro se reían de Göran Persson, yo me reía de lo patético de la situación, de las nulas artes dramáticas de la osa, y de mi mala suer-

te. Porque si suficiente frustración era llegar a Suecia, con tanta historia de porno duro y liberalidad sexual femenina guardada en la memoria, y no poder escaparme por las noches a corroborar el mito, ya me parecía demasiado que la uruguayaya no solamente no fuera un premio consuelo latino sino que además tuviera que padecer después de cada cena a la cómica hilarante y su entusiasta empresario. Ah, hasta ahora no sé quién es Göran Persson. Ya te lo dije, yo siempre he tenido mala puntería. No, no exagero. Porque lo peor vendría después. Resulta que el padre de Sven, el ilustre Stig Pettersson, cumplía 80 años en ese bendito fin de semana. Y adivina a quién designaron como invitado extranjero de honor. Llegamos temprano, antes que el resto de la familia, y a mi pareja de jóvenes anfitriones no se le ocurrió mejor idea que tener una pelea feroz en la cocina, porque Silvana me había traducido el menú para la cena y había dicho arenque podrido y Sven corrigió “fermentado”, como si fuera gran diferencia, y ella insistió podrido, y él comenzó a subir la voz y pasar del castellano al sueco, lo que interpreté sagazmente como una sutil invitación a salir de la cocina. No sé quién tenía razón, pero el olor a podrido del pescado llegaba hasta la casa de enfrente. Ni bien salí de la cocina me recibió muy amable y sonriente Don Stig, quien a pesar de su sordera parcial había manifestado desde el comienzo un interés particular en conversar conmigo. Modestia aparte, tantos años de hacer trabajos para mi hermano en lugares tan diferentes y con gente tan rara me han otorgado cierta cultura general que me permite defenderme en eventos sociales. Mi inglés no era malo, así que algo podíamos entendernos, aunque él a veces pasaba de pronto al sueco o al francés, con lo que me

dejaba más perdido que Adán en el día de la madre. Pero en esos casos yo apelaba a lo mismo que hacen los diputados cuando no entienden lo que dijo el embajador yanqui en la recepción: reír si al terminar la frase el tipo se ríe, y asentir con la cabeza si es que este no se ríe. No falla. Hay muchos que –sin saber hablar inglés– han llegado hasta la ONU aplicando esa estrategia. Bueno, estábamos en que el viejo me agarró conversación. Yo, para devolver la gentileza, le pregunté cuál había sido su profesión. “Dediqué casi toda mi vida a la historia del interior” –me dijo. Tú tal vez crearás, como creí yo entonces, que el viejo era historiador especializado en las provincias. Pero no. Por eso fue que me miró con sorpresa cuando le pregunté si se había especializado en las provincias polares, donde vivían los lapones, quienes según el mito tenían costumbres antropófagas en épocas de hambruna. Al escuchar su horrorizada negativa pensé rápido y deduje que el simpático anciano se había dedicado a estudiar el interior del alma o de la mente, o sea que era psicólogo. Tampoco. Por eso se puso tan serio cuando le pregunté su opinión sobre la fase anal del desarrollo infantil según Freud. Resulta que el patriarca de los Pettersson era arquitecto; el interior al que se refería era el interior arquitectónico. Y durante los siguientes treinta y cinco minutos fui sometido a un curso intensivo de arquitectura, que –para comenzar– me fue definida como “la organización artística de la realidad práctica”. El viejito me llevó a recorrer apasionantes senderos del conocimiento universal, pasando por los orígenes de lo tectónico, el neoclasicismo basado en lo estereotómico, y la función del dintel y las pilastras en la tensión entre monumentalidad y gigantismo. Confieso que no me aburrí. Prefería mil veces

las lecciones de arquitectura de Don Stig a padecer una vez más la imitación de Göran Persson. Pero, tranquilo, todavía no llegamos a las partes más bizarras de aquella velada.

Finalmente hubo armisticio entre Sven y Silvana, llegó el resto de la familia, nos sentamos todos a la mesa, y comimos y bebimos en abundancia. Para no aburrirte, y por respeto al buen Sven y su digno padre, no entraré en detalles escabrosos sobre el primo Niklas. Apenas diré que tenía cuarenta años, era estrábico, cojeaba, balbuceaba como si tuviera la lengua pegada al paladar, y babeaba. Hasta allí, al menos, un cuadro de esclerosis múltiple, se diría; y que el pobre primo andaba por la vida más solo que un leproso. Error. El buen primo Niklas –que recibía una suculenta pensión vitalicia del estado sueco– tomaba la cerveza como si fuera agua, tenía una colección de veinte años de *Penthouse* en su habitación, y –según supe después– tenía una enamorada que no estaba nada mal, a la que llevaba en su Harley-Davidson a la cabaña rural de la familia los fines de semana. Y no diré nada más del primo Niklas, excepto que vino con su hermana menor. La muchacha tenía los ojos color cielo, el pelo rubio lacio cayéndole sobre los hombros, una sonrisa angelical, los pechos turgentes... era una preciosura; pero no debía tener más de diecisiete años, así que segundos después de registrar la generosidad de la naturaleza para con sus volúmenes, la deseché como objeto de deseo. El problema es que ella no pensaba lo mismo. Tú dirás que estoy fanfarroneando, compadre, que ya estoy borracho, pues no. No sé si sería por mi look de latino con experiencia o por una apuesta adolescente en su colegio (vaya uno a saber), pero el caso es que la pequeña musa escandinava no me sacó los ojos de

encima durante la cena. Cada vez que mis ojos se encontraban con los de ella su sonrisa angelical se transformaba en una invitación a la lujuria cuando se mordía el labio inferior y acto seguido cerraba los ojos. Esas escenas destilaban vapores pecaminosos. Al comienzo me ponía nervioso que se fueran a dar cuenta los demás comensales. Afortunadamente, los Pettersson en pleno estaban demasiado entretenidos con otra pantomima exagerada de Silvana como para notar la lascivia que se derramaba de los labios de la muchacha. El vino blanco (muy bueno) también ayudó a que me relajara un poco. Pero este mismo relajo hizo que no calculara que no era una buena idea pararme para ir al baño, abandonando la mesa familiar y entonces quedando inerme frente a una hipotética acometida de la dulce Karolina, que así se llamaba. Pues lo hipotético no duró mucho, y mi adulta resistencia moral tampoco. Se coló antes que cerrara la puerta del baño y allí mismo comenzó a desvestirse y desvestirme para consumir en menos de cinco minutos el primero de una serie de actos carnales que por pudor no te voy a referir en detalles. Bueno, esa jovencita (en realidad tenía dieciocho años, según me contó Sven después) no parecía contentarse con nada, y aparentemente había leído todos los manuales sexuales disponibles en el muy bien surtido mercado nórdico. En ese primer round me dejó absolutamente exhausto y con la espalda marcada por sus uñas. Pero no fue el único episodio, ya te dije que esa ninfa era insaciable, y yo no quería dejar mal parada la reputación de los *latin lovers*, aunque no fuera uno de ellos. Conforme avanzaba la noche y el alcohol o el sueño se apoderaban de los Pettersson, menos cuidado había que poner en las escapadas al baño (o al closet del cuarto

de huéspedes, cuando el baño estaba ocupado). Fueron en total cinco rounds los que compusieron aquella noche-madrugada salvaje, desatada, repleta de tentación y pecado. Recorrí cien veces con los labios cada uno de los lunares de su cuerpo (tenía dos lunares justo al sur de su ombligo, esos dos eran la antesala de la locura). Agoté todo mi repertorio y aprendí muchas cosas nuevas de mi pequeña *partenaire*, que usaba la lengua con una maestría verdaderamente diabólica. Y aunque el dolor en ese lugar que tú bien imaginas me duró varios días, no me arrepentí. Fue una experiencia alucinante, muy intensa, que dudo que alguna vez se repita, y que me dejó marcado para siempre. Porque desde entonces mi vida sexual es mucho más rica y variada. Todo gracias a Karolina, a quien recuerdo con mucho cariño y de quien no supe nunca más nada. Pero estoy seguro de que esa hermosa ninfa ha de haber hecho feliz a varios hombres en todo este tiempo, y que si se llega a casar va a obligar al afortunado consorte a dedicar buena parte de su tiempo al acondicionamiento físico. Larga vida a las mujeres capaces de refundar un cuerpo. ¡Y salud por eso, mi estimado Tomás!

Bueno, creo que ya estuvo bueno de nostalgias escolares y relatos picarescos; además se me está haciendo tarde para ir a la sala de embarque, mi vuelo sale en poco más de media hora. Por lo demás, hace rato que te noto muy serio, así que mejor es que nos despedamos de una vez. O te aburrió mi cháchara o al parecer todavía te afecta recordar los cariñosos maltratos que sufriste en la época del colegio, mi querido Sinatra. Pero no te tomes las cosas tan a pecho, ha sido una tremenda alegría el encontrarte aquí, de verdad. Lástima que no me hayas podido presentar a tu futura

esposa, que parece se entretuvo demasiado en el *Duty Free* con tu hermano o decidió darse una manita de gato en el baño. Tú sabes, las mujeres son muy pretenciosas. Bueno, será para otra vez. Le dejas mis saludos y felicitaciones a ... ¿Cómo se llama? Hombre, no me mires así, sólo te he preguntado cómo se llama tu novia. Está bien, si no me lo quieres decir no me lo digas, es cosa tuya, pero no te pongas así, si parece que me quisieras golpear. Mira, mejor me voy, creo que no valió la pena que me entusiasmara en contarte tanta cosa para que al final te pongas tan agresivo. ¿Y ahora te vas a poner a llorar? No, compadre, a ti algo te está fallando en la cabeza. Por Dios, estás igualito que aquella vez en la fiesta del colegio. Ya: me voy. Entre tantas personas que circulan por este aeropuerto, justo tenía que encontrarme contigo. En fin, ya digo que yo siempre he tenido mala puntería.

## El aplauso de los mancos

Yo estaba maldiciendo la idea de haberme inscrito en ese simposio (*simposium*, según el anuncio) sobre ecología y desarrollo sustentable. Allá adelante, en la mesa de honor (o sea, una mesa cubierta por un paño verde alrededor de la cual se sientan personajes de honorabilidad incógnita), un orgulloso hijo de la ubérrima tierra de Huacho acababa de perpetrar una encendida arenga, rematando con “la sociedad en su conjunto debe saber enfrentar los desafíos del nuevo milenio”. Solamente faltaba lo del granito de arena para consumar la aniquilación de la inteligencia en ese salón de puertas doradas. Afortunadamente, el hijo de Huacho había dejado tranquilo por un momento al bendito milenio y ahora se dedicaba a listar una interminable serie de obras suyas, todas inéditas. Me pregunté si me devolverían el dinero de la inscripción habiendo pasado apenas hora y media desde que el himno nacional (“entonar las sagradas notas”, dijeron) marcara la inauguración del simposio. Me respondí que no. A lo mejor el café y las galletas de la pausa valdrían el sacrificio, trataba de convencerme, mientras seguía lamentando haberme inscrito en este circo de mediocres con saco, corbata y título a nombre de la nación... hasta que la vi.

Estaba sentada en la fila de atrás, seis asientos a la derecha. Fue como si se hubiera detenido el tiempo, como si alguien le hubiera bajado el volumen al mundo sólo para que yo la pudiera mirar con tranquilidad. Nunca había

visto tanta sensualidad e inteligencia reunidas en un rostro. Su belleza no era inmediata, describirla objetivamente habría resultado una tarea banal (pelo largo y negro, ojos oscuros detrás de unos anteojos pequeños, nariz grande, piel trigueña); su belleza era una promesa de algo más allá, de una segunda vuelta de la imaginación, su belleza necesitaba que no estuviéramos allí. Estaba tan distraída como yo, lo que hizo que no le restara puntos por darle atención al homenaje a los lugares comunes que allí se perpetraba. Justo cuando estaba planeando cómo acercarme a ella en medio del discurso sobre el calentamiento global a cargo de un conocido abogado, ex-ministro de economía, me di cuenta que conversaba con Erik Silva. Erik había sido mi compañero en el curso de química orgánica el semestre anterior y además habíamos participado en un par de recitales de poesía en la universidad; no nos veíamos con frecuencia últimamente (de hecho me debía un libro hacía cuatro meses), pero nos llevábamos bien. Estaba salvado, ya tenía un medio para llegar a ella. De todas maneras me propuse abordarla ese mismo día, sentía que una aventura mayor estaba por comenzar. Recordé en ese instante al brujo norteño que me leyó la mano diciéndome que en una vida anterior yo había sido pirata. Claro que no precisó si yo era el que repartía las esmeraldas en la playa caribeña o el que limpiaba la cubierta cagada por aves del litoral; por eso es que no terminé de entusiasmarme con la asociación entre mi pasado de bucanero y mi intención de abordarla. Lamentablemente, estas profundas disquisiciones teleológicas me distrajeron un momento, lo suficiente para que no me percatara de que ella había abandonado la sala. No importaba, yo tenía el correo electrónico de Erik.

\*\*\*

From: martin\_gm@patibulo.com

To: eriksilva@southernmail.com

Subject: conquistas y sin ellas

Date: 27-06-01

Hola Erik,

Te escribo después de muchas lunas. Creo que desde que fuimos a ver “Tiempo de gitanos” que no nos encontramos. Aunque yo sí te vi ayer, en el simposio sobre ecología y desarrollo sustentable: más aburrido que bailar con la hermana. A propósito de eso (me refero al simposio, no a tu hermana), quería preguntarte por la chica con la que estabas conversando, una morena de pelo largo. Se veía muy interesante, ¿Quién es? ¿Estudia aquí? ¿Tienes su teléfono, o su correo electrónico? No te pregunto si has tenido algo con ella porque definitivamente tenía cara de tener buen gusto. Bueno, eso era, no jodo más por ahora. Quedo esperando tu respuesta. Ah, no dejes de ir a ver “Antes de la lluvia”, es una obra maestra. La frase que arma la película es “el tiempo no es circular, el círculo nunca se cierra”.

Suerte en la vida, y en todo lo demás también.

Un abrazo,

Martín

P.D.: Oye, si ya terminaste de leer “Ensayo sobre la ceguera” me encantaría que me lo devolvieras.

\*\*\*

From: eriksilva@southernmail.com

To: martin\_gm@patibulo.com

Subject: a otro hueso con ese perro

Date: 29-06-01

Hola Martín,

Ya me parecía raro que me escribieras si no era para pedirme algo (y no me refiero a tu libro, que terminé de leer hace tiempo y que muy pronto volverá a tus manos). Lamento tener que comunicarte que Rocío voló anoche de regreso a Santa Cruz de la Sierra. Pero para serte franco, aunque se quedara una semana más en Lima yo no te daría sus señas. No entraré en detalles de cómo la conocí, ni de cuál es mi relación con ella (mejor dicho: cuál fue mi relación con ella), pero sí puedo asegurarte que Rocío no es una mujer para ilusionarse. Punto aparte y nada más que agregar. O sí. Tal vez puedo decir que en estos días ando en piloto automático, evitando trazar el mapa de mis desamores. Entre exhumaciones, entierros, y apariciones de espectros pasajeros, poco tiempo y ganas me quedan para mirar hacia adelante, donde probablemente alguna a quien no conoceré jamás se aburre de esperarme.

Con respecto a “Antes de la lluvia” y su frase, puedo dar fe de que los últimos días han sido un ejemplo de ello. Nada de lo que se va regresa, ya lo sabíamos. Porque eso del reencuentro no es más que una metáfora para (intentar) simplificarnos la vida. Aunque todo puede llegar a parecerse tanto a un todo anterior que, contando con nuestra complicidad, en una de esas lo creemos y ya: alborotada bienvenida con champagne y serpentinas al hijo pródigo que es el vivo retrato de sí mismo. Y todo irá bien hasta que la gente termine de irse de la fiesta, una vez que se hayan agotado los milagros del vino y los panes, y el hijo pródigo se mire las ojeras al espejo, vea el retrato que ya no está tan vivo, se sienta débil ante el vacío que se anuncia, y le ponga punto final a la parábola con un portazo que no despertará a nadie.

Cuídate del invierno, de los policías borrachos y de la desilusión.

Un abrazo,  
Erik

\*\*\*

From: martin\_gm@patibulo.com  
To: eriksilva@southernmail.com  
Subject: desflorando a Margarita  
Date: 30-06-01

Mi querido Erik, ex-compañero de infortunios, desasosiegos y cosas aún mejores,

Si la intención de tu mensaje era que me olvidara de la bella Rocío entonces estás tratando de apagar un incendio con gasolina. No quiero joder más allá de lo justo y necesario (está claro que no estás de humor para eso), pero te aseguro que bien vale la pena un desengaño de meses a cambio de una dicha de días. Para decirlo de otro modo, la tristeza vale la pena. Si no, no existirían los besos fugaces, clandestinos, los que tienen el sabor de lo inmediato, los que no preguntan por promesas porque sus alas no pueden cargarlas. Con respecto a la bajada de telón que anuncias, no seas tan terminante; recuerda ese verso de César Calvo que dice “y los amantes que se despidieron para siempre no temen volver a encontrarse por primera vez”. Bueno, ya te dejo en paz. Quedo a la espera de que recapacites y te animes a darme las coordenadas de Rocío. Un brindis por la amistad y su enemigo íntimo: el amor.

Larga vida a los longevos, carajo.  
Martín

\*\*\*

El desgraciado nunca contestó mi último mensaje ni respondió a mis llamadas, así que perdí la posibilidad de hacer contacto con la enigmática Rocío. El puente que tenía para llegar a ella se rompió, cerrándose así una de las dos puertas de la bifurcación. Erik había decidido por mí, yo no entraría por esa puerta, nunca sabría adónde me hubiera conducido. Dos meses después supe que Erik había viajado fuera del país (el mensaje telefónico de su hermana no mencionaba el destino) y que me había dejado el libro en su casa. Tras varias postergaciones, finalmente fui a su casa a recoger “Ensayo sobre la ceguera”. Antes de entregármelo, su dulce madre aprovechó para decirme – una vez más– que yo era muy simpático y que le encantaba vernos juntos a Erik y a mí, que le recordábamos a sus primos Samuel y Eugenio, que aunque peleaban a menudo eran muy unidos... y así sucesivos e interminables et-céteras. Cuando comenzó a relatarme la anécdota de sus primos con un caballo chúcaro en la hacienda del abuelo dejé de escuchar y me puse a divagar sobre las posibilidades matemáticas de que la selección clasificara al mundial. Cuando por fin concluyó la letanía y pude despedirme, me inquietó que mencionara algo de una pelea entre Erik y yo “por esa muchacha”. Me pareció extraño, porque Erik y yo nunca habíamos peleado por alguna mujer, a menos que ese par de mensajes que intercambiamos sobre Rocío hubieran sido interpretados como una pelea. Esto dejaba dos alternativas: o su madre espiaba su correspondencia y exageraba mucho, o Erik comentaba toda su correspondencia y exageraba mucho. No le di más importancia al asunto y regresé a mi casa, feliz de volver a tener completa mi biblioteca.

Entré a mi cuarto, dejé el libro sobre la cama, y decidí escribirle un mensaje a Erik, avisándole que había recogido el libro, y que estaba pronto a sacarlo de mi lista de amigos. Tarde o temprano lo leería. Antes de escribir se me ocurrió releer la correspondencia de hacía dos meses, cuando apareció y desapareció el tema Rocío. Tenía curiosidad por buscar en qué pudo haberse basado la indiscreta señora para decir que Erik y yo nos habíamos peleado. Entonces abrí la carpeta electrónica donde archivaba mi correspondencia con Erik y encontré, a continuación de los tres mensajes que recordaba, una serie de mensajes fechados en julio de 2001. No puede ser, me dije. No recordaba haberme comunicado con él en ese tiempo. Comencé a abrir los mensajes en los que yo era el remitente y extrañamente reconocía como propios textos que no recordaba haber escrito:

- “... porque esta aventura tiene la emoción de los espejos en la oscuridad: todo puede cambiar si alguien enciende la luz. Y yo estoy dispuesto a seguir adelante, no importa que adelante no haya más que paredes...”

- “... no diré que estoy tocando el cielo con los dedos, más bien digo que aprieto el cielo con fruición con la mano entera, y el cielo gime agradecido en mi oído...”

- “... he andado conjugando amor y dolor en tiempo y número excesivos. Sepulté buena parte de mí y resucité otra: filosofías de cajón terminaron en el tacho de la basura y nociones de adolescente terco y crédulo tomaron el poder. Soy algo así como un Lázaro con cirugía plástica: nadie lo reconoce así que el milagro se fue al carajo. Drama similar al de Casandra, se podría decir, si sirviera de algo decir algo...”

- “...A manera de expiación habría que comulgar con ruedas de molino y pedir de rodillas a algún Baal de segunda división que por favor se deje de joder. O al menos que nos conceda por una vez la oportunidad de lo imposible, como escuchar el aplauso de los mancos.”

- “... la mezcla del infierno y el paraíso no es el purgatorio, como algún triste discípulo de la media aritmética ingenuamente supondría. La mezcla no es tal, conviven como serbios y croatas, codo a codo (en el tabique nasal), desayunan agua con aceite, y el que gana pierde. Debería haber una hoja de ruta para este rally entre hemisferios diestros y siniestros, un atajo que nos llevara al principio del camino...”

- “... el dato objetivo es que ella ya no está. Dedico las horas a la arqueología existencialista: encontrarle sentido a las ruinas. Mientras tanto, la depresión es la excusa para no mentir más y ver la realidad con sus verrugas y su halitosis; y es también la lucidez que no transa ante el espejismo de la alegría, ante el incomprensible gregarismo de nuestra especie (plaga, como la langosta)...”

- “...y no puede ser más largo este mensaje, pues sabe del desamparo final de las palabras, del ineluctable último puerto donde acoderan todas las buenas intenciones: la nada. A pesar de eso, a pesar de esa metáfora del olvido mal olvidado, crece de nuevo como la maleza en las vías del tren, y termino hablando con pedazos rotos de silencio, para que todas las palabras que callo lleguen a ella sin alas de piedra...”

No pude seguir leyendo. Impactado, sin alcanzar a entender, me levanté de la silla y me derrumbé sobre la cama. Entonces el libro que allí había dejado saltó y dejó

ver un papel que asomaba entre las páginas. Abrí el libro y encontré un programa de cine y una fotografía. El programa anunciaba “Antes de la lluvia” y se leía debajo del título: “el tiempo no es circular, el círculo nunca se cierra”. A su lado había una foto que tenía como fondo unas montañas verdes en un día soleado. Y en un primer plano aparecía yo, sonriente, abrazado a una bella muchacha morena de largo pelo negro y ojos oscuros.

